

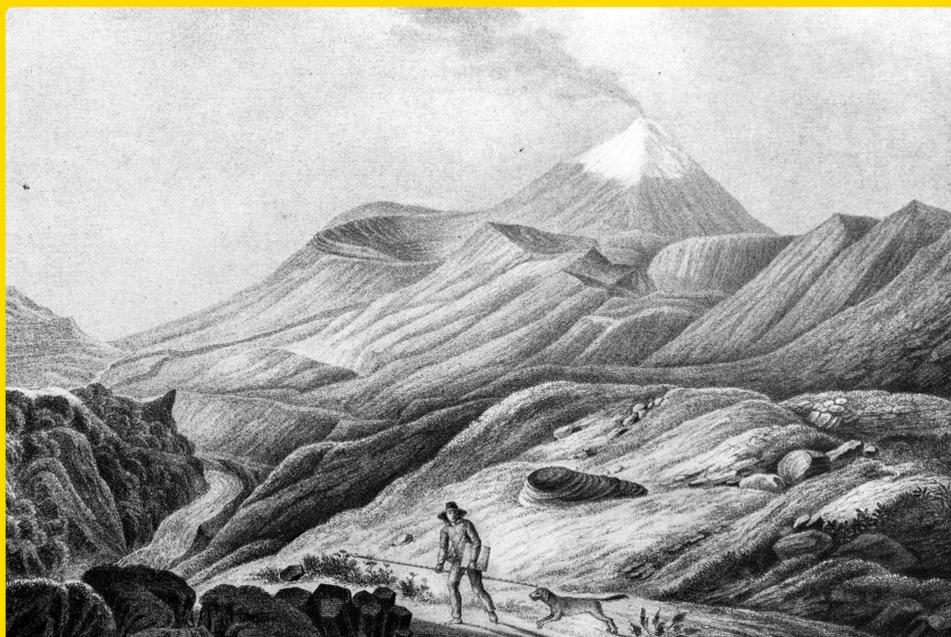
FUENTES PARA LA HISTORIA DE LA REPÚBLICA
VOLUMEN LVI

JEREMIAH N. REYNOLDS EN CHILE (1830-1832).

Viajes olvidados,
escritos fragmentarios,
conocimientos esporádicos

Estudio, recopilación, traducción y notas

Daniel Quiroz



**JEREMIAH N. REYNOLDS
EN CHILE (1830-1832).**

**Viajes olvidados,
escritos fragmentarios,
conocimientos esporádicos**



© CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA, 2024
Inscripción N.º 2024-A-10431

ISBN 978-956-244-614-3 (título)
ISBN 978-956-244-001-1 (colección)

Derechos exclusivos reservados para todos los países

Directora Nacional
Servicio Nacional del Patrimonio Cultural
NÉLIDA POZO KUDO

Directora Biblioteca Nacional de Chile
SOLEDAD ABARCA DE LA FUENTE

Director (s) Centro de Investigaciones Diego Barros Arana
y director editorial responsable
JAIME ROSENBLITT BERDICHESKY

Edición y diseño
ARTURO MOLINA BURGOS

Revisión de textos
JAIME ROSENBLITT BERDICHESKY
MARIEL RUBIO ARAYA

Verificación de notas y referencias bibliográficas
MARIEL RUBIO ARAYA

Imagen de tapa
EDUARD FRIEDRICH POEPPIGG, VOLCÁN ANTUCO, *REISE IN CHILE, PERU
UND AUF DEM AMAZONSTROME 1827-1832*, LEIPZIG, FLEISHER, 1835.

EDICIÓN
Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Biblioteca Nacional de Chile
Avenida Libertador Bernardo O'Higgins n.º 651, Santiago
+56229979768 www.centrobarrosarana.gob.cl

IMPRESO EN CHILE | PRINTED IN CHILE

FUENTES PARA LA HISTORIA DE LA REPÚBLICA
VOLUMEN LVI

**JEREMIAH N. REYNOLDS
EN CHILE (1830-1832).**

**Viajes olvidados,
escritos fragmentarios,
conocimientos esporádicos**

ESTUDIO, RECOPIACIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS

Daniel Quiroz



BIBLIOTECA
NACIONAL
DE CHILE



CENTRO
DE INVESTIGACIONES
DIEGO BARROS ARANA

AGRADECIMIENTOS

Este libro fue preparado, casi en su totalidad, durante el primer semestre del año 2024, por lo que mis primeros agradecimientos son para Susana Herrera, subdirectora de Investigación del Servicio Nacional de Patrimonio Cultural, por darme el tiempo necesario y todas las facilidades posibles para escribirlo.

Infinitas gracias a Patricio Toledo, antropólogo, quién tuvo la gentileza de revisar concienzudamente un borrador muy preliminar de este libro y hacerme una serie de sugerencias, las que, sin duda, mejoraron de manera sustantiva la calidad del trabajo.

También le agradezco a Rolf Foerster, que me facilitó las fotografías que tomó del volumen 52 del Fondo Ministerio de Marina depositado en el Archivo Histórico Nacional de Santiago de Chile y que contiene el Movimiento Marítimo del puerto de Valparaíso entre 1830 y 1831; a Marcelo Mayorga, que puso en mis manos su copia digitalizada de la bitácora de la goleta Penguin (1829-1831) cuyo original se encuentra en la G. W. Blunt White Library, Mystic Seaport Museum, en Mystic, CT; a Briana Creggle, por permitirme el acceso y gestionar la digitalización de algunas de las cartas que Jeremiah N. Reynolds le enviara a Samuel L Southard y que se encuentran en el Department of Special Collections, Manuscripts Division, Princeton University Library, Princeton, NJ; a Jordan Goffin, Director of Special Collections, Providence Public Library, Providence, RI, que me envió una fotografía de los papeles de navegación del viaje del bergantín Seraph a los mares del sur, entre 1829 y 1831, saliendo desde el puerto de Stonington.

Me gustaría agradecer sinceramente a los revisores del libro, por sus atinadas observaciones y recomendaciones, las que contribuyeron, en gran medida, a llevar a buen puerto esta «temeraria» iniciativa.

Mis agradecimientos, por supuesto, *last but not least*, a Jaime Rosenblitt y Mariel Rubio, del Centro de Investigaciones Diego

Barros Arana, por la confianza y motivación entregada para armar este libro y por acogerlo en su colección Fuentes para la Historia de la República.

PRÓLOGO

Mi primer «encuentro» con Jeremiah N. Reynolds fue a través de la lectura en 1992 de su breve relato *Mocha Dick*, publicado en 1839 en un magazine neoyorquino, en el que cuenta las aventuras y desventuras de un cachalote albino que recorría las costas de Chile a comienzos del siglo XIX. La relación la pude leer en una edición publicada de 1870 en Londres y Glasgow por Cameron & Ferguson¹.

Se ha dicho que este texto es uno de los antecedentes literarios de *Moby Dick*, la obra más significativa del insigne escritor estadounidense Herman Melville. En ese momento, interesado como estaba en la historia y la antropología de la caza de ballenas en las costas sudamericanas², su lectura resultó iluminadora para el futuro desarrollo de los estudios, a pesar de su aparente carácter ficticio. Sabemos que para la etnografía, la ficción «ayuda a entrar en un campo y comprender las profundidades que contiene» y su uso «puede ayudarnos a alcanzar nuevos conocimientos y a ver mejor el mundo desde el punto de vista de los demás», pues, «después de todo, de eso se trata la etnografía»³.

El libro *Mocha Dick* fue traducido al español y publicado en el 2009 con una extensa y prolija introducción por el historiador Armando Cartes⁴. La respuesta que suscitó esta traducción en Chile fue notable. Solo me permito señalar que uno de esos

¹ Jeremiah N. Reynolds, *Mocha Dick or the White Whale of the Pacific*, Londres & Glasgow, Cameron & Ferguson, 1870.

² Daniel Quiroz, *Soplan las ballenas. Historias sobre la caza de cetáceos en las costas de Chile*, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2020.

³ Jenny Ingridsson y Kim Silow Kallenberg, “Ethnography and the Arts. Examining social complexities through ethnographic fiction”, *Etnofoor*, vol. 30, n.º 1, 2018, p. 73.

⁴ Jeremiah N. Reynolds, *Mocha Dick o la ballena blanca del Pacífico*, Santiago, Pehuén, 2009.

productos fue una novela gráfica, escrita por Francisco Ortega e ilustrada por Gonzalo Martínez, publicada el 2012⁵, que enhebra la historia de Mocha Dick con algunos mitos relacionados con las ballenas, sacados de la cosmovisión mapuche, y por cierto con algunas fantasías de los autores. La intención de la obra, según Ortega, era devolverle la ballena Mocha Dick a Chile ya que la novela *Moby Dick* la había globalizado. ¡Curioso este interés de atribuirle nacionalidad a una ballena!

El hurgueteo algo impúdico de la figura de Mocha Dick y sus supuestas vinculaciones con el mundo mapuche, permitió el «descubrimiento», tal vez no deseado, de la figura de Jeremiah N. Reynolds y de los desconocidos viajes que realizó en nuestro país. Reynolds se convierte, tal como Mocha Dick, en un nuevo personaje que formará parte de una serie de historias contadas tiempo después.

He tratado de conocer, dentro de lo posible (por la naturaleza fragmentaria de la información disponible), «la realidad histórica» de las andanzas de Reynolds por la Araucanía entre 1830 y 1832, un período convulso no solo en la región sino en todo el país. Los inicios de la década de 1830 encuentran a Chile inmerso en una guerra civil entre los bandos conservadores y liberales, conflicto que finalizará recién el 16 de abril de 1830 con el triunfo conservador en la batalla de Lircay. Jeremiah N. Reynolds llega a Valparaíso, a bordo del *Annawan*, el 4 de mayo de 1830, es decir, pocos días después de finalizada la guerra, y a fines de julio de ese mismo año desembarca en Arauco para comenzar sus excursiones por territorio mapuche. Reynolds arriba al país como miembro de la expedición estadounidense formada por los bergantines *Annawan*, capitán Nathaniel Palmer, y *Seraph*, capitán Benjamin Pendleton, con fines comerciales y de exploración científica.

Los territorios al sur del Bío-Bío, «el espacio araucano», son, a comienzos del siglo XIX,

una región incontrolable, al servir como refugio no sólo a las tropas realistas sino también a bandoleros y montoneras durante

⁵ Francisco Ortega y Gonzalo Martínez, *Mocha Dick, la leyenda de la ballena blanca*, Santiago, Norma, 2012.

la llamada Guerra a Muerte, lo que comprometía las bases mismas de la naciente república⁶.

El conflicto entre «realistas» y «republicanos» luego de la Independencia (1819-1828), se desarrolla en el centro sur de Chile y fue un conflicto en el que se vieron involucradas las comunidades mapuche, tomando parte por uno u otro bando. Como lo afirma Benjamín Vicuña Mackenna, fueron

soldados alternativamente del rey y de la patria, a quiénes se verá aparecer y reaparecer incesantemente en esta crónica de sangre, en que cada página es una batalla o una emboscada o un suplicio⁷.

Esta guerra

librada por «realistas» y «separatistas» en los bosques laberínticos de la Frontera, sembró de fisuras políticas el «país araucano», como solían llamar al territorio mapuche independiente los escribas de entonces⁸.

El parlamento de Tapihue en 1825 le otorga una legitimidad republicana al río Bío-Bío como límite entre dos entidades políticas distintas y reconoce que el territorio al sur de dicho río es un espacio controlado por los caciques mapuche⁹. El Fuerte de Arauco era, en ese momento, un enclave chileno en territorio indígena, como lo había sido durante el gobierno colonial para «garantizar

⁶ Francisco Albizú, “Indígenas de Chile: entre el río, la ficción y la nación”, *Babel*, vol. 19, 2009, p. 110.

⁷ Benjamín Vicuña Mackenna, *La guerra a muerte*, Buenos Aires y Santiago de Chile, Editorial Francisco de Aguirre, 1972, p. xvi.

⁸ Eduardo Téllez, “Espacios geoétnicos y confederaciones territoriales en tiempos de la Guerra a Muerte”, *Revista de historia indígena*, n.º 3, 1998, p. 54.

⁹ Eduardo Téllez, Osvaldo Silva, Alain Carrier y Valeska Rojas, “El tratado de Tapihue entre ciertos linajes mapuches y el Gobierno de Chile [1825]”, *Cuadernos de Historia*, n.º 35, 2011, pp. 169-190; Joanna Crow y Juan Luis Ossa, “¿‘Indios seducidos’? Participación político-militar de los mapuche durante la Restauración de Fernando VII. Chile, 1814-1825”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, vol. 7, n.º 15, 2018, pp. 39-58.

la presencia española sobre la costa del Pacífico y servir de posta en la comunicación terrestre entre Concepción y Valdivia»¹⁰.

Los mapuche controlaban el ingreso de extranjeros a su territorio y lo hacían con gran celo, como lo comprobaría Reynolds en forma directa. En 1804 el viajero inglés William B. Stevenson llega, con diecisiete años, a Tucapel Viejo, «residencia de uno de los caciques o ulmenes de los indios araucanos», donde fue tratado «de la manera más hospitalaria». Desde ese lugar emprende un largo viaje hasta Concepción, aprovechando de describir, con un encomiable espíritu etnográfico, el territorio y sus habitantes. Luego de permanecer algunos días en Tucapel Viejo, Stevenson sigue a Tubul y de ahí pasa al fuerte de Arauco. Describe sus instalaciones y ofrece un vivo retrato de las relaciones económicas y sociales hispano-mapuche en ese enclave fronterizo. Stevenson supo en ese lugar

que el actual obispo de Concepción, Roa, habiendo pasado por el territorio de los indios con permiso en su visita a Valdivia (formalidad de la que nunca se puede prescindir), fue apresado al regresar por no haber solicitado y obtenido un pase o salvoconducto del Uthalmapu, o jefe político principal del país que tenía que atravesar, llamado por los indios, el LauguenMapu, o distrito marino¹¹.

La referencia refleja el dominio que los indígenas tenían, en esa época, del territorio que se extendía entre Concepción y Valdivia y muestra de manera precisa el escenario en el que se desarrollarán las aventuras de Jeremiah N. Reynolds en la Araucanía.

El primer intento, sin éxito, de penetración de Reynolds en territorio mapuche es desde el fuerte de Arauco. Reynolds realiza luego una excursión desde Concepción, siguiendo el curso del río Bío-Bío por su ribera norte, hasta llegar al volcán Antuco, entre los meses de septiembre y octubre de 1830, intentando ingresar por los contrafuertes cordilleranos. En un comienzo no logra conseguir la

¹⁰ José Manuel Zavala, *Los mapuche del siglo XVIII. Dinámica interétnica y mecanismos de resistencia*, Temuco, Ediciones de la Universidad Católica de Temuco, 2008, p. 110.

¹¹ William B. Stevenson, *A Historical and Descriptive Narrative of Twenty Years' Residence in South America*, vol. I, Londres, Hurst, Robinson & Co., 1825, pp. 17-18.

autorización de los jefes mapuche hasta que finalmente atraviesa el territorio y llega a Valdivia en noviembre de 1830. Desde esta ciudad hará otros viajes por la zona hasta regresar a Valparaíso en el mes de mayo de 1831. No se tiene mucha información de sus andanzas desde esa fecha hasta que en diciembre de 1832 se embarca en el *USS Potomac* y abandona el país.

Este libro reúne un par de informes y una serie de cartas que Reynolds escribió tanto sobre sus viajes por la Araucanía como sobre el contexto en el que se realizaron, precedidos por un pequeño estudio donde se ha tratado de situar la mirada del viajero estadounidense sobre los «bravos» araucanos y su territorio y las razones que tuvo para hacer estos viajes.

El estudio está estructurado en tres partes. En la primera se describe la expedición Pendleton-Palmer (1829-1831), en la segunda los viajes de Reynolds por Chile (1830-1832) y en la tercera los resultados «científicos» de estas excursiones. El estudio se completa con un pequeño preámbulo con información biográfica de Reynolds y finaliza con un breve colofón sobre los aspectos «reales y ficticios» presentes en algunos escritos que novelan las aventuras de Reynolds en Chile.

En la traducción de las cartas e informes hemos respetado, dentro de lo posible, el estilo narrativo de Reynolds, los sistemas de medidas usados¹² y los nombres de las personas y los lugares mencionados en los textos¹³. Hemos usado corchetes «[]» para indicar las equivalencias en las medidas, en los casos que hemos

¹² El sistema de medida usado por Reynolds en sus escritos es el denominado sistema inglés o anglosajón, utilizado principalmente en los Estados Unidos y en algunas partes del Reino Unido. Este sistema se basa en medidas de longitud tales como la pulgada, el pie, la yarda y la milla. Se utiliza también la braza y la legua, pero de manera menos frecuente. Una milla equivale a 1760 yardas, una yarda a 3 pies, un pie a 12 pulgadas. También se usan las brazas y las leguas. Una braza equivale a dos yardas y una legua a tres millas. Se puede establecer una equivalencia aproximada con el sistema métrico decimal donde una pulgada equivale a 2,54 cm por lo que un pie= 30,48 cm; una yarda= 91,44 cm; una braza= 1,8288 m; una milla= 1609,344 m; y una legua= 4828,032 m. En los textos aparece también una medida de superficie característica del sistema inglés, el acre, que equivale en el sistema métrico decimal a 4046,8564224 m² o 0,4 hectáreas. La temperatura es presentada bajo el sistema de grados Fahrenheit (°F). Para transformarlos en grados Celsius (°C), sistema usado en este país, se debe usar la fórmula °C= (°F-32)*5/9.

¹³ Entre corchetes entregamos en los textos los nombres actualizados tanto de las personas como de los lugares y también la equivalencia de °F en °C.

considerado necesario, y también para señalar la información que hemos agregado con el fin de mejorar la comprensión de los textos.

1839.]

'Mocha Dick,' of the Pacific.

377

MOCHA DICK:

OR THE WHITE WHALE OF THE PACIFIC: A LEAF FROM A MANUSCRIPT JOURNAL.

BY J. N. REYNOLDS, ESQ.

WE expected to find the island of Santa María still more remarkable for the luxuriance of its vegetation, than even the fertile soil of Mocha; and the disappointment arising from the unexpected shortness of our stay at the latter place, was in some degree relieved, by the prospect of our remaining for several days in safe anchorage at the former. Mocha lies upon the coast of Chili, in lat. 38° 28' south, twenty leagues north of Mono del Bonifacio, and opposite the Imperial river, from which it bears w. s. w. During the last century, this island was inhabited by the Spaniards, but it is at present, and has been for some years, entirely deserted. Its climate is mild, with little perceptible difference of temperature between the summer and winter seasons. Frost is unknown on the lowlands, and snow is rarely seen, even on the summits of the loftiest mountains.

It was late in the afternoon, when we left the schooner; and while we bore up for the north, she stood away for the southern extremity of the island. As evening was gathering around us, we fell in with a vessel, which proved to be the same whose boats, a day or two before, we had seen in the act of taking a whale. Aside from the romantic and stirring associations it awakened, there are few objects in themselves more picturesque or beautiful, than a whale-ship, seen from a distance of three or four miles, on a pleasant evening, in the midst of the great Pacific. As she moves gracefully over the water, rising and falling on the gentle undulations peculiar to this sea; her sails glowing in the quivering light of the fires that flash from below, and a thick volume of smoke ascending from the midst, and curling away in dark masses upon the wind; it requires little effort of the fancy, to imagine one's self gazing upon a floating volcano.

As we were both standing to the north, under easy sail, at nine o'clock at night we had joined company with the stranger. Soon after, we were boarded by his whale-boat, the officer in command of which bore us the compliments of the captain, together with a friendly invitation to partake the hospitalities of his cabin. Accepting, without hesitation, a courtesy so frankly tendered, we proceeded, in company with Captain Palmer, on board, attended by the mate of the Penguin, who was on his way to St. Mary's to repair his boat, which had some weeks before been materially injured in a storm.

We found the whaler a large, well-appointed ship, owned in New-York, and commanded by such a man as one might expect to find in charge of a vessel of this character; plain, unassuming, intelligent, and well-informed upon all the subjects relating to his peculiar calling. But what shall we say of his first mate, or how describe him? To attempt his portrait by a comparison, would be vain, for we have never looked upon his like; and a detailed description, however accurate, would but faintly shadow forth the *tout ensemble* of his extraordinary figure. He had probably numbered about thirty-five

Imagen n.º 1. Primera página del artículo "Mocha Dick, or the White whale of the Pacific: a leaf from a manuscript Journal", escrito por Jeremiah N.

Reynolds, publicado en *The Knickerbocker*, XIII, 5, 1839, pp. 377-392.

ESTUDIO:
LOS VIAJES DE JEREMIAH N. REYNOLDS
POR CHILE (1830-1832) A TRAVÉS
DE SUS CARTAS E INFORMES

PREÁMBULO

Jeremiah N. Reynolds (1799-1858) es una figura singular, enigmática y bastante controvertida en la historia de las exploraciones marítimas de los Estados Unidos. Sus aventuras, algunas reales otras imaginadas, han formado parte de innumerables relatos y han sido tema de novelas bastante exitosas. Se lo ha etiquetado como un romántico o, al menos, se ha dicho que la historia de su vida es «una historia romántica»¹⁴ y también ha sido considerado «como un luchador en un país de luchadores»¹⁵.

El primer ensayo sobre la vida de Jeremiah N. Reynolds aparece en una obra dedicada a relatar la historia del condado de Clinton, Ohio, publicada en dos volúmenes en 1882¹⁶. El escrito sobre Reynolds es atribuido por el editor de la obra al Juez Robert B. Harlan¹⁷. Este texto es luego transcrito por Henry Howe¹⁸, con un énfasis en el carácter «romántico» de la vida de Reynolds. Respecto de la estancia de Reynolds en Chile el relato es bastante

¹⁴ Henry Howe, “The Romantic History of Jeremiah N. Reynolds”, *Historical Collections of Ohio: An Encyclopedia of State*, vol. 1, Cincinnati, C. J. Krehbiel & Co., Printers and binders, 1907, p. 431.

¹⁵ Michael A. Verney, *A Great and Rising Nation: Naval Exploration and Global Empire in the Early U.S. Republic*, Chicago, The University of Chicago Press, 2022, p. 13.

¹⁶ Pliny A. Durant (ed.), *The History of Clinton County, Ohio*, Chicago, W. H. Beers & Co., 1882.

¹⁷ Durant, *op. cit.*, p. 580.

¹⁸ Howe, *passim*.

escueto, aunque muy sugerente. Se dice que luego de convencerse «que no podrían entrar al Polo Sur, ya que estaba bloqueado por un continente helado», los expedicionarios deciden volver a casa. Llegan a Valparaíso, Chile, y ahí «los hombres se amotinan contra la autoridad de los buques, ponen a Reynolds y Watson en tierra y se lanzaron al mar como piratas»¹⁹. Más adelante se afirma que Reynolds «viaja por tierra a través de la República de Chile y de los Territorios Araucanos e Indios al sur de ella» y se indica que «mientras estaba en una tribu araucana se compromete como coronel de un regimiento en guerra contra una tribu vecina» y que al pasar «por un desfiladero profundo y estrecho se cae de su caballo, quedando severamente herido». El texto agrega que Reynolds «estaba en Valparaíso en octubre de 1832 cuando llegó la fragata estadounidense Potomac» a la que se unió «como secretario privado del Comodoro [Downes] y continuó en este servicio hasta que desembarcaron en el puerto de Boston»²⁰. John W. Peck señala que «es difícil determinar cuánto de verdad y cuánto de pura ficción hay en el relato del viaje de Reynolds»²¹. Es posible comprobar algunas de las afirmaciones realizadas en esta temprana historia, pero para la mayoría de ellas no hay fundamentos, por ahora, que permitan hacerlo.

Robert Almy escribe una muy notable «breve biografía, con referencias particulares a Symmes y Poe», de Reynolds, «corrigiendo algunos errores previos y suministrando nueva información»²². Robert G. Woodbridge III, por su parte, elabora una extensa biografía sobre el explorador, inédita²³, que no hemos podido consultar, por ahora, salvo un pequeño resumen²⁴.

¹⁹ Robert B. Harlan, "Biography of Jeremiah N. Reynolds", en Durant, *op. cit.*, p. 584; Howe, *op. cit.*, p. 432.

²⁰ Harlan, *op. cit.*, pp. 584-585; Howe, *op. cit.*, pp. 432-433.

²¹ John W. Peck, "Symmes' Theory", *Ohio archaeological and historical publications*, vol. xviii, 1909, p. 41.

²² Robert Almy, "J. N. Reynolds: A Brief Biography with Particular Reference to Poe and Symmes", *The Colophon*, vol. II, n.º 2, 1937, p. 227.

²³ El manuscrito, en dos volúmenes, con 800 páginas, se encuentra en la Princeton University Library, Princeton, Manuscripts Division, Department of Special Collections, Co199 no. 1143q.

²⁴ Richard Woodbridge III, "J. N. Reynolds, father of American Exploration", *The Princeton University Library Chronicle*, vol. 45, n.º 2, 1984, pp. 107-121.

Los datos disponibles sobre su vida nos indican que nace en 1799 en Cumberland, Pennsylvania, y muy pequeño, en 1808, se traslada con su familia a Clinton, Ohio. Ejerce diversos oficios, entre ellos el de maestro de escuela. Fue un «habitante de los bosques occidentales», obligado a ser «autosuficiente»²⁵. Tomó algunos cursos en la Ohio University, pero no completó ninguna carrera. Entre 1823 y 1824 fue propietario y editor del *Wilmington Spectator*, un periódico de Wilmington, Ohio, pero

aparece ante los ojos del público recién en 1825, sosteniendo en su mano un modelo de la tierra hueca de Symmes, exponiendo a una audiencia ya entusiasmada por el destino manifiesto en las ventajas de extender la frontera americana hasta los confines de la tierra²⁶

Se le considera un temprano seguidor y gran divulgador de las teorías de John Cleves Symmes Jr., quién había declarado en 1818 que la Tierra era hueca, habitable por dentro, que contenía un número de esferas concéntricas sólidas, una dentro de la otra, y que estaba abierta por los polos. Symmes señalaba, además, que estaba dispuesto a explorar ese vacío si el mundo lo apoyaba y ayudaba en esa tarea²⁷. Reynolds acompaña a Symmes en una gira de conferencias por distintas ciudades de los Estados Unidos para divulgar «la teoría de la tierra hueca». Tuvo más tarde diferencias con Symmes e hizo algunas observaciones donde manifestaba la posibilidad cierta que la teoría «podría estar equivocada»²⁸. Reynolds escribe un largo artículo donde explica en forma detallada sus acuerdos y desacuerdos con Symmes y su teoría²⁹.

²⁵ Gerald D. McDonald, “Reynolds, Jeremiah N. (1799-1858)”, en William Coyle (ed.), *Ohio Authors and their Books: Biographical Data and Selective Bibliographies for Ohio Authors, Native and Resident, 1796-1950*, Cleveland, World Pub. Co., 1962, p. 523.

²⁶ Almy, *op. cit.*, p 228.

²⁷ Duane A. Griffin, “Hollow and habitable within: Symmes’s Theory of Earth’s Internal Structure and Polar Geography”, *Physical Geography*, vol. 25, n.º 5, 2004, pp. 382–397.

²⁸ Griffin, *op. cit.*, p. 391.

²⁹ A Citizen of the United States [J. N. Reynolds], *Remarks on a Review of Symmes’ Theory which appear in American Quarterly Review*, Washington, Gales & Seaton, 1827.

Llega a Chile a bordo del bergantín Annawan, uno de los buques de la denominada Expedición Pendleton-Palmer [1829-1831] que había sido organizada de forma privada, pero apoyada por el Gobierno de los Estados Unidos, con una serie de objetivos científicos, económicos y también políticos³⁰. Su estancia en el país dura algo más de dos años (1830-1832). Se inicia en el mes de julio de 1830 cuando se dirige en bote desde el Annawan, fondeado en la isla Santa María, al fuerte de Arauco y finaliza durante el mes de diciembre de 1832 cuando abandona el puerto de Valparaíso a bordo de *uss Potomac*³¹.

Reynolds era aficionado a escribir cartas y algunas fueron publicadas por importantes periódicos estadounidenses, constituyéndose en una de las principales fuentes de información disponibles para conocer detalles de sus andanzas y de sus opiniones sobre lo que observa y experimenta en cada uno de sus viajes³². En el mes de marzo de 1831, comienzan a aparecer en la prensa algunas noticias sobre ciertas cartas que habría enviado J. N. Reynolds desde «el interior de la región araucana», donde informaba que

estaban dirigiéndose a visitar un volcán y que cuando regresaran a la costa volverían a embarcarse en los buques de exploración, en un lugar previamente acordado con sus comandantes³³.

Es especialmente significativo un conjunto de cinco cartas escritas entre 1830 y 1831 a Michael Hogan, cónsul de los Estados

³⁰ Aaron Sachs, *The Humboldt Current. Nineteenth-Century Exploration and the roots of American environmentalism*, Nueva York, Penguin, 2007.

³¹ El *uss Potomac*, capitán Downes, llega a Valparaíso el 24 de octubre de 1832, abandonando el puerto rumbo a Lima el 2 de diciembre de 1832. Véase Jeremiah N. Reynolds, *Voyage of the United State Frigate Potomac, under the command of Commodore John Downes, during the circumnavigation of the globe in the years 1831, 1832, 1833 and 1834*, Nueva York, Harpers & Brothers, 1835.

³² Sobre el primer tramo del viaje, entre la costa este de los Estados Unidos y la Isla de los Estados, se dispone de dos interesantes cartas, la primera escrita el 14 de noviembre de 1829, desde la isla Boavista, Cabo Verde, carta de Jeremiah N. Reynolds a los Editores del *New-York Morning Courier & Enquirer*, Boavista, 14 de noviembre de 1829. *New York Morning Courier & Enquirer*, Nueva York, 3 de abril de 1830 y la otra, redactada el 13 de enero de 1830, desde la Isla de los Estados. Carta de Jeremiah Reynolds, Isla de los Estados, 13 de enero de 1830. *New York Morning Herald*, Nueva York, 3 de junio de 1830.

³³ *The Daily Chronicle*, Filadelfia, 23 de marzo de 1831.

Unidos en Valparaíso³⁴, las que el propio diplomático considera necesario divulgar en los periódicos estadounidenses. Michael Hogan informa a sus superiores que Mr. Reynolds

me ha comunicado en una serie de cartas, de número 1 al 5, como oportunamente me había prometido, los resultados de su empresa considerada por el pueblo de este país de tal naturaleza que despierta el asombro y suscita la admiración; considero su contenido tan aceptable que me he tomado la libertad de enviárselas para su lectura y publicación, si usted lo ve desde la misma perspectiva³⁵.

El otro conjunto está formado por tres cartas escritas a Samuel L. Southard, secretario de Marina de los Estados Unidos entre 1823 y 1829³⁶, que hemos escogido entre la nutrida correspondencia que se conserva entre ambos personajes³⁷. Estas cartas son complementadas por otras misivas publicadas en los periódicos, cinco escritas por el propio Reynolds a personas no identificadas (un amigo de Filadelfia, o de New Hampshire, un corresponsal

³⁴ Michael Hogan (1766-1833), irlandés, fue marinero en buques de la Marina Real británica entre 1780 y 1784. En 1802 se instaló en Nueva York con su familia, involucrándose en el comercio marítimo con puertos del Pacífico Sur. Fue cónsul de los Estados Unidos en Cork, Irlanda (1815-1817), en La Habana, Cuba (1819-1820) y finalmente en Valparaíso (1820-1833), cargo que ocupó hasta su muerte. Véase Michael H. Styles, *Captain Hogan: seaman, merchant, diplomat on six continents*, Fairfax, Six Continents Horizons, 2003.

³⁵ Carta de Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso a Martín van Buren, secretario de Estado, Valparaíso 5 de marzo de 1831. Archivo Nacional Histórico, Despachos de los cónsules de Estados Unidos en Valparaíso, Chile 1812-1906, vol. 2, 1 de enero de 1828 - 31 de diciembre de 1835.

³⁶ Samuel L. Southard (1787-1842), fue un distinguido político estadounidense que sirvió, entre otros cargos, como secretario de Marina (1823-1829), gobernador de New Jersey (1832-1833) y senador de los Estados Unidos (1833-1842). Southard demostró ser uno de los secretarios de la Marina más eficaces, esforzándose por mejorar su administración. Compró terrenos para los primeros hospitales navales, comenzó la construcción de los primeros diques secos de la Marina, realizó estudios de las aguas costeras de los Estados Unidos y promovió la exploración en el océano Pacífico. Véase Michael J. Birkner, *Samuel L. Southard: Jeffersonian Whig*, Cranbury, Associated University Press, 1984.

³⁷ Estas cuatro cartas fueron publicadas, aunque no completas, por Richard G. Woodbridge III en 1984. Los originales forman parte de un conjunto de 79 cartas que Reynolds le escribe a Southard y reunidas en los Samuel L. Southard Papers, conservados en la Manuscript Division, Department of Special Collections, de la Princeton University Library.

en Nueva York) y otras dos escritas por otras personas pero que contienen datos importantes para comprender la naturaleza de sus viajes por Chile.

Reynolds publica, además, entre 1839 y 1843, tres informes sobre algunos aspectos de sus experiencias en la Araucanía: *A leaf from an unpublished manuscript* [Una página de un manuscrito inédito], dedicado a su ascensión al volcán Antuco³⁸; *Mocha Dick, or the White whale of the Pacific: a leaf from a manuscript Journal* [Mocha Dick o la ballena blanca del Pacífico: una página de un diario manuscrito], donde recoge noticias sobre una temida ballena blanca que recorría las costas del centro sur de Chile³⁹; y *Rough notes of rough adventures* [Notas en bruto sobre ásperas aventuras], un relato muy detallado sobre su ascensión al volcán Villarrica, y sus aventuras entre los grupos de nativos que vivían en la extensa región que se extiende entre Concepción y Valdivia, desde el mar a la cordillera⁴⁰.

Para Aubrey Starke, estos textos, publicados casi una década después de finalizados sus viajes y que son presentados como «páginas de un diario manuscrito o inédito», son probablemente «extractos de un volumen de viajes que Reynolds nunca publicó, cuyo manuscrito original ahora se ha perdido»⁴¹, son parte de la bitácora o diario de la expedición que, como su «historiógrafo», le correspondía redactar; una tarea que no se sabe realmente si fue cumplida como se planificó. El propio explorador, en una carta escrita en 1834, le cuenta a Samuel L. Southard que «mi cuaderno de notas está completo, aunque mi bitácora no está escrita del todo, por lo que, en este momento, no puedo enviársela»⁴². No hay indicios, desafortunadamente, de su cuaderno de notas.

³⁸ J. N. Reynolds, "A leaf from an unpublished manuscript", *Southern Literary Messenger*, vol. 5, n.º 6, 1839, pp. 408-413.

³⁹ Jeremiah Reynolds, "Mocha Dick, or the White whale of the Pacific: a leaf from a manuscript Journal", *The Knickerbocker*, vol. XIII, n.º 5, 1839, pp. 377-392,

⁴⁰ Jeremiah Reynolds, "Rough notes of rough adventures", *Southern Literary Messenger*, vol. 9, n.º 12, 1843, pp. 705-715.

⁴¹ Aubrey Starke, "Poe's Friend Reynolds", *American Literature*, vol. 11, n.º 2, 1939, p. 156.

⁴² Carta de J. N. Reynolds a Samuel L. Southard, Boston, 25 de mayo de 1834. Véase Woodbridge, *op. cit.*, p. 118.

Las noticias sobre las actividades desarrolladas por Reynolds en Chile son fragmentarias por lo que los objetivos de este trabajo son reunir la información disponible, reconstruir en lo posible los movimientos del explorador y registrar sus opiniones sobre la historia natural y cultural de la Araucanía, nombre con el que en esa época se conoce el territorio situado al sur del Bío-Bío, todavía en manos de grupos mapuche.

El corpus documental que reproducimos en este libro se compone de los dos informes (no incluimos su texto sobre Mocha Dick, que ha sido traducido y publicado hace pocos años⁴³ y quince cartas, trece escritas por el propio Reynolds, escogidas para ilustrar la estancia del explorador en Chile entre 1830 y 1832, el conocimiento acumulado y sus opiniones sobre la Araucanía y sus habitantes.

PRIMERA PARTE

Interesado en el fomento de la exploración marítima, Jeremiah N. Reynolds comienza en 1825 «una intensa campaña promocional para que los Estados Unidos realice una expedición con propósitos comerciales y científicos al Mar del Sur»⁴⁴. En 1828 es nombrado «agente especial de la Secretaría de Marina»⁴⁵ y por mandato del presidente de los Estados Unidos John Quincy Adams⁴⁶ se le encarga «recolectar información de los propietarios y capitanes de barcos sobre las condiciones de los Mares del Sur»⁴⁷. Rey-

⁴³ Reynolds, *Mocha Dick o la ballena...*, *passim*.

⁴⁴ William E. Lenz, *The Poetics of the Antarctic: A Study in Nineteenth-Century American Cultural Perceptions*, Nueva York, Routledge, 2021, p. 45.

⁴⁵ John P. Harrison, "Science and Politics: Origins and Objectives of Mid-Nineteenth Century Government Expeditions to Latin America", *The Hispanic American Historical Review*, vol. 35, n.º 2, 1955, p. 177.

⁴⁶ John Quincy Adams (1767-1848), abogado, político, diplomático y estadista, fue el sexto presidente de los Estados Unidos entre los años 1825 y 1829. Ganó la presidencia como miembro de partido Democrático Republicano y luego se afilió al partido Whig. Véase Paul Nagel, *John Quincy Adams: A Public Life, a Private Life*, Harvard, Harvard University Press, 1999.

⁴⁷ Harley Harris Bartlett, "The Reports of the Wilkes Expedition, and the Work of the Specialists in Science", *Proceedings of the American Philosophical Society*, vol. 82, n.º 5, 1940, p. 603.

nolds elabora un informe que envía el 24 de septiembre de 1828 al secretario de la Marina de los Estados Unidos donde reúne la información disponible sobre las principales características de «la navegación, geografía y topografía de todos los mares, de los océanos Pacífico, Índico y Chino, y también del alcance y naturaleza de nuestro comercio en aquellos mares»⁴⁸, con los datos obtenidos de sus conversaciones con capitanes, propietarios de buques balleneros y otros testigos y también de la lectura de las bitácoras, diarios y mapas de sus viajes. El informe concluye señalando lo siguiente:

después de todos estos esfuerzos, la justicia que nosotros merecemos como un gran pueblo necesita que esta masa de información sea revisada, analizada, clasificada y preservada en cuidadosas obras literarias para beneficio de la humanidad⁴⁹.

Reynolds pide luego patrocinio a la Cámara de Representantes de los Estados Unidos para realizar un viaje de exploración a la Antártida. Le solicita a Andrew Stevenson, vocero de ella que se considere «la importancia de brindar alguna ayuda eficaz, en el equipamiento de una pequeña expedición, para explorar las inmensas y desconocidas regiones del hemisferio sur», ya que «difícilmente podría dejar de hacer descubrimientos de algún interés, encontrando nuevas islas o aumentando nuestro conocimiento de las que ya están en los mapas»; además,

el comercio se beneficiara con la vigilancia de las costas frecuentadas por nuestros valientes pescadores y en las que a menudo sufren naufragios con muchas privaciones y pérdida de propiedades,

abriendo, de esta manera, «nuevos canales para el comercio de pieles de animales, del que proceden inmensos ingresos para el Gobierno». La carta va acompañada con una serie de peticiones de apoyo de varios ciudadanos de distintos estados del país⁵⁰.

⁴⁸ Reynolds, *Voyage...*, *passim*.

⁴⁹ Reynolds, *Voyage ...*, *op. cit.*, p. 28.

⁵⁰ Jeremiah Reynolds, *Letter to the Speaker of the House of Representatives upon the subject of an Antarctic Expedition*, Washington DC, Gales & Seaton, 1828.

REMARKS

ON A

REVIEW OF SYMMES' THEORY,

WHICH APPEARED IN THE

AMERICAN QUARTERLY REVIEW,

BY A

"CITIZEN OF THE UNITED STATES."

WASHINGTON :

PRINTED BY GALES & SEATON.

1827.

Imagen n.º 2. Portadilla del libro *Remarks on a Review of Symmes' Theory which appear in American Quarterly Review*, escrito por Jeremiah N. Reynolds bajo el seudónimo de A citizen of the United States, Washington D. C., Gales & Seaton, 1827.

La solicitud despierta mucho entusiasmo en la prensa, pero no consigue el apoyo financiero que buscaba del Gobierno⁵¹. El nuevo presidente de los Estados Unidos Andrew Jackson⁵², elegido en 1829, no estaba muy de acuerdo, por razones económicas, con el proyecto presentado por Reynolds⁵³. Las preferencias del Congreso se orientaban, más bien, a establecer «un imperio del comercio en el Pacífico, no un imperio del conocimiento»⁵⁴, de modo que la propuesta, al menos por ese momento, fue completamente desechada⁵⁵.

Lejos de amilanarse, Reynolds se conecta con comerciantes privados y en marzo de 1829, «bajo la asistencia y respaldo financiero de Edmund Fanning⁵⁶ y otros loberos de Stonington», forma la South Sea Fur Company and Exploring Expedition, una empresa creada con el fin de localizar y explotar colonias de lobos marinos en el extremo sur americano y para mejorar el conocimiento científico de la Antártida⁵⁷. Irónicamente, serán «los loberos y no la Marina de los Estados Unidos los que lo llevarían [a Reynolds] al Hemisferio Sur»⁵⁸.

Los empresarios de Stonington deciden enviar «a sus expensas, dos barcos bien equipados, con un grupo de científicos a bordo, para hacer la anhelada exploración de la región antártica». El ca-

⁵¹ Woodbridge, *passim*.

⁵² Andrew Jackson (1767-1845), abogado, militar, político y estadista, fue el séptimo presidente de los Estados Unidos (1829-1837). Ganó las elecciones como miembro del partido Demócrata. Participó activamente en las guerras con los nativos americanos, especialmente contra los creek y seminolas. Véase John S. Basset, *The Life of Andrew Jackson*, Nueva York, Doubleday, Page & Co., 1911.

⁵³ Bartlett, *passim*.

⁵⁴ Verney, *op. cit.*, p. 12.

⁵⁵ La idea fue luego aprobada por el gobierno de los Estados Unidos y se expresó en una expedición científica de circunnavegación del mundo, The United States Exploring Expedition, realizada entre 1838 y 1842, pero marginando completamente a Jeremiah N. Reynolds.

⁵⁶ Edmund Fanning (1769-1841), explorador, capitán de barco y exitoso comerciante estadounidense, hizo fortuna en el comercio de pieles con China, las que intercambiaba por sedas, especias y té, que vendía en Nueva York. Véase Henry M. Rogers, “Edmund Fanning, from Limerick, Ireland, to Stonington, Connecticut”, *Connecticut History Review*, vol. 40, n.º 2, 2001, pp. 182-202.

⁵⁷ Nathaniel Philbrick, *Sea of Glory: America's Voyage of Discovery, the U.S. Exploring Expedition, 1838-1842*, Nueva York, Penguin, 2004, p. 25.

⁵⁸ Verney, *op. cit.*, p.12.

pitán Edmund Fanning «estaba demasiado viejo para participar personalmente en el viaje, pero deseaba contribuir a financiar la iniciativa». Los capitanes Pendleton y Palmer se unen a Fanning y en conjunto «toman los riesgos [financieros] de la exploración». Se prepararon dos bergantines, el Annawan, 158 toneladas, New Bedford, capitán Palmer, y el Seraph, 174 toneladas, Stonington, capitán Pendleton. Un tercer buque, la goleta Penguin, 84 toneladas, Stonington, capitán Alexander Palmer, hermano de Nathaniel, «se agregará a la expedición, después de llegar a la Isla de los Estados»⁵⁹.

Edward Fanning indica en un Memorial presentado en 1833 al Congreso de los Estados Unidos que en la expedición se embarcaron «cinco caballeros científicos»⁶⁰. Estos científicos eran

el Dr. James Eights, de Albany, Nueva York, el Dr. John Frampton Watson, de Filadelfia, Pensilvania, el Sr. Jeremiah N. Reynolds, de Wilmington, Ohio, y otros dos asociados cuyos nombres no se conocen.

Estas personas eran «los primeros norteamericanos en realizar exploraciones e investigaciones científicas en el continente sudamericano»⁶¹. James Eights, geólogo y naturalista, es un personaje con una historia conocida y bastante documentada⁶², pero no ocurre lo mismo con John F. Watson, del que se ha dicho que era doctor, naturalista aficionado, hombre de fortuna, profesor, pero, aunque no se poseen antecedentes muy precisos, la mayoría de los textos consultados opina que era un artista⁶³. No hay ningún dato

⁵⁹ John R. Spears, *Captain Nathaniel Brown Palmer. An Old-Time Sailor of the Sea*, Nueva York, The MacMillan Co., 1922.

⁶⁰ Edmund Fanning, “Memorial of Edmund Fanning to the Honorable the Senate and House of representatives of the United States of America in Congress assembled”, *Executive Documents, The House of Representatives at the First Session of the 22nd Congress at the city of Washington, December 7, 1831*, vol. I, Washington, D. C., Duff Green, 1833, p. 11.

⁶¹ Lawrence Martin, “Early Explorations and Investigations in Southern South America and Adjacent Antarctic Waters by Mariners and Scientists from the United States of America”, *Proceedings of the Eighth American Scientific Congress*, vol. IX, Washington, Department of State, 1943, p. 43.

⁶² Daniel L. McKinley, *James Eights, 1798-1882, Antarctic explorer, Albany naturalist*, Nueva York, The University of the State of New York, 2003.

⁶³ William R. Stanton, *The Great United States Exploring Expedition of 1838-1842*, Berkeley & Los Angeles, The University of California Press, 1975. Probablemente

sobre la presencia de los «otros dos asociados» en las fuentes de la época, por lo que podemos suponer, por ahora, que simplemente no existieron y que su inclusión fue una manera de potenciar el carácter científico del viaje de exploración.

El itinerario de la expedición Pendleton-Palmer se divide en tres tramos o segmentos. El primero comprende desde la salida de los buques de Nueva York y Stonington hasta su llegada a la Isla de los Estados, en el Atlántico Sur. Los bergantines hacen el crucero en forma separada; Jeremiah Reynolds y James Eights viajaban a bordo del Annawan, John F. Watson iba en el Seraph. El segundo tramo corresponde al viaje realizado a las Shetlands del Sur, iniciado desde la Isla de los Estados, frente a Tierra del Fuego, en el Atlántico, y finalizado en la Isla Santa María, en el Pacífico, frente a las costas de Arauco. En esta etapa, se incorpora la goleta Penguin, de Stonington, capitaneada por Alexander Palmer, hermano de Nathaniel Palmer, capitán del Annawan. El bergantín Annawan y la goleta Penguin viajan en compañía y, al parecer, en algún momento del viaje también se les une el bergantín Seraph. El tercer tramo de la expedición es realizado por «los bergantines de exploración» Seraph y Annawan, que se dedican principalmente a la caza de lobos marinos en las costas de Perú y Chile, regresando a los Estados Unidos recién en agosto de 1831.

Es importante entregar algunos detalles del viaje completo de la expedición Pendleton-Palmer. Jeremiah Reynolds y Nathaniel Palmer se reúnen en el mes de septiembre de 1829 en New Bedford para preparar el bergantín Annawan, «uno de los más finos veleros construidos en este puerto o en cualquier otro», con el objetivo de realizar «una expedición de exploración al mar del Sur». Se logra embarcar «una parte de la tripulación, se preparan los botes y se obtienen otros artículos para el viaje». El 26 de septiembre de 1829 el buque llega al puerto de Nueva York después de efectuar una

se trata de John Frampton Watson (1807-1866), artista, hijo de Joseph Watson, de Filadelfia, comerciante, socio de la firma Watson & Paul, y de Margaret Rodman. En 1846 se habría casado con Susan Abbott Newbold, inglesa de Liverpool. Véase Charles H. Jones, *Genealogy of the Rodman Family*, 1620-1886, Filadelfia, Allen, Lane & Scott, 1886. En 1833 era un reconocido litógrafo e impresor de Filadelfia. Véase Erika Piola y Jennifer Ambrose, “The first fifty years of commercial lithography in Philadelphia: An overview of the trade, 1828-1878”, en Erika Piola (ed.) *Philadelphia on Stone. Commercial Lithography in Philadelphia, 1828-1878*, Filadelfia, The Pennsylvania State University Press, 2012, pp. 1-47.

escala en Stonington⁶⁴, «donde recibirá el resto de su tripulación y el equipamiento previo a su partida»⁶⁵.

El 17 de octubre de 1829 el bergantín Annawan, capitán Palmer, zarpa de Nueva York⁶⁶. El bergantín Seraph, capitán Pendleton, debido al mal tiempo, sale recién de Stonington el 21 de octubre, «para unirse con su pareja, el Annawan, frente a Block Island, desde donde seguirían en su viaje de exploración hacia el Hemisferio Sur»⁶⁷. Los dos veleros no pueden encontrarse en el lugar previsto, debido a «una fuerte brisa del este que pronto se convirtió en un vendaval, continuando así durante tres días»⁶⁸, por lo que cada buque sigue, por separado, su rumbo al sur.

En una carta escrita desde Boavista, una de las islas del archipiélago de Cabo Verde, Jeremiah Reynolds informa que el día 9 de noviembre, «el bergantín Annawan y toda su tripulación han llegado en buenas condiciones y está esperando por su pareja, el Seraph, para continuar su viaje» hacia el sur. En dicha carta Reynolds reconoce, una vez más, la doble naturaleza de la expedición; por una parte, estaban los intereses comerciales de los accionistas de la compañía y por la otra, sus propios objetivos «científicos» que «si pueden cumplirse en un grado tolerable, sentiré que mi tiempo ha sido bien empleado y que nuestra empresa no ha sido en vano». Sus objetivos eran

colectar datos en el rango de nuestras operaciones comerciales en el Océano Pacífico y Mar del Sur [..., que sean] beneficiosos para nuestros intereses comerciales y dejen en el más alto crédito nuestro carácter nacional

y realizar

esas observaciones cuando estemos en las latitudes más altas; la formación y cantidad de hielo, las causas y velocidad de las corrientes en los diferentes meridianos, tanto como aquellos

⁶⁴ *New-York Evening Post*, Nueva York, 26 de septiembre 1829.

⁶⁵ Spears, *op. cit.*, p. 124.

⁶⁶ *New York Morning Courier*, Nueva York, 18 de octubre de 1829.

⁶⁷ *New-York Spectator*, Nueva York, 26 de octubre de 1829.

⁶⁸ Spears, *op. cit.*, p. 124.

lugares donde se encuentren menos obstrucciones para alcanzar latitudes meridionales altas; en una palabra, adquirir un conocimiento práctico de aquellos mares que pueda ser útil para guiar las operaciones de una expedición más eficiente, al regreso de la nuestra a los Estados Unidos.

Esta «reunión» de datos implicaba también la obtención de «objetos de historia natural» que pueden ser recolectados

en esa parte del globo donde tan pocas investigaciones se han hecho en algunas ramas de la ciencia: la geología, la mineralogía, y de cierta manera, la botánica, son campos amplios y desocupados ante nosotros⁶⁹.

Algunas fuentes indican que el 23 de noviembre de 1829 los dos bergantines habrían zarpado juntos desde las islas de Cabo Verde pero no fue así pues el Annawan sale el 21 de noviembre de Boavista y el Seraph llega a las islas de Cabo Verde un día después y el 25 de noviembre aún se encontraba en ese lugar⁷⁰.

Jeremiah N. Reynolds relata que después de dejar Boavista, «pasaron algún tiempo en las costas de la Patagonia y llegaron el 5 de enero a la Isla de los Estados»⁷¹. Sabemos que «el Annawan recala brevemente en la boca del Río Negro» y permanece algunos días en esa zona⁷². El bergantín fondea «en una pequeña bahía en la costa norte de la isla, conocida como Port Hatches por nuestros inquietos y emprendedores loberos», donde esperaremos «por el capitán Pendleton, en el Seraph, para hacer juntos una incursión hacia el Polo Sur». Pocos días después

apareció una vela en el horizonte [...]; cuando estuvo más cerca, su pequeño tamaño nos indujo a pensar que podía ser un bote de

⁶⁹ Carta de Jeremiah N. Reynolds a los Editores del New-York Morning Courier & Enquirer, Boavista, 14 de noviembre de 1829. Virginia Free Press & Farmers' Repository, Charlestown, 21 de abril de 1830.

⁷⁰ Carta de Joseph Noyes, segundo oficial del Seraph, a su hermano Thomas, Boavista, 25 de noviembre de 1829 <https://sparedshared6.wordpress.com/2014/05/17/1830-henry-babcock-noyes-to-thomas-noyes-jr/#jp-carousel-1128>

⁷¹ *Albany Evening Journal*, Albany, 3 de junio de 1830.

⁷² McKinley, *op. cit.*, p. 56.

los buques fondeados [...]; imagínense nuestra sorpresa y placer cuando la pequeña goleta Penguin, de Stonington; se puso a nuestro lado y nos informó de un breve paso por nuestro querido país⁷³.

Reynolds publicará años después un pequeño trabajo donde relata unas visitas realizadas a una guarida de lobos marinos y a una pingüinera en la isla de los Estados⁷⁴.

Reynolds informa que luego de «llevar a bordo un suministro completo de madera y agua, salimos [el Annawan y el Penguin] el 13 de enero hacia el sur, todos con buena salud y grandes expectativas»⁷⁵. Salen de la Isla de los Estados hacia las Shetlands del Sur sin poder reunirse con el Seraph, que llega varios días después⁷⁶.

El capitán Pendleton, por su parte, indica que el Seraph zarpa de Port Hatches

el 22 de enero de 1830, dirigiéndonos hacia el sur, donde tuvimos un largo crucero de mucha ansiedad y sufrimiento hacia las regiones heladas para el descubrimiento de nuevas tierras al occidente de la Tierra de Palmer⁷⁷.

Es decir, desde que salieron de sus puertos en la costa este de los Estados Unidos, Nueva York y Stonington, los bergantines Annawan y Seraph nunca pudieron reunirse en alguno de los puntos previamente acordados para navegar hacia los mares del Sur.

La bitácora del Penguin⁷⁸ afirma que el 14 de enero, a las 3 PM, «salió en compañía del bergantín Annawan, con destino al

⁷³ Extracto de Carta de Jeremiah Reynolds, Isla de los Estados, 13 de enero de 1830. *New York Morning Herald*, Nueva York, 3 de junio de 1830.

⁷⁴ Jeremiah N. Reynolds, “Bearding a sea lion in his den. Visit to a penguin rookery”, *The Knickerbocker*, vol. XIII, n.º 6, 1839, pp. 524-526.

⁷⁵ *Albany Evening Journal*, Albany, 3 de junio de 1830.

⁷⁶ McKinley, *op. cit.*, pp. 56-58.

⁷⁷ Benjamin Pendleton, “Report by the Commander of the American Exploring Brigs Seraph and Annawan”, en Edmund Fanning, *Voyages round the world with selected sketches of voyages to the South Seas, North and South Pacific Ocean, China, etc.*, Nueva York, Collins & Hannay, 1833, p. 479.

⁷⁸ George Elliot, *Journal of a sealing voyage from Stonington, Connecticut towards Cape Horn onboard the schooner Penguin, 1829-1831*, G.W. Blunt White Library, Mystic Seaport Museum, George Elliot Collection, Manuscripts Collection 338, Box 1, Folder 1.

Sur». Esta bitácora ha sido estudiada previamente y utilizada como fuente principal de información sobre este segmento del itinerario de la expedición⁷⁹. El 20 de enero llegan a la Isla Elefante en las Shetlands del Sur y comienzan a cazar lobos finos: «a la 1 PM desembarcan en compañía de los botes del bergantín y regresan a las 6 PM con 500 pieles». Durante una semana cazan lobos finos, elefantes marinos y algunas especies de focas⁸⁰. El 28 de enero salen de la isla Elefante se dirigen hacia la Isla Rey Jorge, pasando el 29 de enero por la isla O'Brien. El 1º de febrero llegan a Potter's Cove⁸¹, en la isla Rey Jorge, lugar donde se quedarán cazando lobos finos hasta el 20 de febrero⁸². Reynolds relata sus experiencias en las Shetlands de Sur en un texto publicado en 1838, donde se expresa con detalle sobre la larga y difícil jornada que tuvo con sus compañeros de viaje en los mares antárticos⁸³.

Bertrand piensa que el Seraph recién se une al Annawan y al Penguin «en la costa de Chile Central a comienzos de mayo» de 1830⁸⁴, pero en la bitácora del Penguin hay algunos datos que hacen pensar que la reunión pudo haber ocurrido antes, mientras se encontraban en Potter's Cove. El 2 de febrero de 1830, «a las 8 AM, se recibe a bordo al capitán N. Palmer, Mr. Pendleton, Mr. Staples y la tripulación de dos botes»; luego «se dirigieron a Pebbles Harbor»⁸⁵. Es la primera mención que se tiene de una persona apellidada Pendleton; ¿se trata del capitán Benjamin Pendleton, del Seraph?, pensamos que sí. El 20 de febrero dejan Potter's n Cove y continúan el viaje, aparentemente las tres naves juntas, hacia el oeste, «en busca de las islas reportadas por los capitanes Swain, Macy y Gardiner; [... siendo] hasta el 1.º de marzo el curso

⁷⁹ McKinley, *op. cit.*; Kenneth J. Bertrand, *Americans in Antarctica 1775-1948*, Nueva York, American Geographical Society, 1971; Marcelo Mayorga, "Loberos de Stonington en torno a las costas de Chile y Perú: entre la explotación y apropiación territorial", *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, vol. 14, n.º 19, 2021, pp. 266-301.

⁸⁰ Mayorga, *passim*.

⁸¹ Potter Cove es una ensenada situada en borde suroeste de la Isla rey Jorge, que forma parte del grupo meridional de las Shetlands del Sur.

⁸² Bertrand, *passim*.

⁸³ Jeremiah Reynolds, "Leaves from an unpublished journal", *The New York Mirror*, vol. 15, n.º 43, 21 de abril de 1838, pp. 340-341.

⁸⁴ Bertrand, *op. cit.*, p. 154.

⁸⁵ Elliot, *passim*.

hacia el oeste, a lo largo del paralelo 62». Cambian rumbo hacia el norte hasta llegar al paralelo 60 y luego siguen de nuevo hacia el oeste. «en una búsqueda infructuosa de las islas reportadas que estaban en esta zona»⁸⁶. Existe otra mención en la bitácora que habla de la presencia de Pendleton en las embarcaciones: el 5 de marzo, «el capitán N. Palmer y Mr. Pendleton vienen a bordo de la goleta»; luego, a las 8 PM del mismo día, se indica que «el capitán Palmer y Mr. Pendleton regresaron cada uno a su propio buque»⁸⁷. El 19 de marzo se alcanza el punto más occidental del viaje, 103° W a una latitud de 58° S y los capitanes deciden que «han hecho lo mejor posible en la búsqueda de las islas [...] cambian el curso hacia las costas de Chile»⁸⁸.

Siguen rumbo al nororiente y el 3 de abril fondean en Isla Mocha. El 4 de abril intentan desembarcar en la isla «pero había mucho oleaje». Este día tenemos una nueva anotación en la bitácora del Penguin: se recibe «a bordo del bergantín [Annawan] a los Sres. Pendleton y Moncrieff, con sus respectivos botes y tripulación». El 7 de abril se trasladan a la isla Santa María, aprovechando ahí de salar los cueros de lobos obtenidos tanto en la isla Mocha como en la Santa María⁸⁹. Los tres buques abandonan la isla el 30 de abril de 1830, rumbo hacia el norte⁹⁰.

El capitán Pendleton indica que las tripulaciones de los bergantines Annawan y Seraph

habían comenzado a mostrar un espíritu de desobediencia a sus oficiales e inquietud por su condición, que debe ser atribuida a sus sufrimientos y a nuestra mala suerte de no poder hacer ningún descubrimiento y, por supuesto, no tener nada que compartir como compensación por sus dificultades y duro trabajo (su paga, como se sabe, es principalmente una parte o cuota de lo que se consiga en el viaje),

⁸⁶ Bertrand, *op. cit.*, p. 15.

⁸⁷ Elliot, *passim*.

⁸⁸ Bertrand, *op. cit.*, p. 15.

⁸⁹ Elliot, *passim*; Mayorga, *passim*.

⁹⁰ Martin, *op. cit.*, p. 44.

por lo que toman la decisión de ir a Valparaíso con el Annawan «y dejar con el cónsul de los Estados Unidos una parte de la tripulación»⁹¹, mientras que el Seraph continuaba su viaje hacia el norte, a las costas de Perú, sin detenerse en algún puerto chileno.

El bergantín Annawan arriba al puerto de Valparaíso el 4 de mayo de 1830, procedente de la isla Santa María, luego de 3 días de navegación, con 29 tripulantes y un cargamento de cueros y aceite de lobo. Dos días después llega la goleta lobera americana Bogotá, capitán Stanton, de 154 toneladas, procedente de la isla Lobos, en la costa peruana, después de 29 días de navegación, con 18 tripulantes. El 11 de mayo ambas naves zarpan de Valparaíso, rumbo a la pesca. Es interesante subrayar la disminución en el número de sus tripulantes entre la llegada y la salida de ambos buques de Valparaíso: el Annawan baja de 29 a 21 y el Bogotá de 18 a 16⁹².

Entre los que desembarcan en Valparaíso se encuentra James Eights, el naturalista más preparado de la expedición. Eights aborda la goleta lobera Bogotá⁹³ llegando, sin novedad, a Nueva York el 30 de agosto del mismo año⁹⁴. El capitán Stanton informa a su arribo que el Seraph había zarpado el 13 de abril «de la Isla de los Lobos [en la costa del Perú] rumbo a la isla de Juan Fernández» y que el Annawan, por su parte, había dejado Valparaíso el 11 de mayo «para reunirse con el Seraph en Juan Fernández, desde donde seguirían en compañía (recalando en las Isla Galápagos) en su viaje al Pacífico Norte»⁹⁵.

El Seraph se encuentra el 12 de mayo de 1830 en la bahía de Mejillones⁹⁶, de vuelta de su viaje a la Isla Lobos. De acuerdo a los datos entregados por J. N. Reynolds, el Annawan habría estado, luego de salir de Valparaíso, en las costas del desierto de Atacama y del Perú entre mayo y junio de 1830⁹⁷. Se dice que ocho tripu-

⁹¹ Pendleton, *op. cit.*, pp. 480-481.

⁹² Razón de los buques que han entrado y salido del puerto de Valparaíso el día de la fecha. Archivo Nacional Histórico, Fondo Ministerio de Marina, vol. 52, Movimiento Marítimo de Valparaíso, 1830- 1831.

⁹³ *El Mercurio de Valparaíso*, Valparaíso, 11 de mayo de 1830.

⁹⁴ *New York Spectator*, Nueva York, 1 de septiembre de 1830.

⁹⁵ *Commercial Advertiser*, Nueva York, 25 de septiembre de 1830.

⁹⁶ Elliot, *passim*.

⁹⁷ Carta de J. N. Reynolds a Samuel L. Southard, Los Ángeles, 24 de octubre de 1830, en Woodbridge, *op. cit.*, pp. 114-116.

lantes del Annawan «habían desertado, cerca de Pisco, en la costa del Perú, donde el buque estuvo en el mes de mayo»⁹⁸. Durante el mes de junio ambos bergantines se reúnen en Juan Fernández⁹⁹ y siguen «en compañía», llegando a la isla Santa María durante el mes de julio de 1830.

Después de dejar a fines de julio a Reynolds y Watson en las costas de Arauco, los bergantines Annawan y Seraph «operan juntos en el sur de Chile», principalmente «en las tierras adyacentes al archipiélago de los Chonos, los golfos de Ancud y Corcovado, la isla de Chiloé, y las islas y aguas adyacentes»¹⁰⁰. Benjamin Pendleton, capitán del Seraph escribe un breve relato sobre las andanzas de estos dos bergantines, después de dejar a fines de julio de 1830 a Reynolds y Watson en el golfo de Arauco: «nos dirigimos a los archipiélagos que se encuentran en el extremo meridional de la costa araucana para hacer reconocimientos y reunir pieles finas, cueros, etc.», principalmente en

un acogedor puerto en el lado suroriental de la isla Huafo, que es la isla exterior del archipiélago, en la boca del golfo de las Guaitecas, donde los bergantines de exploración permanecían amarrados en forma segura y protegidos de todos los vientos¹⁰¹.

De alguna manera, los loberos recibieron la noticia que Reynolds y Watson estaban en la desembocadura de un río en latitud 39°, por lo que deciden partir

inmediatamente con los bergantines hacia esa bahía, en la que el río¹⁰² mencionado descarga, y fondeamos en un pueblo cercano a

⁹⁸ Carta del Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos de América a John Branch, secretario de Marina, Valparaíso, 12 de septiembre de 1830. *New York Evening Post*, Nueva York, 21 de diciembre de 1830.

⁹⁹ J. N. Reynolds, que iba a bordo del Annawan, informa haber estado en Juan Fernández antes de llegar a la isla Santa María.

¹⁰⁰ Martin, *op. cit.*, p. 45.

¹⁰¹ Pendleton, *op. cit.*, p. 482. Podría corresponder a lo que hoy se conoce como caleta Samuel, una abrigada bahía donde en el siglo xx se instaló una planta ballenera. Véase Daniel Quiroz, “Etnografía histórica de la planta ballenera de isla Huafo (1921-1937)”, *Magallania*, vol. 42, n.º 2, 2014, pp. 81-107.

¹⁰² Por la ubicación que se señala, 39° S, podría corresponder al río Imperial, 38,75° S o bien al río Toltén, 39,25° S.

su desembocadura, pero descubrimos, con la ayuda de anteojos, que un cuerpo de varios cientos de guerreros araucanos armados se alistaban para oponerse a nuestro desembarco, forzándonos a abandonar sus costas tan rápido como fuera posible.

Pendleton señala que cuando

el cacique, o jefe, entendió que los bergantines eran los buques que habían llevado a Mr. R. y W. a su país, sus armas fueron dejadas de lado y nos recibieron como amigos; después, durante nuestra permanencia, los nativos vinieron sin reservas a bordo de nuestros buques y el capitán Palmer y yo diaria y frecuentemente hicimos visitas a las moradas de sus jefes por quienes fuimos recibidos de la manera más abierta y amistosa¹⁰³.

Esta concentración de mapuches también es destacada por Reynolds:

unos pocos días antes de mi llegada, en las orillas del noble río [Imperial], más de quinientos guerreros se habían reunido, con sus lanzas, al simple avistamiento de dos buques en la costa, tan celosos son de los extranjeros; creen que ningún motivo que no sea apropiarse de su territorio puede inducir a los extranjeros a visitarlos¹⁰⁴.

Curiosamente, Reynold no indica que estos dos buques podrían ser los bergantines Annawan y Seraph.

Habiendo convenido recoger en marzo o abril de 1831 a Reynolds y Watson, ambos buques llegan por esa fecha a Talcahuano, pero

la conducta desordenada y rebelde de nuestras tripulaciones siguió aumentando hasta instalarse una firme determinación de desertar, de modo que, después de una consulta con el capitán Palmer, tuve que tomar la única decisión que quedaba, volver a casa¹⁰⁵,

¹⁰³ Pendleton, *op. cit.*, pp. 484-485.

¹⁰⁴ Carta de J. N. Reynolds a Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso, Valdivia, diciembre de 1830, *New York Evening Post*, Nueva York, 25 de julio de 1831.

¹⁰⁵ Pendleton, *op. cit.*, p. 486.

dejando a Reynolds y Watson abandonados en Chile. El 23 de mayo de 1831 ambos buques salen de Talcahuano, rumbo a sus puertos de origen¹⁰⁶.

El bergantín Annawan llega a Nueva York el 2 de agosto de ese año¹⁰⁷. Su cargamento, de 2847 pieles secas grandes de lobo común, 130 medias y 420 pequeñas, es rematado el 28 de agosto de 1831¹⁰⁸. El bergantín Seraph, por su parte, regresa a Stonington el 7 de agosto de 1831¹⁰⁹ y su cargamento, de 2000 pieles de lobo fino y 14 000 pieles de lobo común, «todas de primer orden», se remata en el mismo puerto el 29 de agosto de 1831¹¹⁰.

SEGUNDA PARTE

Jeremiah N. Reynolds, al comenzar su relato sobre el viaje de la fragata Potomac, al mando del capitán Downes, señala que «en el mes de octubre de 1829, salí de la ciudad de Nueva York en el bergantín Annawan, capitán N. B. Palmer, a los Mares del Sur y al Océano Pacífico». Agrega que

las particularidades de ese viaje y las circunstancias que lo provocaron, así como los de mis posteriores incursiones por tierra a través de la República de Chile y los Territorios Araucanos e Indios del sur, serán dados al público en otro volumen.

Indica que

basta decir aquí que, en octubre de 1832, apenas tres años después del comienzo de mi viaje, me encontraba en Valparaíso cuando llegó el comodoro Downes, procedente de la costa de Sumatra y de algunos de los principales puertos de las Indias Orientales,

¹⁰⁶ *New York Morning Courier & Enquirer*, Nueva York, 3 de agosto de 1831; *Herald Times*, Newport, 18 de agosto de 1831.

¹⁰⁷ *New York Morning Courier & Enquirer*, Nueva York, 3 de agosto de 1831.

¹⁰⁸ *New York Morning Courier & Enquirer*, Nueva York, 22 de agosto de 1831.

¹⁰⁹ *Herald Times*, Newport, 18 de agosto de 1831.

¹¹⁰ *New York Morning Courier & Enquirer*, Nueva York, 27 de agosto de 1831.

siendo invitado para embarcarse como secretario privado del capitán pues el anterior «había muerto en el mar». Lo acepta ya que era

una excelente oportunidad para mejorar mi conocimiento de las instituciones, capacidades naturales, recursos comerciales y la situación y perspectivas políticas de una porción tan grande de América del Sur, que hasta ahora conocía, no había podido visitar¹¹¹.

Desafortunadamente este prometido volumen nunca se imprimió (no sabemos si en realidad se escribió) así es que solo quedan de su viaje algunos textos fragmentarios publicados en revistas y magazines, unas pocas cartas que aparecieron en los diarios norteamericanos de ese tiempo y otras que aún permanecen «escondidas» en archivos de los Estados Unidos.

Como ya se ha mencionado, el 4 de mayo de 1830 Reynolds llega a Valparaíso a bordo del bergantín Annawan. En una carta enviada desde este puerto el 6 de mayo de 1830 a Samuel L. Southard, entrega las primeras noticias de su viaje antes de llegar a Chile. Le cuenta que

han tenido muchas aventuras salvajes, tocado en las costas de la Patagonia, recorrido la Isla de los Estados, cruzado la extensión completa de las Shetlands del Sur [...]; desde el extremo sur de las Shetlands navegamos hasta los 110° longitud oeste, entre los paralelos 60° y 70° latitud sur.

Le informa además que, desde Valparaíso, luego «iremos a California y la Costa del Noroeste y en la próxima temporada, probablemente al Sur de nuevo». Le comenta que

tiene la idea de dejar el buque, a su regreso a los Estados Unidos, en el estrecho de Magallanes y de penetrar al interior de la Patagonia hasta Río Negro, así tendré la oportunidad de ver a los gigantes patagones¹¹².

¹¹¹ Reynolds, *Voyage...*, pp. v-vi.

¹¹² Carta de J. N. Reynolds a Samuel L. Southard, Valparaíso, 6 de mayo de 1830. Véase Woodbridge, *op. cit.*, pp. 113-114.

Es importante subrayar aquí el interés que manifiesta Reynolds de ver y conocer los grupos indígenas, en este caso «los gigantes patagones», que habitaban estas tierras. El 11 de mayo el Annawan dejará el puerto de Valparaíso, rumbo a la pesca¹¹³, con Reynolds a bordo.

Reynolds le escribe luego una carta a Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso, desde la isla de Juan Fernández (no se sabe si el diplomático la recibió, probablemente no), donde le habría informado sobre «algunos detalles de nuestro crucero, después de dejar Valparaíso en mayo último, y también los motivos que me indujeron a realizar una excursión terrestre por el sur de Chile»¹¹⁴. El propio Reynolds entrega más tarde, algunos indicios sobre lo que hizo en su viaje por las costas de Chile y Perú entre mayo y junio de 1830:

he atravesado el Desierto de Atacama y estado días y noches en las áridas montañas de Perú; vi en un lugar los esqueletos de 50 ballenas perfectamente petrificados, a 400 pies sobre el nivel del mar y a 8 millas de sus orillas; he sido probablemente el primero en visitar una antigua ciudad peruana, en los bordes del desierto, las murallas eran aún visibles y su cementerio contiene unos 50 mil esqueletos humanos, parcialmente cubiertos con arena¹¹⁵.

Desde Concepción, Reynolds le cuenta a Hogan, en una carta escrita en el mes de agosto de 1830, que el 24 de julio,

mientras el Annawan y el Seraph estaban fondeados en la isla Santa María, me dirigí [con Watson] en nuestros botes al [fuerte de] Arauco, distante 8 leguas a través de la bahía y pueblo fronterizo de Chile,

pero «los buques continuaron el crucero con todos los hombres en buena salud y espíritu». Le explica que «la parte comercial de nuestro viaje requería, en ese momento, atención casi exclusiva», de modo que

¹¹³ Entrada y Salida de buques del puerto de Valparaíso, 1830-1831. Archivo Nacional Histórico, Fondo Ministerio de Marina, vol. 52.

¹¹⁴ La referencia a esta carta se encuentra en una misiva posterior que Reynolds le envía al cónsul Hogan desde Concepción a fines de agosto de 1830.

¹¹⁵ Carta de J. N. Reynolds a Samuel L. Southard, Los Ángeles, 24 de octubre de 1830. Véase Woodbridge, *op. cit.*, pp. 114-116.

la fidelidad en los compromisos con nuestros socios y la justicia con nuestros oficiales y tripulaciones, que dependen de los beneficios del viaje para sus remuneraciones, hizo imperativo este paso en ese momento.

Reynolds señala que lo sucedido

le daba la oportunidad de realizar una excursión terrestre a ese encantador país ocupado por los Indios Araucanos, tan distinguidos por el valor y la constancia con la que siempre se defendieron de las invasiones de los españoles¹¹⁶.

Nuevamente Reynolds demuestra su interés por conocer de cerca los grupos originarios de este territorio.

Michael Hogan recibe información independiente sobre este asunto y le informa al secretario de Marina de los Estados Unidos, en una carta escrita el 12 de septiembre de 1830, que

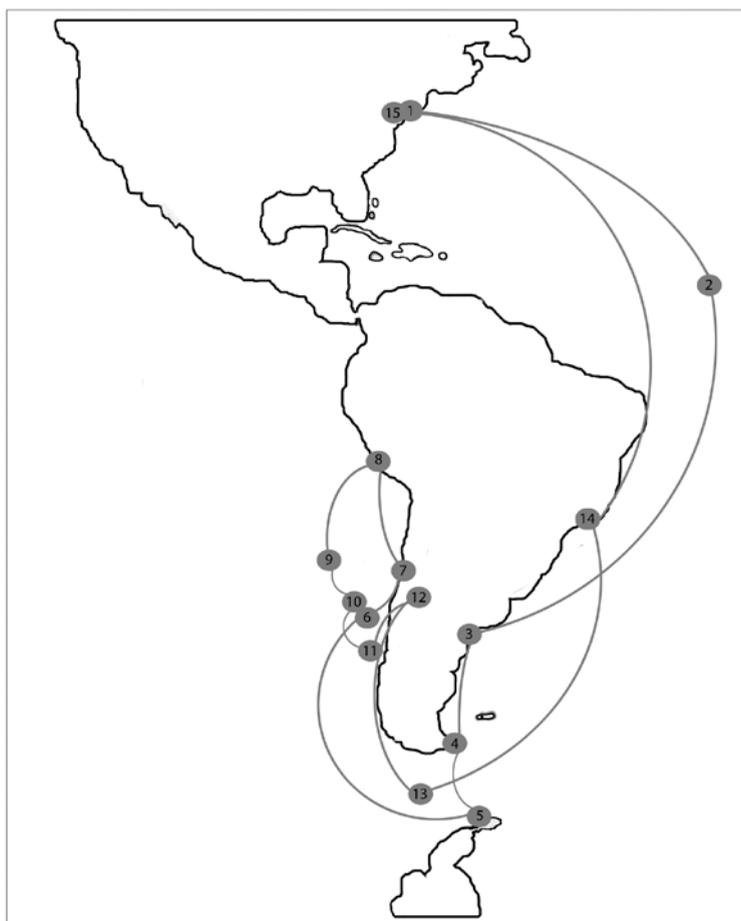
tres marineros que habían dejado el bergantín lobero Seraph, capitán Pendleton, de Stonington, llegaron esta mañana desde la isla Santa María, un poco al sur de Concepción, y le informan que el bergantín Annawan, capitán Palmer donde Mr. Reynolds y otros científicos estaban involucrados en el doble propósito de explorar y cazar lobos, se encontraba en la isla de donde vinieron y se habían visto obligado a abandonar la idea de hacer algún descubrimiento debido a las dificultades de mantener en orden a la tripulación.

Le cuentan que

Mr. Reynolds fue desembarcado en Arauco alrededor del 28 de julio, con Mr. Hampton Watson, de Filadelfia, y que trataría de llegar por tierra a Valparaíso; Mr. Watson viajaba como aficionado en el bergantín lobero Seraph¹¹⁷.

¹¹⁶ Carta de Carta de J. N. Reynolds a Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso, Concepción, 23 de agosto de 1830, *The Globe*, Washington, 13 de julio de 1831.

¹¹⁷ Carta del Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos de América a John Branch, secretario de Marina, Valparaíso, 12 de septiembre de 1830, *New York Evening Post*, Nueva York, 21 de diciembre de 1830.



- | | |
|------------------------------------|------------------------|
| 1. Nueva York | 8. Pisco |
| 2. Boa Vista (Islas de Cabo Verde) | 9. Isla Juan Fernandez |
| 3. Rio Negro | 10. Isla Santa María |
| 4. Isla de los Estados | 11. Isla Huafo |
| 5. Islas Shetland del Sur | 12. Talcahuano |
| 6. Isla Santa María | 13. Cabo de Hornos |
| 7. Valparaíso | 14. Rio de Janeiro |
| | 15. Nueva York |

Figura n.º 1. Ruta aproximada que siguió el bergantín Annawan, de la expedición Pendleton-Palmer, entre 1829 y 1831. Dibujo de Daniela Quiroz.

Reynolds y Watson tratarán de penetrar «territorio araucano» desde el fuerte y pueblo de Arauco, un enclave que el gobierno de Chile tenía en dicho territorio, controlado y dominado por los «caciques araucanos», quiénes no le darán los permisos que necesitaba. La intención de ingresar al «país de los araucanos» por Arauco resulta ser un completo fracaso. Reynolds sabe que

los Araucanos son siempre celosos de los extranjeros y que nunca les permiten viajar por su país y que esta desconfianza, tan natural en un pueblo que ha sufrido tanto, ha aumentado mucho por las últimas conmociones internas en Chile.

No logra hacer los arreglos para realizar el viaje ni tampoco consigue intérpretes, «aunque hay muchos en el lugar que hablan muy bien el lenguaje de los indios»; esto se debe, en parte, «al miedo que los españoles aún tienen de sus antiguos e invencibles enemigos». Se ofrecieron uno o dos para ir, «si les pagaba cien dólares al mes; supongo que es el precio que le ponen a sus vidas». Reynolds se dirige entonces a Concepción; aunque no indica la ruta seguida probablemente sea por tierra, siguiendo «el camino de la costa» que se extiende entre Arauco y San Pedro, en la ribera sur del Bío-Bío¹¹⁸.

En Concepción se entrevista con el general José Joaquín Prieto¹¹⁹, quién le advierte que «su celo, vigilancia y total aversión a lo que no sea araucano, hace extremadamente difícil penetrar en su país». Reynolds diseña una estrategia: tratar de ingresar a territorio araucano atravesando el río Bío-Bío por los contrafuertes cordilleranos. La carta finaliza con la siguiente frase: «si no hay inconvenientes, estaremos en Valparaíso en marzo próximo [1831], momento en el que los buques estarán también en ese puerto»¹²⁰.

¹¹⁸ Ignacio Domeyko, *La Araucanía y sus habitantes*, Santiago, Cámara Chilena de la Construcción, Pontificia Universidad Católica de Chile, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2010, pp. 20-21.

¹¹⁹ José Joaquín Prieto (1786-1854) fue un militar y político chileno que desempeñó diversos cargos en el ordenamiento institucional. Encabezó la revolución conservadora en 1829 y luego de la victoria en Lircay fue elegido presidente de Chile, en un gobierno que se extendió por diez años (1831 y 1941), luego de ser reelegido en 1836. Fue intendente de Concepción entre 1830 y 1831, época en la que Reynolds lo conoció.

¹²⁰ Carta de Carta de J. N. Reynolds a Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso, Concepción, 23 de agosto de 1830, *The Globe*, Washington, 13 de julio de 1831.

En octubre de 1830, desde «el Castillo de Antuco», le relata a Mr. Hogan sus intentos por ingresar al país de los araucanos¹²¹. Le informa que

estamos ahora en medio de las Cordilleras, rodeado de montañas por todos lados; salimos de Concepción pocos días después de la fecha de la última carta, provisto de pasaportes y cartas especiales de protección, con regalos para los Indios, intérpretes, etc.

Siguieron el curso del Bío-Bío y luego de cruzar el río La Laja, «uno de los principales afluentes del Bío-Bío, profundo y rápido», ingresan al valle de Antuco, «que se extiende por el medio de las montañas hasta la base del volcán y está a más de 50 leguas de Concepción». El pueblo de Antuco estaba completamente abandonado por miedo a los Pincheira, «el celebrado salteador de las montañas y su banda de indios desenfrenados». Reynolds y sus acompañantes deciden realizar una excursión al volcán Antuco, «habiendo conseguido un guía, caballos frescos de los alrededores y provisiones para siete días, salimos para el volcán, situado a veinticuatro millas más adentro de la Cordillera». En la tarde llegaron cerca de la base del volcán y se prepararon «para pasar la noche en una pequeña fortaleza ocupada por 36 hombres, como puesto de avanzada, o puesto de mando, en el camino de los Pincheira». Decidieron subir el volcán porque

sabíamos que los indios no nos seguirían: todas las personas tienen aquí un miedo supersticioso a los volcanes, los indios creen que es la casa del Pillan, o el demonio, y los chilenos un poco menos.

Pudieron subirlo, no sin algunas dificultades. Alcanzaron la cumbre y

fue aquí donde pusimos un pedestal que trajimos para tal efecto, y colocamos los colores americanos, rodeados de espesas y sulfurosas columnas de humo [...]. y donde las piedras, descargadas

¹²¹ Carta de J. N. Reynolds a Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso, Castillo de Antuco, octubre de 1830, *The Globe*, Washington, 14 de julio de 1831; *New York Evening Post*, Nueva York, 16 de julio de 1831.

del cráter, volaban sobre nuestra cabeza y quedaban parcialmente enfriadas en la nieve mientras ascendíamos.

Los expedicionarios regresan a Los Ángeles a fines de octubre de 1830.

Reynolds decide hacer un nuevo intento de ingresar a territorio araucano. Sale de Los Ángeles rumbo a San Carlos de Purén para cruzar el Bío-Bío desde ese punto, tratativa informada al cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso en una carta escrita ahora desde Los Ángeles, en el mes de noviembre de 1830. Lo primero que le informa es que «los indios no nos permiten pasar; quince días atrás dejamos este lugar con esperanzas y preparados con regalos e intérpretes». Después de recorrer unas cuatro leguas, «llegaron a San Carlos, a orillas del Bío-Bío, un pequeño y hermoso pueblo y fuerte en tiempos del rey, ahora en estado de completa ruina». Reynolds y Watson cruzan el río en una balsa de troncos y llegan a la residencia del cacique Mariluán, la que se encuentra «en un valle, a los pies de las montañas, en un clima donde el rigor del invierno no se conoce y lo mejor de verano nunca es opresivo debido a una constante brisa del sur». Se reunió un consejo de caciques subordinados «para considerar el tema de nuestra visita», pero, «a pesar de todos los regalos, su decisión fue contra nosotros». Dijeron que

a nadie de Chile o de Buenos Aires se les ha permitido entrar a su país y mucho menos podrían permitir a extranjeros que han venido de tan lejos y que si seguíamos adelante encontraríamos nuestro camino lleno de lanzas.

Tampoco pudieron obtener permiso para pasar «a través del territorio de otros caciques, así es que, decepcionados, hemos regresado a este lugar [Los Ángeles]». Le informa que el Dr. Watson no está con buena salud y, «desanimado con nuestro fracaso entre los indios; piensa partir, en uno o dos días a Valparaíso y luego hacia los Estados Unidos, vía Buenos Aires», pero que él no se rendirá: «estoy resuelto a internarme unas cien leguas en su país, visitar Imperial, Villarrica, y cualquier lugar de interés de aquí al sur de Valdivia»¹²².

¹²² Carta de J. N. Reynolds a Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso, Los Ángeles, noviembre de 1830, *The Globe* Washington, 14 de julio de 1831; *New York Evening Post*, Nueva York, 21 de julio de 1831.

Reynolds tiene éxito, finalmente, en su empresa según se lo indica a Michael Hogan en una nueva carta, bastante breve, escrita desde Valdivia en el mes de diciembre de 1830. Le cuenta que «después de haber fracasado y sido rechazado por los nativos en varios lugares, tuve éxito en hacer mi camino entre ellos por más de cien leguas». Desafortunadamente no entrega ningún tipo de dato que permita reconocer la ruta usada pero probablemente sigue «el camino de las pampas», que sale de Los Ángeles y pasa por Nacimiento, Angol, Purén, Lumaco, Chol-Chol e Imperial¹²³. Reynolds asegura que en el río Imperial «encontré un intérprete que estaba esperando mi llegada». Gracias a estas precauciones, señala Reynolds, «tuve éxito en mi viaje» y después de cruzar el Toltén, finalmente, «llegué a los asentamientos de la frontera, dejé mi caballo y bajé el río Cruces en una canoa hasta este lugar [Valdivia]». Termina esta carta señalando que «he recibido noticias de nuestros buques, que han sido muy exitosos en el archipiélago de Chiloé»¹²⁴.

Luego de permanecer unos días en Valdivia, se dirige a Villarrica, desde donde en una carta escrita el 5 de enero de 1831 le comenta al cónsul Hogan, su ascensión y cumbre en el volcán Villarrica. Le dice que el 4 de enero «tuve la satisfacción de poner los colores americanos en la cima del volcán Villarrica» y que «desde Valdivia a este lugar he sido detenido veinte veces, cuestionado y re-cuestionado por los indios; con ellos he practicado un constante sistema de “fraude piadoso”». Cuenta que hizo la ascensión «bajo el disfraz de un doctor buscando medicina» así que el viejo cacique, después de darle «muchos regalos, de mucho hablar y sobre todo por el respeto que tenía a mi carácter de doctor, me permitió hacerlo». Reynolds había salido de Valdivia con tres intérpretes, pero «dos de ellos rehusaron acompañarme a menos de cuatro leguas de la vieja ciudad y el otro estaba muy alarmado y decía que los indios ciertamente nos matarían». Enfrentado a un nuevo grupo de indios, «con la mayor confianza le ordenó a su intérprete decirles que los indios comunes se quedaran atrás y

¹²³ Domeyko, *op. cit.*, pp. 26-27.

¹²⁴ Carta de J. N. Reynolds a Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso, Valdivia, diciembre de 1830, *New York Evening Post*, Nueva York, 25 de julio de 1831.

que no me hablaran pues yo era un gran Doctor y solo hablaba con los Caciques». En la mañana

despedí a mis dos cobardes intérpretes y envié mi criado con ellos a Valdivia, con las colecciones que había podido reunir para el Lyceum de Nueva York, esperando que llegaran a salvo.

Reynolds seguirá ahora hacia el sur, «con un intérprete, tratando de visitar varios lagos grandes que pude ver en esa dirección desde la cumbre del volcán» Villarrica¹²⁵.

La carta que hemos estado consultando no dice más sobre este nuevo viaje, pero Reynolds lo relata con detalle en el informe publicado en 1843¹²⁶. Luego de ascender el volcán visita, usando una cierta estratagema para lograr que los caciques se lo permitan, las ruinas de la antigua ciudad de Villarrica, a orillas del lago Languon [Villarrica], y de ahí se dirige hacia el sur pasando por los lagos de Calafquén, Panguipulli, y Riñihue, «desde donde nace el río Valdivia». Desde ese lugar regresan a Valdivia, donde arriban el 25 de enero de 1831. Realizan una nueva excursión hacia el norte de Valdivia. Llegan a Queule, «donde permanecemos varios días»; desde ahí siguen hasta el Toltén, que cruzaron «aproximadamente a un día de viaje de su desembocadura». Ascienden río arriba hasta los territorios del cacique Pitrufoquén. Continúan luego hasta el río Imperial, donde visitan «el sitio de la antigua ciudad de Imperial» y permanecen en la zona cerca de una semana, regresando a Valdivia durante el mes de febrero de 1831.

No tenemos una fecha precisa del regreso de Reynolds a Valparaíso, pero en un diario de Nueva York se publica el extracto de una carta escrita desde dicho puerto a un corresponsal neoyorquino en el mes de mayo de 1831. Este texto puede considerarse un resumen de sus actividades en el primer año de su estadía en Chile. Señala que con el Dr. Watson

están esperando información respecto de la ruta que los comandantes del Seraph y el Annawan han sido forzados a tomar por

¹²⁵ Carta de J. N. Reynolds a Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso, Villarrica, 5 de enero de 1831, *The Globe*, Washington, 22 de julio de 1831; *New York Evening Post*, Nueva York, 27 de julio de 1831.

¹²⁶ Reynolds, "Rough...", *passim*.

sus difíciles tripulaciones; por supuesto, no puedo saber si han regresado a casa o si pronto tocarán aquí para recibirnos a bordo y continuar, de acuerdo con las instrucciones, hacia el Pacífico Norte.

Se muestra absolutamente dispuesto a seguir el viaje programado»¹²⁷.

No hay mayores datos sobre la permanencia de J. N. Reynolds en Chile entre mayo de 1831 y diciembre de 1832 cuando zarpa de Valparaíso en el *uss Potomac* como secretario privado del comodoro Downes, su comandante. Sabemos que en 1831 y 1832, mientras se encuentra en Valparaíso, Reynolds, aparentemente, explora sus alrededores y «recolecta varios especímenes botánicos que llegaron a ser parte del Herbario de William Hooker¹²⁸, en los que John Lindley¹²⁹ encuentra dos nuevas especies de orquídeas»¹³⁰. Volveremos sobre este tema más adelante.

También se sabe que Reynolds viajó en este período a Concepción donde tuvo la intención de instalar algún negocio, pero no disponemos de detalles de su estancia. Se conoce el intento del Encargado de Negocios de la Legación de los Estados Unidos en Santiago de Chile por obtener en septiembre de 1831 su nombramiento como cónsul en Talcahuano:

J. N. Reynolds, un ciudadano nativo de los Estados Unidos ha establecido negocios en la ciudad de Concepción. Mr. Reynolds está bien calificado para ejecutar los deberes de la oficina y lo recomiendo al Presidente para que sea nombrado¹³¹.

¹²⁷ Extracto de Carta de J. N. Reynolds a un corresponsal en Nueva York, Valparaíso, mayo de 1831. *Commercial Advertiser*, Nueva York, 8 de septiembre de 1831.

¹²⁸ William Hooker (1785-1865), botánico e ilustrador británico, fue entre 1820 y 1841 profesor de botánica de la University of Glasgow, fue designado en 1841 director del Kew Royal Botanic Garden. Su herbario ahora forma parte de The Herbarium del Kew Royal Botanic Garden, en Londres, Inglaterra.

¹²⁹ John Lindley (1799-1865), botánico británico, profesor del University College of London entre 1829 y 1860. Véase John Lindley, *Catalogue of the Orchideae in Mr. Cuming's collection of South American plants*, Londres, Longman, Rees, Orme, Brown, Green & Longman, 1834.

¹³⁰ Carlos Ossensbach, "Orchids of the southern cone (1830-2000), Part I, Clau-de Gay's Physical and Political History of Chile", *Lankasteriana*, vol. 22, n.º 3, 2022, p. 196.

¹³¹ Carta de John E. Hamm, Encargado de Negocios Legation of the United States of America, a Edward Livingstone, secretario de Estado de los Estados

Este intento es abortado en enero de 1832 por el propio diplomático cuando indica que

en ese tiempo pensaba que era apropiado recomendar al Presidente nombrar a Mr. James N. Reynolds, un ciudadano nativo, quién tenía o estaba por tener un negocio en esa ciudad, pero desde entonces han ocurrido distintas circunstancias que lo han prevenido de hacerlo; y ahora tengo que solicitarle que no se haga ese nombramiento¹³².

Probablemente estuvo viajando entre Concepción y Valparaíso intentando algunos negocios, pero no podemos descartar del todo que realizara alguna otra excursión a la Araucanía, de la que no tenemos, por ahora, ningún tipo de datos.

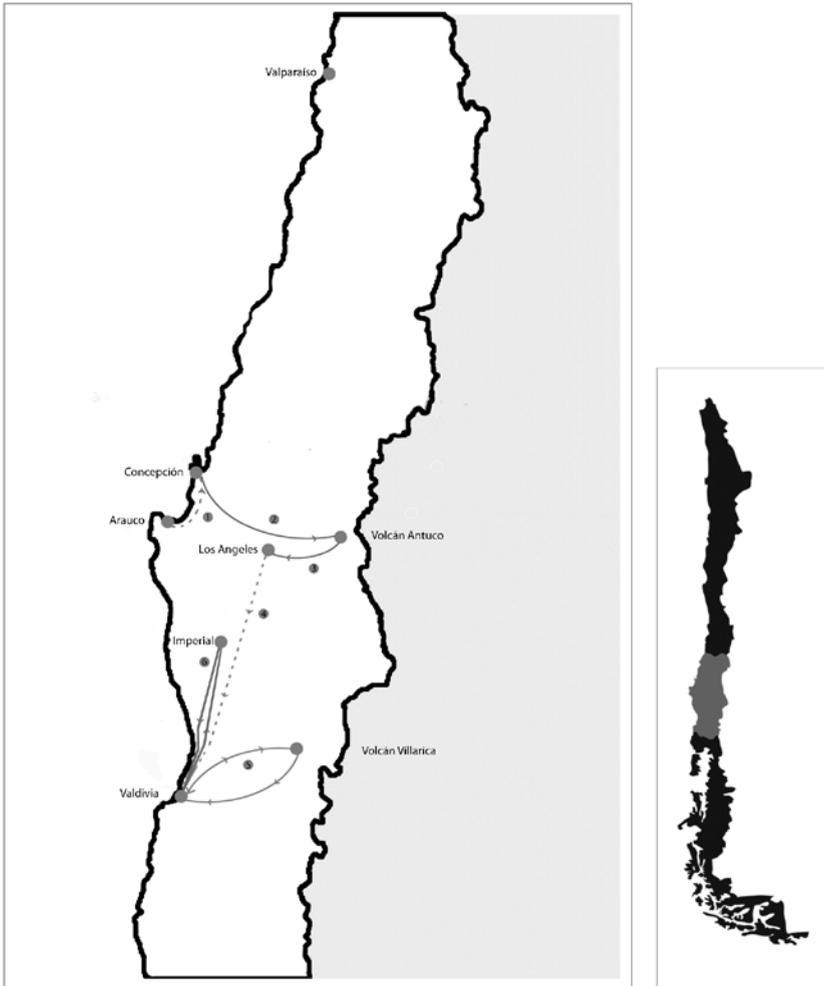
Reynolds resume de una manera bastante completa sus logros en territorio araucano:

nuestro viaje a través de la región araucana ha estado lleno de profundo y absorbente interés y hemos visto todo, desde el río Bío-Bío hasta el sur de Valdivia, ascendido todos sus nobles ríos y puesto nuestras barras y estrellas nacionales en la cumbre de dos de sus montañas volcánicas; hemos visto al guerrero araucano en todo su orgullo y grandeza, y comprobado el hecho que si se establece un entendimiento amistoso y se celebra un acuerdo entre nuestro gobierno con esa nación, se abriría una puerta para el intercambio comercial, particularmente en cueros, pieles, lanas, etc., más allá de todo cálculo; hemos visitado todas aquellas antiguas ruinas de ciudades españolas destruidas 150 años atrás, cerca de las que ningún extranjero hasta entonces había sido capaz de recorrer¹³³.

Unidos de América, Santiago de Chile, 25 de septiembre de 1831. Archivo Nacional Histórico. Despachos de funcionarios diplomáticos de la Legación de los Estados Unidos de América, Santiago de Chile, 11 de abril, 1828 - 19 de febrero, 1834.

¹³² Carta de John E. Hamm, Encargado de Negocios Legation of the United States of America, a Edward Livingstone, secretario de Estado de los Estados Unidos de América, Santiago de Chile, 12 de enero de 1832. Archivo Nacional Histórico. Despachos de funcionarios diplomáticos de la Legación de los Estados Unidos de América, Santiago de Chile, 11 de abril, 1828 - 19 de febrero, 1834.

¹³³ Extracto de una carta de J. N. Reynolds a un corresponsal en esta ciudad, Valparaíso, mayo de 1831, *New York Commercial Advertiser*, Nueva York, 8 de septiembre de 1831.



1. Arauco - Concepción
2. Concepción - Antuco
3. Antuco - Los Angeles
4. Los Angeles - Valdivia
5. Valdivia - Villarica - Valdivia
6. Valdivia - Imperial - Valdivia

————— Viaje Descrito
 - - - - - Viaje Supuesto

Figura n.º 2. Representación esquemática de los viajes que realizó Jeremiah N. Reynolds por la Araucanía entre los años 1830 y 1832. Dibujo de Daniela Quiroz.

En otra de sus cartas, escrita en 1834, indica que

mis paseos por mar y por tierra han sido mucho más extensos de lo que pueda imaginar; para darle una breve visión: he recorrido todo el grupo de islas Shetland del Sur y desde ellas hasta el sur [sic] y el oeste; por toda la Costa del Perú, por sus desiertos, por sus montañas y por sus ricos valles; en todas partes de Chile, así como en todo el País Araucano del Sur, que nunca ha sido visitado por ningún extraño antes que yo, he pasado las Cordilleras, en varios lugares, y he puesto las barras y las estrellas en las cimas de dos de los volcanes más activos de Sudamérica, o quizás, de cualquier parte del mundo¹³⁴.

Según la información que se tiene, Reynolds habría sido el primer extranjero en llegar a la cumbre del volcán Villarrica, evento que ocurre el 4 de enero de 1831¹³⁵.

Son las cuestiones que Reynolds considera como los más trascendentes de su viaje, es decir, mejorar el conocimiento del territorio y de sus habitantes desde su propia experiencia, remontando ríos y ascendiendo volcanes, redescubriendo ciudades ocultas, en el mejor espíritu humboldtiano, pero también es capaz de ver la oportunidad histórica que tiene Estados Unidos de involucrase plenamente en prometedoras relaciones comerciales con los araucanos.

TERCERA PARTE

Robert Almy señala que el nombre de Jeremiah N. Reynolds

es conocido por distintos grupos de lectores por razones muy diferentes: los estudiosos de Herman Melville lo hacen por ser el autor de *Mocha Dick*; los admiradores de Edgar Allan Poe recuerdan que el nombre de Reynolds fue el último en los labios del escritor y se han encontrado trazas de su escritura en la obra de Poe, *Arthur Gordon Pym*¹³⁶.

¹³⁴ Carta de J. N. Reynolds a Samuel L. Southard, Boston, 25 de mayo de 1834. Véase Woodbridge, *op. cit.*, p. 118.

¹³⁵ Carta de J. N. Reynolds a Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso, Villarrica, 5 de enero de 1831, *The Globe*, Washington, 22 de julio de 1831.

¹³⁶ Almy, *op. cit.*, p. 27.

Existen estudios que destacan la influencia que pudieron tener los trabajos literarios de Reynolds en la obra de Melville¹³⁷ y de Poe¹³⁸, pero no las comentaremos en esta oportunidad, aunque, sin duda, es un tema de gran interés y muy significativo.

No se conserva una imagen de Reynolds pero si una descripción de su figura realizada por Henry Howe, que lo conoció a mediados del siglo XIX:

según lo que recuerdo, era un hombre bien constituido, de mediana estatura, con una nariz corta y un rostro algo ancho; sus discursos eran monótonos, pero lo que decía era sólido y su aspecto era, en alto grado, respetuoso y serio y al mismo tiempo muy triste, como si hubiera una gran pena en su corazón, se ganó nuestra simpatía, sin saber nada de su historia¹³⁹.

Se dispone de un par de textos que abordan, desde distintas ópticas, la figura de J. N. Reynolds, su relevancia y significado histórico en las actividades desarrolladas por los Estados Unidos de América durante la primera mitad del siglo XIX relacionadas con la exploración y el conocimiento de los mares y tierras australes.

Ambos escritos afirman que Reynolds se construye como «personaje histórico» sobre los hombros de Alexander von Humboldt y que «sus actividades científicas y literarias» se desenvuelven bajo la poderosa guía y ejemplo de los trabajos realizados en Sudamérica por el sabio prusiano desde 1799¹⁴⁰. En el relato de sus viajes, «por las regiones equinocciales del nuevo continente», Humboldt señala que

en el viejo mundo son los pueblos y los matices de su civilización los que dan al cuadro su principal carácter; en el nuevo,

¹³⁷ Warren F. Broderick, “‘Their Snowy Whiteness Dazzled My Eyes’: ‘The Death Craft’ Melville’s First Maritime Story”, *The Hudson Valley Regional Review*, vol. 3, n.º 1, 1986, pp. 91-106; Ben Rogers, “From Mocha Dick to Moby Dick: Fishing for Clues to Moby’s Name and Color”, *Names. A journal of onomastics*, vol. 46, n.º 4, 1998, pp. 263-276.

¹³⁸ Johan Wijkmark, “Poe’s Pym and the discourse of Antarctic Exploration”, *The Edgar Allan Poe Review*, vol. 10, n.º 3, 2009, pp. 84-116; Caleb Doan, “Poe’s ‘Vast Island-Studded Ocean’”, *Poe Studies*, vol. 54, 2021, pp. 67-86.

¹³⁹ Howe, *op. cit.*, p. 433.

¹⁴⁰ Sachs, *passim*; Verney, *passim*.

el hombre y sus producciones desaparecen, por decirlo así, en medio de una gigantesca y salvaje naturaleza¹⁴¹.

La labor «científica» de Humboldt está vinculada con un tipo de relato que busca unir la ciencia y la literatura, dejando ver un discurso fundado en una estética que ofrece «un cuadro totalizante» de lo observado, en el que «la frontera entre la literatura y el relato de viaje se presenta muy tenue»¹⁴². Este tipo narrativo es producto de una nueva forma de conocimiento, basado principalmente en la experiencia, donde la representación comienza con «la descripción» de las escenas y de las especies, sigue luego con «el dibujo» del paisaje, para finalizar con «la recolección» de las especies¹⁴³. Ese mismo tipo de relato es el que busca Reynolds.

El objetivo de Reynolds, no solo de la escritura sino de sus aventuras, se inserta, sin duda, en «una estética humboldtiana» que busca entregar una mirada totalizante sobre las experiencias vividas.

Michael Verney argumenta que Reynolds era, igual que Humboldt, «un escritor bien dotado, un romántico inveterado y un aventurero insaciable», y todas «sus teorías, métodos y viajes, estaban, en efecto, inspiradas por él»¹⁴⁴. Puede que Reynolds no fuera «un científico» o «un naturalista» como Humboldt, o tal como los entendemos ahora, pero «era un hombre erudito para su época y para su país y estaba dispuesto a experimentar el mundo natural de manera personal, contundente y directa»; era, sin duda, parte de aquello que se llamó «el imperio del conocimiento», un «campo expansivo de hechos y métodos diversos (y a menudo impugnados) sobre el mundo natural», construido en esa época¹⁴⁵. Para Jeremiah Reynolds, «los mares del sur eran un terreno heroico donde los hombres duros y valientes se enriquecen mediante la búsqueda de una vida marina peligrosa»¹⁴⁶.

¹⁴¹ Alexander von Humboldt, *Viaje a las regiones equinociales del nuevo continente*, tomo 1, Paris, Rosa, 1826, p. 57.

¹⁴² Carlos Sanhueza, *Chilenos en Alemania y alemanes en Chile. Viaje y nación en el siglo XIX*, Santiago, LOM, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2006, p. 55.

¹⁴³ Sanhueza, *op. cit.*, p. 51.

¹⁴⁴ Verney, *op. cit.*, p. 16.

¹⁴⁵ *Op. cit.*, p. 17.

¹⁴⁶ *Op. cit.*, p. 25.

Reynolds no era realmente un «científico» sino más bien un «promotor de la ciencia», obsesionado con el Polo Sur, tanto por razones científicas como por motivos comerciales y políticos, que hace suyas «las lecciones de Humboldt sobre las relaciones de la humanidad con la naturaleza», considerando que los relatos de exploración «pueden hacer a las personas más curiosas sobre las maravillosas capacidades tanto de la naturaleza como de la humanidad»¹⁴⁷. Reynolds era un «aficionado a la naturaleza, un hombre del renacimiento, con intereses que parecían ser ilimitados»¹⁴⁸.

En los mares antárticos aprende algunas «lecciones humboldtianas» acerca de «las limitaciones de la ciencia humana y sobre un universo paradójico», que es «acogedor y aterrador, resplandeciente y prepotente, ratificador y repudiador», al mismo tiempo. Se pregunta,

somos parte del todo, pero ¿qué parte somos cuando nos vemos reflejados en el hielo?¹⁴⁹. Sus cartas y diarios «revelan un celo genuinamente humboldtiano por observaciones precisas y miradas expansivas, por los contactos con el mundo mediante experiencias conectivas»¹⁵⁰.

Para Reynolds el Pacífico era «un vasto espacio donde se desarrollaban escenas de trabajo duro, de industria incomparable y también de audaces emprendimientos»¹⁵¹. Su artículo sobre Mocha Dick, una ballena blanca que recorría amenazante los mares de las costas de Chile, es un serio intento por contraponer el ritmo creciente de la industrialización global con la existencia de una naturaleza no humana. Reynolds parece sugerir que la furia de Mocha Dick es sobre «la relación que establece la humanidad con la naturaleza», mostrando una «ambivalencia básica sobre el proyecto de expansión y desarrollo industrial estadounidense»¹⁵². El aventurero se pregunta si, en verdad, «los balleneros están

¹⁴⁷ Sachs, *op. cit.*, p. 153.

¹⁴⁸ *Op. cit.*, p. 145.

¹⁴⁹ *Op. cit.*, p. 137.

¹⁵⁰ *Op. cit.*, p. 118.

¹⁵¹ Verney, *op. cit.*, p. 26.

¹⁵² Sachs, *op. cit.*, p. 170.

peleando contra la corriente, jugando con fuego» o bien si ellos «han alcanzado, a través de su virilidad e ingenuidad, la fuerza de la naturaleza». La extracción de recursos naturales «nunca es un negocio fácil, las minas se derrumban, el lodo se desliza, el petróleo se derrama y arde»¹⁵³. Reynolds presenta a

los balleneros y loberos que tan bien conoce como desafíos para los empresarios de Nueva Inglaterra, Nueva York y Washington que se quedaban en casa y también como invitaciones para dejarse atrapar por la corriente de sus aventuras de estilo libre.

Los balleneros y loberos son «el resultado natural del ardor de la gente libre, de un espíritu de valiente independencia, generada por instituciones libres». Solo bajo este tipo de instituciones, «puede la mente humana alcanzar su más completa expansión»¹⁵⁴.

El explorador estadounidense no era un hombre común, deseaba «ser recordado como un gran hombre y ser recordado para siempre» y es así como en 1827 afirmaba: «no soy un gran hombre todavía, pero lo seré & glorioso»¹⁵⁵.

En una carta enviada el 8 de agosto de 1833 a Samuel L. Southard, exsecretario de Marina de los Estados Unidos, desde El Callao, a bordo del *uss Potomac*, le manifiesta que espera «que no haya ninguna expedición preparada antes del regreso del *Potomac*, ya que todavía reclamo el privilegio de colocar nuestros colores en los 90°»¹⁵⁶. Reclama un derecho que cree merece tener y que, por supuesto, no tendrá. Otros serán los favorecidos.

Es importante señalar que uno de los intereses de Reynolds, consistente con un espíritu humboldtiano, era reunir colecciones representativas de flora, fauna y minerales, provenientes de los distintos lugares que visita. En una carta escrita el 25 de mayo de 1834 a James L. Southard a su llegada a Boston en el *uss Potomac*, dice:

¹⁵³ Sachs, *op. cit.*, p. 144.

¹⁵⁴ *Op. cit.*, p. 171.

¹⁵⁵ Verney, *op. cit.*, p. 14.

¹⁵⁶ Carta de J. N. Reynolds a Samuel L. Southard, Callao, 8 de agosto de 1833. Véase Woodbridge, *op. cit.*, p. 118.

he recorrido todo el grupo de islas Shetland del Sur y desde ellas hacia el sur y al oeste; por toda la costa del Perú, por sus desiertos, por sus montañas y por sus ricos valles; por todas partes de Chile, así como por todo el País Araucano en el Sur, que nunca había sido visitado por ningún extraño antes que yo; he pasado las Cordilleras, en varios lugares, y he colocado las franjas y las estrellas en la cima de dos de los volcanes más activos en Sudamérica, o tal vez, en cualquier parte del mundo; mis colecciones son extensas y mi cuaderno de notas está completo, aunque mi bitácora no está escrita del todo, por lo que, en este momento, no puedo enviársela¹⁵⁷.

¿Es posible conocer algo más sobre estas colecciones? Reynolds se refiere a ellas en distintos momentos, tanto durante su estadía en Chile como luego de su regreso a los Estados Unidos. En la carta enviada desde Valparaíso en mayo de 1831 indica que ««hemos hecho una gran gira a través del país araucano y recogido muchos materiales históricos novedosos; nuestro viaje por tierra ha sido de unas 800 leguas» y señala que «enviamos una pequeña colección al Lyceum»¹⁵⁸.

Otra carta, enviada esta vez por un comerciante norteamericano en Valparaíso el 18 de julio de 1831 a un «colega» de Nueva York, confirma que el bergantín Benezet¹⁵⁹,

lleva varios cofres con colecciones científicas valiosas y raras entre las que se dice hay una cantidad de especies de pájaros completamente nuevos para el Lyceum en su ciudad, reunidas por ese infatigable compatriota suyo, J. N. Reynolds Esq.¹⁶⁰, que vino

¹⁵⁷ Carta de J. N. Reynolds a Samuel L. Southard, Boston, 25 de mayo de 1834. Véase Woodbridge, *op. cit.*, p. 118.

¹⁵⁸ Extracto de Carta de J. N. Reynolds a un corresponsal en Nueva York, Valparaíso, mayo de 1831, *Commercial Advertiser*, Nueva York, 8 de septiembre de 1831.

¹⁵⁹ El bergantín Benezet, capitán Sherman, llega a New Bedford el 15 de julio de 1831 después de haber dejado el 20 de abril el puerto de El Callao, *Boston Patriot and Mercantil Advertiser*, Boston, 18 de julio de 1831.

¹⁶⁰ «Esq.», es una abreviatura de «Esquire», título que se utiliza en los países de habla inglesa después del nombre completo de un hombre o mujer, para indicar que es abogado o que está autorizado para practicar las leyes. Véase *Merriam-Webster Dictionary* <https://www.merriam-webster.com/dictionary/esquire>

a este país como parte del cuerpo científico en los bergantines de exploración Seraph y Annawan.

Le señala que Reynolds

ha viajado por gran parte de Chile, en busca de colecciones históricas y científicas; y sus extensos viajes y exploraciones al sur, en la región araucana, le dará [...], a nuestro país, lejos, la mejor historia en detalle de esa raza noble y guerrera y de su país, que jamás el mundo ha tenido¹⁶¹.

Fanning y Pendleton, en un memorial presentado el 7 de noviembre de 1831 al Senado y a la Cámara de Representantes de los Estados Unidos afirman que

se recolectó y envió la Lyceum of Natural History de Nueva York trece cajones con varias colecciones de especímenes científicos para el beneficio de la ciencia y también dos cajones para Filadelfia¹⁶².

McKinley piensa que los cajones para Filadelfia podrían corresponder a las colecciones reunidas por Watson¹⁶³.

El destinatario de la mayor parte de estas colecciones era, al parecer, el Lyceum of Natural History de Nueva York, institución fundada en 1817, que en 1876 pasará a llamarse New York Academy of Sciences. Sus colecciones antiguas se quemaron completamente en un incendio ocurrido en 1866¹⁶⁴ y no encontramos información sobre colecciones procedentes de la expedición en los *Annals of the Lyceum of Natural History of New York*, que se publicaron entre 1828 y 1878. Sin embargo, McKinley cree que las colecciones reunidas por Reynolds no fueron a Nueva York sino que a Boston¹⁶⁵.

¹⁶¹ *The Evening Post*, Nueva York, 15 de noviembre de 1831.

¹⁶² Fanning, *op. cit.*, pp. 11-12.

¹⁶³ McKinley, *op. cit.*, p. 120.

¹⁶⁴ Simon Baatz, *Knowledge, Culture, and Science in the Metropolis: The New York Academy of Sciences, 1817-2017*, Nueva York, Wiley, 2017.

¹⁶⁵ McKinley, *op. cit.*, p. 117.

Las informaciones que tenemos nos indican que en 1834 las colecciones reunidas por J. N. Reynolds se ingresaron como donaciones por la Boston Society of Natural History, las que consistían en «un herbario con cincuenta y una especies de plantas de Chile y quince de las Islas Galápagos», «una hoja de dibujos coloreados de peces raros tomados en las Islas Charles y Galápagos»;

cuatrocientos cuarenta y cuatro pieles de pájaros de Chile, Perú y las Islas Shetlands del Sur; especímenes botánicos de Chile, Perú, Araucanía y las Islas Galápagos; varias cajas de minerales y restos orgánicos de los Andes del Sur; una gran y valiosa colección de conchas, que comprende muchos especímenes raros de Balanus y Chiton, de Chile y Perú; nidos y huevos de varios pájaros sudamericanos; dibujos coloreados de numerosos insectos, peces, frutas, etc., colectados en el Océano Pacífico y América del Sur¹⁶⁶.

La relevancia de estas donaciones es confirmada algunos años después:

un importante agregado fue hecho por J. N. Reynolds, Esq., de sus colecciones formadas en una visita a las mares de la Antártica y Sudamérica, que comprende más de 400 pieles de pájaros, numerosas plantas, conchas, minerales, restos orgánicos, insectos, huevos, etc.¹⁶⁷

El primero contacto de Reynolds con los mapuche ocurre en el fuerte de Arauco, en julio o agosto de 1830, y las palabras que le trasmite el cacique «que reside en los alrededores de Arauco» son fundamentales: «soy un hombre viejo y la mayoría de mis guerreros ha muerto o se ha regresado a las montañas, pero nadie puede entrar en mi territorio sin mi permiso». Reynolds concluye de las palabras del jefe que tendrá que «lidiar con los celos y la

¹⁶⁶ Anónimo, “Donations, 1830-1836”, *Boston Journal of Natural History*, vol. 1, 1836, pp. 521-522.

¹⁶⁷ Augustus Gould, “Notice of the origin, progress, and present condition of the Boston Society of Natural History”, *The American Quarterly Register*, vol. xiv, n.º 3, 1842, p. 238.

desconfianza con los que esta gente por largo tiempo se ha distinguido». El general Prieto, le dice, en forma franca, que

ha visto mucho de los indios y aunque en guerra es un pueblo desesperadamente valiente y no desprovisto de humanidad con el enemigo conquistado, su celo, vigilancia y total aversión a lo que no sea araucano, hace extremadamente difícil penetrar en su país.

Le cuenta a Mr. Hogan, cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso, que desde Concepción «nos dirigiremos hacia la parte trasera de la Provincia y cruzaremos el Bío-Bío cerca de su nacimiento, ingresando de una vez dentro del Territorio Indio por la base de Cordilleras»¹⁶⁸. En otro de sus intentos por penetrar en territorio araucano y después de escalar el volcán Antuco, Reynolds se dirige a Los Ángeles y luego ingresa por San Carlos de Purén a las tierras del cacique Mariluán, «un ejemplo en este singular pueblo donde el valor y el intelecto superior lo han llevado a ser de un indio común su principal jefe». Le solicita permiso para visitar el país, pero el consejo de caciques no lo autoriza. Reynolds describe, muy impresionado, las tierras de Mariluán, la existencia en ellas «de ganado vacuno, caballos y ovejas pastando en el entorno, que da una evidencia de comodidad como a menudo se encuentra entre los Cherokee de nuestro propio país»¹⁶⁹.

Después de otros intentos de ingresar por las tierras de diversos caciques en la zona del río Bío-Bío, Reynolds logra pasar a territorio araucano y llegar a Valdivia en el mes de diciembre de 1830. Se dirige luego hacia la cordillera para escalar el volcán Villarrica. Este viaje se encuentra mejor documentado y su representación de los mapuches y de su territorio es mucho más nítida. Luego de ascender el volcán y regresar a las tierras del cacique Curillanca,

nos encontramos con que había ordenado matar una res pequeña y aderezada una cuarta parte fue servida «a la araucana», como a las ocho y media, una media hora después de nuestra llegada;

¹⁶⁸ Carta de Carta de J. N. Reynolds a Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso, Concepción, 23 de agosto de 1830, *The Globe*, Washington, 13 de julio de 1831.

¹⁶⁹ Carta de J. N. Reynolds a Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso, Los Ángeles, noviembre de 1830, *The Globe*, Washington, 14 de julio de 1831.

el festín consistió simplemente en carne de res hervida y unos cuantos piñones asados, servidos en grandes platos de madera; nos sentamos sobre pieles extendidas en círculo sobre el área limpiada y barrida frente a la puerta mientras la comida se colocaba en el centro; debemos mencionar que, además de las viandas sólidas, se le entregaba a cada individuo un plato de sopa y una cuidada cuchara de madera; el anfitrión araucano considera una muestra de respeto por parte de su huésped comer todo lo que le ponen delante; es probable que omitir hacerlo resulte ofensivo.

Reynolds agrega que

nada puede superar la gravedad que observan los caciques en su trato con los visitantes, especialmente en ocasiones de festividades; en todas sus acciones, al dar instrucciones a sus esposas y sirvientes, conservan un comportamiento tranquilo y digno; este jefe tenía sólo cuatro esposas, que residían todas en la misma casa y asistían a la fiesta; sus modales eran modestos y discretos, y su cocina, aunque sencilla, era limpia y sabrosa¹⁷⁰.

Se «disfraza» de médico y bajo esta etiqueta logra sanar al cacique que había enfermado. Logra visitar la antigua ciudad de Villarrica, pese a las advertencias e impedimentos:

Los restos del lugar aún eran visibles, formados principalmente por montones de piedras informes; Sin embargo, se podían trazar claramente los contornos de lo que una vez fue la plaza pública, aunque en todas direcciones crecían árboles de dos pies de diámetro en los sitios de los edificios demolidos; aquí se había oído una vez el ajetreado murmullo de las multitudes que comenzaban el día; aquí había sonado el martillo del artesano de día y la suave música de la serenata de noche; [...]; ahora la ciudad donde se había almacenado el tesoro y la fuente de donde se recogió estaban igualmente mudas; y el lugar donde una vez alegremente se levantaron, fue evitado incluso por el rudo indio, con terror supersticioso¹⁷¹.

¹⁷⁰ Reynolds, "Rough...", *op. cit.*, p. 707.

¹⁷¹ *Op. cit.*, p. 710.

La antigua ciudad de Villarrica estaba en las tierras del cacique Uaiquimilla, «inferior en rango a Curillanca», pero

era un guerrero de cierta celebridad y parecía de mediana edad, con un semblante lleno de esos rasgos contradictorios de carácter que a menudo hacen que el aspecto del salvaje sea tan admirable como espantoso; su comportamiento tenía poco de la dignidad por la cual Curillanca era tan distinguido¹⁷².

A pesar de las desconfianzas iniciales Uaiquimilla, «con una docena de asistentes», se reúne con Reynolds y sus acompañantes, mostrándose ahora deseoso

de propiciar nuestro favor; recibimos cordialmente sus insinuaciones y le hicimos algunos regalos, con los que quedó muy encantado; una vez arregladas amistosamente las cosas, nos sentamos todos y fumamos juntos un cigarrillo¹⁷³.

Reynolds continúa su viaje a sur y recorre las tierras cercanas a los lagos Calafquén y Panguipulli, donde encuentra «un gran asentamiento de indios, cuyas granjas mostraban una perfección de agricultura que habría hecho honor a un pueblo civilizado». Los habitantes de estos lugares «habían estado menos comunicados con los españoles que cualquiera de los que habíamos visto hasta ahora», por lo que

ni las desastrosas guerras de los primeros conquistadores ni las últimas luchas de los colonos revolucionarios contra la madre patria, se habían llevado a cabo en esta parte de la Araucanía y la consecuencia fue que sus habitantes no sólo eran más amigables, sino que no demostraban esos celos y desconfianzas que nos habían ocasionado tantas dificultades entre las tribus del norte¹⁷⁴.

Los nativos «viven cómodamente de los frutos de su industria, sus granjas les proporcionaban abundancia de trigo, maíz, legumbres,

¹⁷² Reynolds, "Rough...", *op. cit.*, p. 709.

¹⁷³ *Op. cit.*, p. 711.

¹⁷⁴ *Op. cit.*, p. 711.

patatas y otras verduras», además, «el ganado de estas granjas estaba compuesto por excelentes ovejas, caballos y grandes rebaños de ganado con cuernos»¹⁷⁵. Reynolds destaca la presencia, entre ellos, de Legen Pangi «cacique por nacimiento y rango, pero nunca había asumido los deberes o responsabilidades propios de ese cargo», renunciando «a todos sus derechos de autoridad en favor de su hermano menor»¹⁷⁶. Reynolds subraya que la política de Catrinen, el actual cacique, «siempre había sido modelada por la de Legen, y entre ellos había una perfecta armonía». Cuando comenzaron las luchas independentistas, «los realistas hicieron grandes esfuerzos para alistar a Legen y a su hermano en su causa, pero sus sobornos y persuasiones fueron igualmente ineficaces»; los patriotas «tampoco tuvieron más éxito cuando intentaron unirlos al bando republicano, aunque ese partido contaba con su simpatía y buenos deseos»¹⁷⁷.

Reynolds regresa a Valdivia y desde allí emprende un viaje hacia el norte, recorriendo Queule, guiado por el cacique Callupangui, Toltén, en las tierras del cacique Uaiquimilla, e Imperial, donde se encuentra con su «viejo amigo Antepan [gui]»¹⁷⁸. Logra visitar el sitio de la antigua ciudad española de La Imperial, en cuyos alrededores permanece casi una semana, «celebrando conferencias con los jefes, presenciando las diversiones del pueblo y estudiando sus instituciones»¹⁷⁹.

El explorador estadounidense termina su informe, dándonos un resumen de sus andanzas:

llevábamos ya cerca de siete meses dentro de las fronteras del país araucano; habíamos logrado penetrar por todo el territorio, desde el océano hasta los Andes; habíamos ascendido por sus principales ríos y visitado sus lagos y los salvajes rincones de sus montañas, considerados durante tanto tiempo inaccesibles para el hombre civilizado; habíamos visto a los altivos propietarios de la tierra, más allá de los límites de la influencia civilizada,

¹⁷⁵ Reynolds, "Rough...", *op. cit.*, p. 712.

¹⁷⁶ *Ibid.*

¹⁷⁷ *Op. cit.*, p. 712.

¹⁷⁸ *Op. cit.*, p. 714.

¹⁷⁹ *Op. cit.*, pp. 714-715.

exhibiendo su verdadero carácter en la rutina común de su vida sencilla, no diremos salvaje; y, sentimos que, si bien los celos que a veces nos habían molestado y retrasado eran atribuibles al recuerdo de un antiguo ultraje; la hospitalidad que habíamos, tan libre y frecuentemente, experimentado era el fruto natural de una naturaleza noble y generosa¹⁸⁰.

El conocimiento obtenido en sus viajes por la Araucanía lo lleva a afirmar que intentar «vivir más como los araucanos sería un camino saludable para los hipercivilizados estadounidenses»¹⁸¹.

COLOFÓN

El año 2016 se publica en París, Francia, *Les vies multiples de Jeremiah Reynolds* [Las vidas múltiples de Jeremiah Reynolds], una novela histórica, es decir, «inspirada en hechos reales» pero de naturaleza ficcional, escrita por Christian Garcin¹⁸², que establece un cierto canon «histórico-literario» sobre la vida de este aventurero norteamericano. Nos interesa remarcar, como ya se ha hecho previamente, el período de «su vida novelada» de su estancia y viajes en Chile. En la contraportada del libro de Garcin se indica que Reynolds, en nuestro país, «se había convertido en coronel durante la guerra civil chilena [y luego] líder militar de los ejércitos mapuche»¹⁸³.

Garcin ofrece una cronología cuidadosamente elaborada de la estancia de Reynolds en Chile. Indica que a comienzos de 1830,

¹⁸⁰ Reynolds, “Rough...”, *op. cit.*, p. 715.

¹⁸¹ Sachs, *op. cit.*, p. 170.

¹⁸² Christian Garcin es un escritor y traductor francés, nacido en Marsella en 1959. Su obra es muy rica y diversa, en la que conviven diferentes géneros, temáticas y estilos. En sus novelas, cuentos, ensayos cortos, y otros textos, la ficción y la reflexión, la autoficción y la autobiografía coexisten de manera natural. Véase Elisa Bricco, Marie Gaboriaud y Chiara Rolla, *Christian Garcin, une esthétique du dépaysement*, Paris, Pu Vincennes, 2021. Se destacan también sus traducciones, realizadas junto a Thierry Gillybœuf, de la obra de Poe. Véase Christian Garcin y Thierry Gillybœuf, *Edgar Allan Poe, Nouvelles intégrales*, tomo 1, 1831-1839, Paris, Phébus, 2018 y sobre Melville en Christian Garcin y Thierry Gillybœuf, *Herman Melville, l'intégrale des nouvelles*, Le Bouscat, Finitude, 2022.

¹⁸³ Christian Garcin, *Les vies multiples de Jeremiah Reynolds*, Paris, Stock, 2016.

luego de un motín ocurrido a bordo del Annawan, «los tres hombres [Palmer¹⁸⁴, Watson y Reynolds] fueron desembarcados y abandonados en Valparaíso, mientras que el buque proseguía su viaje bajo una nueva bandera de barco pirata»¹⁸⁵. En un restaurante de Valparaíso, propiedad del comerciante francés Henry Dubern¹⁸⁶, denominado Moulin Rouge¹⁸⁷, Reynolds se encuentra con el capitán Philip Parker King¹⁸⁸, un explorador de la Marina Real, que lo invita a un viaje en el HMS Adventure

hacia las costas sudoccidentales de la Patagonia, costa que se despedaza en una red inextricable de islas, semi-islas, canales, fiordos y otras trampas a la navegación, formando, a veces, formidables laberintos de los que era imposible escapar¹⁸⁹.

Reynolds acepta el convite y «durante tres meses recorre el sur de la costa occidental de Chile hasta la entrada del estrecho de Magallanes y del canal Beagle»¹⁹⁰. En la costa de la isla Riesco, en las inmediaciones del estrecho de Magallanes, «ve por primera vez representantes de los pueblos que habían precedido por varios milenios en toda América la llegada de los europeos; [...] se

¹⁸⁴ Se refiere a Nathaniel Palmer, capitán del Annawan, que no fue desembarcado y continuó al mando de su buque.

¹⁸⁵ Este dato no es cierto pues ambos buques, el Seraph y el Annawan continuaron su itinerario dedicados a la caza de lobos marinos. Sin embargo, esta posibilidad ya es planteada en los textos tempranos de Harlan y Rowe. Garcin, *Les vies...*, *op. cit.*, pp. 65-66.

¹⁸⁶ Henry Dubern (1800-1847) fue un comerciante francés nacido en Nantes, que llega a Chile en 1822 y se establece en Valparaíso, formando con algunos socios la casa comercial Dubern, Rejo et Cie. Obtiene en 1828 la nacionalidad chilena. En 1831 su firma va a la quiebra y regresa a Francia donde se convierte en ingeniero especialista en ferrocarriles. Fallece el 30 de octubre de 1847 en París.

¹⁸⁷ Había un restaurante con ese nombre en Valparaíso, pero no sabemos si estaba funcionando en 1830.

¹⁸⁸ Philip Parker King y el HMS Adventure fondean en Valparaíso, precedentes de Chiloé, el 2 de enero de 1830 y zarpan el 11 de febrero con destino a Rio de Janeiro. Se detienen en bahía Cumberland en el archipiélago de Juan Fernández, y luego en Talcahuano, desde donde viajan a San Carlos para entrevistarse con el cacique Pinoleo. Es imposible que se haya encontrado con Reynolds en Valparaíso pues este arriba al puerto recién el 4 de mayo de 1830 por lo que su viaje en el HMS Adventure es también ficcional.

¹⁸⁹ Garcin, *Les vies...*, *op. cit.*, pp. 67-68.

¹⁹⁰ *Op. cit.*, p. 70.

llamaban a sí mismos kawéskar»¹⁹¹. En el HMS Adventure tiene la posibilidad de conocer a Samuel L. Lewis, un oficial del buque «que había trabajado durante bastante tiempo en balleneros a lo largo de la costa chilena»¹⁹², Lewis le propone a Reynolds perseguir y cazar un cachalote albino que recorría estos mares, al que había atacado años antes, «fijando su arpón entre decenas de otros», sin poder capturarlo. En su regreso a Valparaíso y mientras el HMS Adventure hacía un alto en Tirúa, en forma subrepticia, «desembarcan en el puerto de Tirúa, frente a la isla Mocha»¹⁹³, para preparar un buque ballenero y salir a perseguir y matar al cachalote albino. Desafortunadamente, pocos días después, Lewis es muerto en un duelo en Tirúa y Reynolds entiende que su proyecto «había muerto con él»¹⁹⁴.

De acuerdo al relato de Garcin, Reynolds se queda en Tirúa, se junta con una mujer «tres cuartos mapuche»¹⁹⁵, quién lo convence de integrarse «al ejército de Prieto, que tenía necesidad de hombres de valor para dirigir las tropas mapuches» en su guerra contra las tropas del general Freire¹⁹⁶. Se le otorga «el rango y el sueldo de coronel, ambos no renovables si al terminar la batalla por venir se logra la victoria»¹⁹⁷. Está en la batalla de Lircay¹⁹⁸ al mando de un grupo de mapuches y luego del triunfo de las tropas de Prieto es desmovilizado y regresa a Tirúa. Participa en algunos combates entre distintos grupos mapuche hasta que

¹⁹¹ Garcin, *Les vies...*, *op. cit.*, p. 71.

¹⁹² *Op. cit.*, p. 76.

¹⁹³ *Op. cit.*, p. 78.

¹⁹⁴ *Op. cit.*, p. 89.

¹⁹⁵ *Op. cit.*, p. 90.

¹⁹⁶ *Op. cit.*, p. 92.

¹⁹⁷ *Op. cit.*, p. 93.

¹⁹⁸ Esta batalla ocurre el 27 de abril de 1830 y las tropas de Prieto alcanzan una victoria absoluta haciendo desaparecer, en la práctica, al ejército de Freire. En ese momento Reynolds se encontraba en la isla Santa María, a bordo del Annawan. Ramón Freire (1787-1851), militar y político liberar, fue comandante en jefe del Ejército de Chile desde 1823 hasta 1830, y desempeñó los cargos de director supremo de Chile (1823-1826), presidente de la República en 1827 y presidente de la Junta de Gobierno en 1829. Fue derrotado por los conservadores del general Prieto en la batalla de Lircay y posteriormente exiliado a Juan Fernández, Tahiti y Australia.

al pasar por un estrecho desfiladero, sus hombres y él fueron atacados por un grupo de mapuches enemigos y debió su salvación a que el resto de su batallón, que los seguía de cerca, pudo dispersar a los atacantes¹⁹⁹.

Reynolds fue gravemente herido en una pierna, perdiendo mucha sangre, lo que le impide continuar peleando. Decide regresar a Valparaíso y se despide de Linda, «que parece menos apenada que lo esperado»²⁰⁰. Llega al puerto de Valparaíso el 14 de septiembre de 1832²⁰¹ y comienza a preparar su regreso a Estados Unidos. En el mes de noviembre de 1832 se embarca en el *uss Potomac*, como secretario privado del capitán Downes²⁰², dejando Chile para siempre.

Garcin dice que «el paréntesis chileno» solo fue

una bifurcación imprevista en el transcurso de sus días, un desvío resultante de palabras ofensivas dirigidas por un borracho estúpido y provocador a otro borracho susceptible y armado; esto no debería haber sucedido; no fue planeado²⁰³.

El escritor chileno Francisco Ortega, en su libro *Dioses chilenos*, obra publicada el 2017 en Santiago de Chile, le dedica todo un capítulo, *De la tierra hueca a las montañas de la locura*, a mostrar las «supuestas» aventuras de Reynolds en Chile. No se hablará aquí de todas ellas sino las que cronológicamente se pueden situar entre 1830 y 1832. Ortega indica que debido al amotinamiento de las tripulaciones de los buques que formaban parte de la expedición en la participaba Reynolds, junto a un marinero llamado Elijah Cabe,

habría sido abandonado cerca de Punta Arenas [en la isla London, en Tierra del Fuego], regresando por tierra a Valparaíso, primero por Argentina y luego por Chile, trayecto en el cual entró en

¹⁹⁹ Garcin, *Les vies...*, *op. cit.*, p. 102.

²⁰⁰ *Op. cit.*, p. 105.

²⁰¹ *Op. cit.*, p. 106.

²⁰² *Op. cit.*, p. 111.

²⁰³ *Op. cit.*, p. 104.

contacto con indígenas y trabajó amistad con los mapuches de la zona de la Araucanía, donde incluso se le reclutó como soldado para una guerrilla local²⁰⁴.

Estas afirmaciones estarían basadas, según Ortega, en las obras de Fanning (1833), Howe (1889) y del propio Reynolds (1836), pero una revisión cuidadosa de cada una de estas fuentes no permite, de ninguna manera, confirmar el relato de Ortega.

Ortega cuenta más adelante una historia diferente y más compleja sobre de la suerte de Reynolds en tierras magallánicas. Durante muchos meses,

balleneros, mercantes, loberos y naves militares literalmente peinaron los canales australes, en especial el Seraph, al mando de Pendleton y Watson, y el Annawan, comandado por un tal Palmer²⁰⁵.

Se informan que «hacia la isla London habían divisado a un hombre blanco viviendo con indígenas»²⁰⁶. Desembarcaron y encontraron

una aldea de yaganes donde no estaba Reynolds, pero sí Elijah Cabe [...] completamente enajenado y delirando; el muchacho le indicó a Pendleton que se habían llevado a Reynolds al interior de la isla para sacrificarlo a un Dios que decían habitaba en el lugar.

Lo encontraron y vieron «con horror, cómo Reynolds era parte de una macabra ceremonia en la que amarrado se le empujaba arriba de un pequeño bote hacia el centro de la laguna» donde se encontraba un monstruoso animal formado por «una masa de tentáculos y brazos que se estiraban como víboras hacia la víctima que los salvajes le ofrecían». Después de matar a varios yaganes y al monstruo, lograron rescatar a Reynolds y llevarlo con Cabe al buque²⁰⁷. Elijah Cabe se lanza al mar después de cortarse la gar-

²⁰⁴ Francisco Ortega, *Dioses chilenos*, Santiago, Planeta, 2017.

²⁰⁵ Ortega, *Dioses...*, *op. cit.*, p. 159.

²⁰⁶ *Op. cit.*, p. 159.

²⁰⁷ *Op. cit.*, p. 160.

ganta en el viaje de regreso a Valparaíso, y Reynolds, muy afectado, «fue tratado física y mentalmente» en el puerto. Ya recuperado, abandonó el país «en un ballenero que iniciaba un crucero que lo trasladaría a Sumatra, de ahí al Índico y posteriormente de regreso a Nantucket a través del cuerno de África y el Atlántico»²⁰⁸.

El relato de Ortega es, por supuesto, de una narración «ficticia» con algunos «toques» de realidad; lo mismo ocurre con el texto de Garcin. Pero ambos escritos son capaces de motivar la búsqueda de nueva información que permita elaborar un relato más apegado a los datos fragmentarios, aunque tal vez de menor impacto público. No parece pertinente discutir aquí la realidad histórica del Reynolds que aparece en las obras de Garcin y Ortega (bastante «ficción» con algunas pizcas de «realidad»), pero no está demás indicar ciertos detalles que, de alguna manera, justifican la búsqueda que este libro representa.

Ambos relatos comienzan con el motín de los marineros y el desembarco obligado de Reynolds con algunos compañeros, sea en Valparaíso o cerca de Punta Arenas. En el relato de Garcin se encuentra con los kawéskar; en el de Ortega, con los yaganes, lo que refleja, de alguna manera, el interés del propio Reynolds en conocer a los nativos sudamericanos: a su llegada a Valparaíso expone que en el viaje de regreso a los Estados Unidos y cuando se encuentre en el estrecho de Magallanes, tiene la intención de dejar el buque «y de penetrar al interior de la Patagonia hasta Río Negro, así tendré la oportunidad de ver a los gigantes patagones»²⁰⁹. Tanto Garcin como Ortega «novelan», a su manera, presencia de Reynolds entre los mapuche, aunque poco documentada lo está, a diferencia de su supuesta vinculación con yaganes y kawéskar.

No tenemos ningún dato que permita confirmar la participación de Reynolds como coronel en la guerra civil de 1830 (de hecho, llega a Chile después de finalizada la guerra), ni tampoco en las querellas internas de los propios mapuches, pero debemos reconocer que hacen mucho más atractiva y romántica la figura de Reynolds, aunque no exista información independiente que pueda corroborarlo.

²⁰⁸ Ortega, *Dioses...*, *op. cit.*, p. 161.

²⁰⁹ Carta de J. N. Reynolds a Samuel L. Southard, Valparaíso, 6 de mayo de 1830. Véase Woodbridge, *op. cit.*, pp. 113-114.

CARTAS

Carta de J. N. Reynolds para los editores del *New York Courier & Enquirer*, Boa Vista (islas de Cabo Verde), 14 de noviembre [de 1829].

New York Morning Courier, Nueva York, 3 de abril de 1830.

Boa Vista (islas de Cabo Verde), 14 de noviembre [de 1829]

Después de haber encontrado, mientras pasábamos el golfo, grandes borrascas, mares frontales y cruzados, truenos y relámpagos, condenados como parecíamos estar al eterno conflicto de los elementos, llegamos a este puerto el martes 9 por la mañana, haciendo nuestra travesía en 24 días desde la ciudad de Nueva York. He hecho varias excursiones por la isla, acompañado de mi amigo y compañero, el Dr. Eights, que ha recogido una serie de especímenes botánicos, todos en perfecta floración y mucho más valiosos de lo que esperábamos encontrar en un lugar que desde hace tiempo era bien conocido, destacado principalmente por su sal, que la naturaleza, más que el arte o el trabajo, suministra en la mayor abundancia.

A la llegada de nuestro consorte, el bergantín *Seraph*, capitán Pendleton, continuaremos nuestro viaje. Salió de Stonington el día que zarpamos de Nueva York. El alcance y la duración de nuestro viaje no se pueden determinar en este momento. Además, actuando de buena fe, como pretendemos hacerlo frente a nuestros accionistas en la parte comercial del crucero, otros dos objetivos ocuparán particularmente nuestra atención, lo cual, si podemos lograr en un grado tolerable, sentiré que todo el tiempo ha sido bien empleado y que nuestra empresa no fue en vano, ni siquiera desde un punto de vista nacional.

Uno de ellos consistirá en reunir, en el océano Pacífico y en los mares del Sur, dentro de la cobertura de nuestras operaciones comerciales, hechos que demuestren, al finalizar la expedición, tan madurada y tan inexplicablemente criticada en la última sesión del Congreso, que fue beneficiosa tanto para nuestros intereses comerciales como para proyectar en el más alto grado nuestro carácter nacional. En segundo lugar, trataremos de hacer observa-

ciones en las latitudes meridionales más altas, sobre la formación y cantidad de hielo, la causa y velocidad de las corrientes, en los diferentes meridianos así como en los puntos donde probablemente se encontrará la menor obstrucción para llegar a una alta latitud sur; en una palabra, adquirir un conocimiento práctico de esos mares, que pueda ser útil para guiar las operaciones de una expedición contemplada más eficiente, al regreso de la actual a los Estados Unidos.

Los descubrimientos en latitudes altas son necesariamente progresivos. Con frecuencia, un viaje no hace otra cosa que adquirir la experiencia por la que uno sucesivo puede tener más éxito.

Así, cuando el capitán Franklin llegó el 6 de agosto de 1826 en su expedición hacia el norte, al fuerte que lleva su nombre, mientras el grupo bajo su mando preparaba sus cuarteles de invierno, se dirigió a la desembocadura del río Coppermine concluyendo «que, al observar el estado de los hielos polares y la curvatura de la costa hacia el oeste, estaría en condiciones de formarse una noción correcta bastante tolerable, en cuanto a la probabilidad del éxito del próximo año»²⁰⁹.

Parry, en su segundo viaje para descubrir un paso en el noroeste²¹⁰, dice: «Si faltara alguna prueba del valor del conocimiento

²⁰⁹ El capitán de la Marina Real británica John Franklin (1786-1847) fue un notable explorador que dirigió tres expediciones al Ártico británico como parte del intento por descubrir y cartografiar el denominado Paso del Noroeste, una ruta marítima que conectara el Atlántico con el Pacífico. Para llegar al océano Ártico, en la primera, entre 1819 y 1822, desciende por el río Coppermine, y en la segunda, entre 1825 y 1827, por el río Mackenzie, logrando en ambas avances sustantivos en el conocimiento de dicho territorio. En su tercera expedición, entre 1845 y 1847, Franklin y sus 128 hombres en el HMS Erebus y el HMS Terror mueren al quedar atrapados en el hielo. Véase Russell A. Potter, “Sir John Franklin and the Northwest Passage in Myth and Memory”, *The Cambridge History of Polar Regions* (Cambridge, Cambridge University Press, 2023), pp. 207-228. En esta carta Reynolds confunde un poco las fechas y los lugares: el 16 de agosto de 1825 (no 1826) Franklin llega a la desembocadura del río Mackenzie, no del río Coppermine, donde había estado unos años antes.

²¹⁰ El capitán de la Marina Real británica William Edward Parry (1790-1855) fue otro de los grandes exploradores del Ártico. En su primera expedición, entre 1819 y 1820, buscaba una entrada al Paso del Noroeste desde el estrecho de Lancaster, al mando de dos buques el HMS Hecla y el HMS Griper, mientras que otro grupo viajaría por tierra a través del río Coppermine (la Expedición Coppermine al mando de J. Franklin). Comanda otras dos expediciones con el mismo propósito, una entre 1821 y 1823 y la otra entre 1824 y 1825. En 1827 tiene a su cargo una expedición al Polo Norte desde la costa norte de Spitsbergen, que no tiene éxito.

local en la navegación de los mares polares, estaría proporcionada por el hecho de que ahora habíamos llegado a la entrada del estrecho de Sir James Lancaster²¹¹ sólo un mes antes de lo que lo habíamos hecho en 1818, aunque entonces habíamos zarpado quince días antes, con los mismos objetivos generales a la vista».

Haremos lo que podamos para preservar los objetos de Historia Natural que puedan recogerse en esa parte del globo donde se han hecho tan pocas investigaciones en esta rama de la ciencia. El campo que tenemos ante nosotros en Geología, Mineralogía y, hasta cierto punto, Botánica, es amplio y está desocupado.

Si se presenta otra oportunidad para escribir a los Estados Unidos, espero tener algo más interesante que comunicar.

Respetuosamente, su obediente servidor.

J. N. REYNOLDS

Véase Pierre Berton, *The Arctic Grail. The Quest for the Northwest Passage and the North Pole, 1818-1909*, Toronto, The Lyon Press, 2001.

²¹¹ James Lancaster (1554-1618) fue un conocido comerciante y explorador británico, que dirigió la primera expedición a la India a través el cabo Buena Esperanza. Véase William Foster (ed.), *The Voyages of Sir James Lancaster to Brazil and East Indies, 1591-1603*, Londres, The Hakluyt Society, 1940. El estrecho Lancaster fue descubierto en 1616 por William Baffin (1584-1622), tal vez uno de los navegantes ingleses más importante del siglo XVI. Véase Clements R. Markham (ed.), *The Voyages of William Baffin, 1612-1622*, Londres, The Hakluyt Society, 1881.

Extracto de una carta de un oficial a bordo de uno de los veleros privados de descubrimiento. Isla de los Estados. Tierra del Fuego, 13 de enero de 1830.

New York Morning Herald, Nueva York, 6 de marzo de 1830.

Tierra del Fuego, 13 de enero de 1830

Llegamos aquí unos pocos días atrás y solo estamos esperando al capitán Pendleton, en el *Seraph*, para hacer una travesía al Polo Sur. Estábamos fondeados en una pequeña bahía en la costa norte de la isla, conocida desde hace tiempo como Port Hatches por nuestros inquietos y emprendedores loberos²¹². Nuestro naturalista está muy ocupado y todos nosotros animados por la esperanza de hacer algo notable en la región. Supimos que el capitán Foster, del barco de descubrimiento inglés *Chantecleer*²¹³, estuvo aquí dando nombres a lugares ya conocidos desde hace muchos años por sus nombres yanquis. Debe haber estado bastante ocupado, ya que estuvo dedicado casi dos meses solo a recorrer esta isla. Hace unos días nuestra triste soledad fue agradablemente aliviada por la aparición de una vela en el horizonte. Cada antejo a bordo fue requisado y se aventuraron libremente especulaciones y apuestas sobre quiénes podrían ser los extraños. Cuando la vela estuvo más cerca, su pequeño tamaño indujo a muchos a pensar que podría ser un bote grande de algún buque fondeado, equipado con velas temporales. Imaginen nuestra sorpresa y también placer, cuando la pequeña goleta *Penguin*, de Stonington, se puso a nuestro costado y nos hizo un breve reporte de su viaje

²¹² La isla de los Estados, ubicada a 24 km al este de la Tierra del Fuego, tiene una superficie de 540 km². Port Hatches es un abrigado puerto situado en el sector norte de la isla donde se congregaban aquellos que se dirigían a la caza de lobos finos en los mares australes.

²¹³ Se refiere al viaje del capitán Henry Foster (1796-1831), oficial naval británico, que tuvo a su cargo la primera expedición antártica británica con fines puramente científicos, entre 1827 y 1831, en el bergantín *HMS Chanticleer*. Véase William H. B. Webster, *Narrative of a voyage to the Southern Atlantic Ocean, in the years 1828, 29, 30, performed in HM Sloop Chanticleer under the command of the late Captain Henry Foster*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011.

desde nuestro querido país. Nuestro bergantín (el Annawan) no es grande, pero parece un barco de guerra al lado del pequeño Penguin. Nos acompañará al Sur. Me esforzaré por darles una relación completa de todos nuestros hechos hasta que termine la presente temporada. Todos bien.

...nineti nearly forty years ago in that Church.—*Fall,*

VOYAGE OF DISCOVERY.—Extract of a letter from a scientific officer on board the American discovery vessel *Annawan*, Capt Palmer, to a friend in this city, dated Valparaiso, May 10th, 1830.

" We put into this port to obtain refreshments, and to deliver over to our Consul two mutineers* from our crew ; this having been accomplished, and their places being filled by volunteers from brig *Bogota*, our crew is again complete, and I can assure you, we have as fine a crew of Yankee tars as ever entered the Pacific ; and having obtained a good supply of refreshments of different kinds, we this day sail to join our consort the *Seraph*, Capt. Pendleton, at Island Juan Fernandez, where I shall wait until the season comes about for exploring in the South again ; and afterwards proceed to the unexplored parts of the Pacific, and to examine the northern coasts of the dominions of Japan, and coast of the Corea, &c. &c. I have been delighted with our southern cruise in the high latitudes. To command the motions of a vessel amid those floating colonnades of ice driving each other about in blind wantonness of destruction, requires the highest exertion of nautical skill, and I have the pleasure to observe our able commander is equal to it, and notwithstanding our bad luck, as yet, in the failure of discovering new sources of commerce, lands, or islands, &c., I am still confident we shall meet the reasonable expectations of our friends, the owners, the laudable adventurers, and the public, in our scientific, geographical report.

* Seamen, by names of Holcombe and Keser,

The *Annawan* has sent home by the *Bogota*, three casks of the most beautiful fine fur seal skins, collected at South Shetlands and among the Ice Islands, in those high latitudes.

DOMESTIC

Imagen n.º 3. Extracto de carta de "un oficial científico" [Jeremiah N. Reynolds] a bordo del *Annawan* a un amigo de New Hampshire, Valparaíso, 10 de mayo de 1830, *New Hampshire Sentinel*, Keene, NH, 10 de septiembre de 1830.

Carta de J. N. Reynolds a Samuel L. Southard, Valparaíso, 6 de mayo de 1830.

Samuel L. Southard Papers, Co250, Box 37, Folder 2, 1830: Randolph-Romeyn, fs. 15-18. Manuscripts Division, Department of Special Collections, Princeton University Library. Transcrita parcialmente en Woodbridge, *op. cit.*, pp. 113-114.

Valparaíso, 6 de mayo de 1830

Estimado señor:

Desde la cima de la colina que domina la bahía, donde derrotaron a Porter²¹⁴, siento que sería un pecado no escribirle. Hemos tenido muchas aventuras salvajes, tocamos la costa de la Patagonia, exploramos la isla de los Estados, navegamos en toda su extensión las islas Shetland del Sur; donde tuvimos malas excursiones de las que me escapé por un pelo, nos separamos de los barcos durante cinco días por tormentas y nieblas, fuimos arrastrados en la noche, dormimos debajo de los botes, muy entretenidos.

Desde el extremo sur de las Shetland, navegamos hasta aproximadamente 110° de longitud oeste, entre los paralelos de 60° y 70° de latitud sur. Llegamos demasiado tarde en la temporada; se habían alargado las noches y el tiempo estaba agitado. Vimos un número sorprendentemente grande de icebergs, pasaron de trescientos a cuatrocientos en un día, llamamos a uno de ellos *Virginia*. Controlar los movimientos de un barco en medio de estas columnas de hielo flotantes requiere la más alta ejecución de habilidades náuticas; por supuesto, somos grandes marineros.

Desde aquí nos dirigiremos a California, y la costa noroeste. La próxima temporada probablemente volveremos al sur.

²¹⁴ David Porter (1780-1843) fue un oficial naval estadounidense que tuvo el rango de capitán y el título honorario de comodoro. El 28 de marzo de 1814, en el marco de la Guerra de 1812, se vio obligado a rendirse al capitán británico James Hillyar frente a la rada de Valparaíso después de un enfrentamiento que se conoció como la Batalla de Valparaíso con la fragata británica HMS *Phoebe* y la goleta de guerra HMS *Cherub*, cuando su barco, el USS *Essex* quedó demasiado inutilizado para ofrecer resistencia alguna. Véase Eric J. Dolin, *Leviathan. The history of Whaling in America*, Nueva York, W. W. Norton, 2007.

El Dr. Eights es un buen «atrapador» de conchas.

Entre nosotros, tengo la idea de abandonar el barco a su regreso a los Estados Unidos, en el Estrecho de Magallanes, y penetrar en el interior de la Patagonia hasta Río Negro— donde tendré la oportunidad de ver a los gigantes patagones.

He visto el Mensaje del Presidente— algunas cosas bastante buenas, pero si prevalece su política general no deseo volver a casa.

Le he escrito una carta y no le he dicho nada; ya sabe, un pequeño misterio es muy importante en todas las grandes empresas, ergo.

Recuérdeme amablemente con todos los miembros de su familia, y con Harry con su babero en alto, cuando [esté] con él, ya que puede estar arriba del timón cuando yo regrese, [yo] quiero estar a favor —nada me dejaría más satisfecho que destituir a la pequeña Tammany Moore²¹⁵ a menos que sea ministro de las tribus desconocidas que pueda descubrir en el interior de la Patagonia.

Sinceramente suyo,

J. N. REYNOLDS

²¹⁵ Probablemente Reynolds se refiera a la Tammany Society, una organización política norteamericana que había llegado a ser la principal máquina política del Partido Democrático, que controlaba la ciudad y el estado de Nueva York. Véase Edwin P. Kilroe, *Saint Tammany and the origin of the Society of Tammany or Columbian Order in the city of New York*, Nueva York, M. B. Brown, 1913. Esta sociedad apoyó a Andrew Jackson en las elecciones presidenciales de 1828, quién luego le negaría los fondos a J. N. Reynolds para la expedición de 1829-1831.

Los Angeles Oct 24th 1830

My Dear Sir,

I write you from the Southern Province and a frontier station of Chile, and but a few miles from the base of the Cordillera. I have left my vessel, for seven months, with the view of penetrating these Patagonias, for this point towards the straits of Magellan. This is an untried and perilous, and which in every department of Natural History, I intend pursuing along near the base of the Cordillera, and thro' that passage and warlike race of natives, known under the general term of Araucanians. These are the people, who Gocama, held the Spaniards in check, in despite of their insatiable thirst for gold and dominion, by whom Calchaqui was vanquished and slain, and who are still a powerful, independent and jealous people.

There are two active volcanoes within our range, both of which I hope to ascend, and leave the American Colours on the top of the burning crater. No foreign or even Spaniard has ever traversed this route, so that what I can, little I do, with, at least have the merit of being new. I have received very many inquiries and protection from the Governor of the Province, Genl Pinto, commander in chief of the Chilean Army, and the son who gained a victory over Genl Freyre, in the late revolution. "A prophet is never honored in his own country."

I am accompanied by one companion Mr Watson of Philadelphia, who came out in the Snipe.

Imagen n.º 4. Primera página de carta de Jeremiah N. Reynolds a Samuel L. Southard, escrita desde Los Ángeles, el 24 de octubre de 1830. Samuel L. Southard Papers, Co250, Box 37, Folder 2, 1830, Randolph-Romeyn, fs. 19-22, Manuscripts Division, Department of Special Collections, Princeton University Library.

Carta de J. N. Reynolds a un amigo de Filadelfia, Valparaíso, 6 de mayo de 1830.

Baltimore Patriot, Baltimore, 8 de septiembre de 1830.

Valparaíso, 6 de mayo de 1830

Llegamos a este puerto por refrescos después de un largo viaje a los mares del Sur. Estuvimos 35 días en las islas Shetlands del Sur y desde el extremo suroccidental nos alejamos al occidente en un crucero hasta los 108 grados de longitud oeste y entre los paralelos 60 y 70 grados sur. Era tarde cuando dejamos los Estados Unidos y cuando alcanzamos estas altas latitudes, las noches largas y oscuras se habían establecido y el mal tiempo había comenzado.

Lo que vimos y recolectamos será objeto de una larga conversación nocturna cuando regresemos. El número de iceberg que encontramos era sorprendentemente grande; en un solo día pasamos trescientos o cuatrocientos; comandar los movimientos de un buque entre las columnas flotantes de hielo, manejando y girando entre cada uno bajo una ciega amenaza de destrucción, requiere del más alto ejercicio de habilidades náuticas.

Desde este puerto nos dirigiremos a las partes menos frecuentadas de la costa de California, y probablemente regresaremos al sur de nuevo la próxima temporada

Extracto de una carta de un oficial científico [J. N. Reynolds] a bordo del buque de descubrimiento Annawan, capitán Palmer, a un amigo en esta ciudad, Valparaíso, 10 de mayo de 1830.

New Hampshire Sentinel, Keene, 10 de septiembre de 1830.

Valparaíso, 10 de mayo de 1830.

Llegamos a este puerto para obtener refrescos y dejarle a nuestro cónsul dos amotinados [marineros Holcomb y Kesser] de nuestra tripulación; esto se cumplió y sus lugares fueron llenados por voluntarios del bergantín Bogotá²¹⁶; nuestra tripulación está de nuevo completa y puedo asegurarles que, tenemos la mejor tripulación de marineros yanquis que jamás haya entrado en el Pacífico. Habiendo obtenido un buen suministro de provisiones, saldremos este día para reunirnos con nuestro consorte el Seraph, capitán Pendleton, en la isla Juan Fernández, donde esperaremos la temporada siguiente para explorar de nuevo el Sur; y luego, nos dirigiremos a las partes inexploradas del Pacífico y a examinar toda la costa norte de los dominios de Japón y la costa de Corea, etc. He estado encantado con nuestro crucero al sur en latitudes altas. Manejar los movimientos de un buque en medio de esas columnas flotantes de hielo, cada uno podía llevarnos a un ciego desenfreno de destrucción, requiere el mayor ejercicio de habilidad náutica; y he tenido el placer de observar eso en nuestro capaz comandante, a pesar de nuestra mala suerte, como fue el fracaso de descubrir nuevas fuentes de comercio, tierras, o islas, etc., aún confío que podremos satisfacer la razonable esperanza de nuestros amigos, los propietarios, los loables aventureros y del público, en nuestro informe científico, geográfico.

El Annawan ha enviado a casa, por el Bogotá, tres barriles de las más hermosas pieles finas de lobo marino recogidas en las Shetlands del Sur y entre las islas de Hielo en aquellas latitudes.

²¹⁶ La goleta lopera Bogotá había llegado a Valparaíso el 6 de mayo de 1830 y zarpará junto al bergantín Annawan el 11 de mayo del mismo año. En el Bogotá se embarca el Dr. Eights, compañero de aventuras de Reynolds.

Carta de J. N. Reynolds a Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso, Concepción, 23 de agosto de 1830.

The Globe, Washington D C, 13 de julio de 1831.

Concepción, 23 de agosto de 1830

Mi estimado señor:

En mi carta escrita durante nuestra visita a la isla de Juan Fernández, terreno casi clásico desde la novela de Robinson Crusoe, le informé sobre algunos detalles de nuestro crucero, después de dejar Valparaíso en mayo último, y también los motivos que me indujeron a realizar una excursión terrestre por el sur de Chile.

En consecuencia, el 24 de julio, mientras el Annawan y el Seraph estaban fondeados en la isla Santa María, nos dirigimos en nuestros botes a Arauco, distante ocho leguas a través de la bahía y pueblo fronterizo de Chile. Los buques inmediatamente continuaron el crucero con todos los hombres en buena salud y espíritu. La parte comercial de nuestro viaje requería, en ese momento, atención casi exclusiva; y confinaría el buque por siete meses en tramos sobre los que en su mayor parte ya habíamos pasado.

La fidelidad en los compromisos con nuestros socios y la justicia con nuestros oficiales y tripulaciones, que dependen de los beneficios del viaje para sus remuneraciones, hizo imperativo este paso en ese momento. Personalmente, no tengo de qué arrepentirme, pues me daba la oportunidad de realizar una excursión terrestre a ese encantador país ocupado por los indios araucanos, tan distinguidos por el valor y la constancia con la que siempre se defendieron de las invasiones de los españoles. Esta empresa, lo sabía, se enfrentaría con muchas dificultades y no estaba del todo exenta de peligros. Los araucanos, siempre celosos de los extranjeros, nunca les permiten viajar por su país y que esta desconfianza, tan natural en un pueblo que ha sufrido tanto, ha aumentado mucho por las últimas conmociones internas en Chile.

En Arauco no he sido capaz de hacer los arreglos adecuados para realizar el viaje ni tampoco he conseguido intérpretes, aun-

que hay muchos en el lugar que hablan el lenguaje de los indios muy bien. Esto se debe, en parte, al miedo que los españoles aún tienen de sus antiguos e invencibles enemigos. Cuando uno les habla a los chilenos de ir más lejos, hacia el interior, donde reside el grueso de los indios y donde muchos jefes y su gente hace largo tiempo se han retirado con un odio taciturno e indistinguible hacia todo lo que lleva el nombre de cristiano, se persignan y dicen que nadie ha hecho esto nunca, que no solo es muy peligroso sino completamente impracticable e imposible. Uno o dos se ofrecieron para ir, si les pagaba cien dólares al mes; supongo que es el precio que le ponen a sus vidas.

Con el cacique que reside en los alrededores de Arauco tuvimos una entrevista pocos días después de nuestra llegada. Era un anciano que, en sus días tuvo fama de guerrero. Sus modales eran serios y formales como lo son en la mayoría de los indios. Dice que su gente le ha informado que había dos extranjeros en Arauco, que llegaron en dos botes y que en varias ocasiones fueron vistos caminando por los cerros. Les dijo que la gente de Arauco era culpable por no informarle de nuestra llegada y que solo él era responsable por cualquier cosa que pudiera suceder fuera de las murallas. En verdad, remarcó, «soy un hombre viejo y la mayoría de mis guerreros ha muerto o se ha regresado a las montañas, pero nadie puede entrar en mi territorio sin mi permiso.

Este comportamiento cauteloso del jefe y todo lo que vimos, me mostró muy claramente que tendríamos que lidiar con los celos y la desconfianza, por los que esta gente por largo tiempo se ha distinguido.

Desde nuestra llegada a Concepción he esperado por el gobernador general Prieto y recibir la seguridad de su protección y la ayuda amistosa para la empresa, tan lejos como la influencia del gobernador se extendiera. Dijo francamente que no podría recomendarla y enumera una gran cantidad de obstáculos y peligros que podríamos encontrar. Ha visto mucho de los indios y, aunque en guerra, es un pueblo desesperadamente valiente y a menudo no desprovisto de humanidad con un enemigo conquistado; sin embargo, su celo, vigilancia y total aversión a lo que no sea araucano, hace extremadamente difícil penetrar en su país.

Los peligros, a la distancia, son, sin embargo, generalmente magnificados; para las mentes resueltas, nunca es bueno retirarse antes de ver al enemigo.

Desde aquí [Concepción], nos dirigiremos hacia la parte trasera de la provincia y cruzaremos el Bío-Bío cerca de su nacimiento, ingresando de una vez dentro del territorio Indio por el pie de la cordillera.

Hemos hecho varias excursiones cortas alrededor de Concepción, pero su escenario y todo lo que le pertenece ha sido descrito tan a menudo por distintos viajeros que para mí sería inútil decir algo nuevo sobre ello.

Desde un cerro alto, al oeste de Talcahuano, se puede ver el más variado e intensivo prospecto. Aquí, el juego de la naturaleza se establece como diversión contemplativa y el artista encontrará abundante campo para su genio y sus pinceles. Desde unos mil pies de altura, uno mira abajo el pueblo y las flotas de barcos. La bahía, una noble lámina de agua, se extiende lejos tierra adentro, encabezando una vista de la región que la rodea, como se levanta y extiende hacia el interior. Se ve también el lugar donde estaba el viejo Penco, o Concepción, antes que se destruyera por un terremoto. La gran planicie de suelo aluvial que se extiende desde la bahía a Concepción está ocasionalmente diversificada por pequeños cerros de formación secundaria, hasta que el ojo descansa sobre la ciudad y el cerro Caracol y finalmente, se pierde en el seguimiento de los devaneos del Bío-Bío haciendo su camino desde la cordillera. Al extender la vista más hacia el sur, se ve el rango completo de la variada costa marina, tan lejos como Arauco y la punta Rumena, mientras que la isla Santa María, se ve como un lugar oscuro en la superficie, más allá todo se pierde en las ilimitadas aguas del Océano Pacífico.

Se dice aquí, que la sociedad es muy buena. En una cena y fiesta nocturna dada por el cónsul de su majestad Británica Mr. Rouse²¹⁷, pocos días atrás, tuve una oportunidad de mezclarme con ella. Estaba presentes el general Prieto con un cierto número

²¹⁷ Henry William Rouse (1798-1871) fue cónsul de Gran Bretaña desde 1827 en Concepción y desde 1837 en Valparaíso. Fue, además, cónsul general y encargado de la Legación de Gran Bretaña en Chile entre 1847 y 1850. Armando Cartes dice que el cónsul Rouse era un «sujeto hábil y de buena pluma, que registró su participación en ceremonias mapuche». Véase Armando Cartes, *Viajeros en tierras mapuches*, Tomé, Al Aire Libro Ediciones, 2013, p. 87.

de ciudadanos importantes. Es costumbre aquí hacer brindis en las fiestas privadas y estuvimos muy contentos con los sentimientos dados en esa ocasión. Muchos de ellos, hacían alusión a nuestro propio país y su temprana y amistosa simpatía por la causa de la Independencia de Sudamérica; todos respiraban el espíritu del patriotismo y la devoción a la causa de las libertades civiles, por extraños que puedan parecer tales sentimientos, en cierto modo contrastando con sus últimas conmociones civiles.

Prieto, que será el próximo presidente de Chile, nos dio un brindis: «El presidente de los Estados Unidos, el amigo de las ciencias y protector de las artes». Espero que conserven el carácter en el presente y al menos por el siglo que viene.

Mr. Watson, que también le escribe, es de Filadelfia. Vino en el bergantín Seraph; es aficionado a las aventuras y desde el regreso del Dr. Eights a los Estados Unidos, ha sido mi único compañero en todas las excursiones de los buques. Deseo que el doctor siga con nosotros; me gustaría escalar el volcán con él.

Si no hay circunstancias que intervengan, estaremos en Valparaíso en marzo próximo [1831], momento en el cual los buques también estarán en ese puerto.

Respetuosamente, su obediente servidor

J. N. REYNOLDS

Carta de Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos de América a John Branch, secretario de Marina, Valparaíso, 12 de septiembre de 1830.

New York Evening Post, Nueva York, 21 de diciembre de 1830.

Valparaíso, 12 de septiembre de 1830

Señor:

Tres marineros que dejaron el bergantín ballenero Seraph, capitán Benjamin Pendleton, de Stonington, llegaron aquí esta mañana de la isla Santa María, situada un poco al sur de Concepción, informan que el bergantín Annawan, capitán Palmer, a bordo del que van Mr. Reynolds y otros caballeros científicos empleados con el doble objeto de explorar y obtener pieles, estaban en la isla desde donde vinieron, habiéndose visto obligados a abandonar la idea de hacer nuevos descubrimientos, debido a la dificultad de mantener en orden a la tripulación, ocho de los cuales habían desertado cerca de Pisco, en la costa de Perú, después que había salido en mayo último. Dicen que Mr. Reynolds desembarcó en Arauco alrededor del 28 de julio, quien con Mr. Hampton Watson, de Filadelfia, tratarán de llegar por tierra a ese lugar. Mr. Watson viajaba como aficionado en el bergantín lobero Seraph. Me siento satisfecho de su perfecta seguridad y soy de la opinión que el mundo conseguirá más información de las observaciones e investigaciones de la disposición sanguínea y perseverante de Mr. Reynolds, de la que se podría esperar si se continuaba con el proyecto por mar durante el tiempo convenido. El país de los araucanos es el mejor de Sudamérica; ofrece un campo para los filósofos y filántropos, superior, tal vez, a cualquier cosa que Mr. Reynolds pudiese encontrar sobre la superficie. En el futuro será un tema de la mayor importancia; sus puertos y capacidades lo hacen de mucho valor para las potencias marítimas; las primeras partes de su terreno son como la de las tierras bajas austríacas; su clima, más suave en invierno con un alto grado de calor en el verano, que es más largo.

El fracaso del Annawan, demuestra que los buques mercantes no son aptos para la exploración; los buques de guerra son los únicos adaptados para este servicio, que requiere disciplina y buen orden. Aquellos mares estarán pronto plagados de marineros fugitivos, quienes, para subsistir, deben convertirse en piratas; sobre este tema, me tomaré, en otra ocasión, la libertad de darle una opinión fundada sobre alguna experiencia, tengo ahora el honor de asegurarle el mayor respeto, señor, de su más fiel y obediente servidor

MICHAEL HOGAN.

Carta de J. N. Reynolds a Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso, Castillo de Antuco, octubre de 1830.

The Globe, Washington D C, 14 de julio de 1831.

New York Evening Post, Nueva York, 16 de julio de 1831.

Castillo de Antuco, octubre de 1830

Mi estimado señor:

Estamos ahora en medio de las cordilleras, rodeado de montañas por todos lados; salimos de Concepción pocos días después de la fecha de la última carta, provisto de pasaportes y cartas especiales de protección, con regalos para los indios, intérpretes, etc. Nuestra ruta sigue el Bío-Bío; es a menudo estrecha, muy áspera y escarpada. En otros lugares se extiende en el mismo plano que las orillas del río, dominado por los verdes arbustos de la región. Numerosas cabañas se destacan a lo largo del río en pequeñas ensenadas y valles verdes, que con un poco de mejoras podrían llegar a ser extremadamente pintorescas y hermosas. El Bío-Bío, es un noble río que contiene grandes cantidades de agua para propósito de transporte de no ser por la innumerable cantidad de bancos de arena que están constantemente cambiando y obstruyendo el paso por el canal principal del río. Las colinas están formadas de piedra arenisca y granito grueso, que se descomponen rápidamente.

A medida que avanzábamos, subiendo por encima del nivel de Concepción, una colina se asomaba sobre la otra, la región completa asumía gradualmente una apariencia totalmente diferente. Consiste de una interminable sucesión de altas colinas nodulares, con pequeños y fértiles valles entremedio. Como vista general, la escena era monótona y los pequeños matices y diferencias que cada valle presentaba podían no lograr atraer el interés de un pasajero.

Nuestra intención era haber pasado a través de Yumbel y cruzar el río La Laja en las cascadas²¹⁸, pero perdimos nuestro camino;

²¹⁸ Reynolds se refiere a lo que hoy se conoce como Salto del Laja, compuesto de cuatro cascadas, que se encuentra a unos 25 km al norte de la ciudad de Los Ángeles.

paramos la segunda noche a orillas del río Claro y nos vimos obligados a diferir nuestra visita a esa interesante curiosidad natural para otro momento.

El río La Laja es uno de los principales afluentes del Bío-Bío, profundo y rápido, fuimos obligados a ascender varias millas para encontrar un lugar para nadar con nuestros caballos con seguridad. La región, en ambos lados, es llana, pues forma parte de la planicie que separa los cordones marítimos de la cordillera.

Llegamos al valle de Antuco, que se extiende en medio de las montañas, hasta la base del volcán, que está a más de 50 leguas de Concepción. Las más mínimas elevaciones están cubiertas con los mejores brotes de árboles, de hecho, casi los primeros que habíamos visto, mercedores de ese nombre, en Chile. El suelo era bueno, los arbustos y las hierbas exuberantes.

Encontramos el pequeño pueblo de Antuco completamente abandonado. Todas las familias habían cruzado el río o se habían ocultado en las montañas, tal era su miedo a los Pincheira²¹⁹, el celebrado salteador de las montañas, y su banda de indios desenfrenados. El lugar había sido saqueado pocos días antes de nuestra llegada. Los pobres habitantes habían sido despojados de todo lo que tenían, varios hombres habían sido asesinados y catorce muchachas tomadas con brutal violencia.

Uno de ellos fue muerto cerca de la base del volcán y arrojado al río; el cuerpo fue encontrado corriente abajo a diez leguas de Antuco, atravesado y destrozado con las lanzas. Me abstengo de describir la escena llena de sufrimiento y miedo alrededor de nosotros. Por dos noches permanecemos con nuestros caballos en los pastos, con sentimientos no muy envidiables, se lo aseguro. Habiendo obtenido un guía y caballos frescos en los alrededores y provisiones para siete días, salimos para el volcán, situado a veinticuatro millas más adentro de la cordillera. Nuestro camino, áspero y pedregoso, nos llevó la mayor parte a lo largo de las orillas del río de La Laja. En general es un valle estrecho, que ofrece pocos, pero interesantes lugares para el cultivo. Los precipicios a cada

²¹⁹ Los Pincheira era un grupo de hermanos que encabezaron una montonera realista para enfrentar a los independentistas y que posteriormente se transformaron en asaltantes y cuatrosos asolando pueblos y haciendas en Chile y Argentina. Véase Ana María Contador, *Los Pincheira: un caso de bandidaje social en Chile, 1817-1832*, Santiago, Bravo y Allende editores, 1998.

lado eran enormemente altos: la grandeza del escenario era tal que ninguna pluma puede describirlo. Al oeste, el valle gradualmente se desvanecía en la planicie que bordea la base de la montaña, mientras que al este, el ojo se cansaba de observar las inmensas alturas, apareciendo una sobre otra y perdiéndose en las nubes.

En la tarde llegamos a dos leguas de la base del volcán y nos preparamos para pasar la noche en una pequeña fortaleza ocupada por 36 hombres, como puesto de avanzada, o puesto de mando, en el camino de los Pincheira. En efecto, eran tales las ventajas combinadas que incluso con este puñado de hombres nos sentíamos perfectamente seguros contra los cuatreros, a pesar de lo desigual en términos de número.

El lugar ocupado por la pequeña fortaleza, dignificada en este territorio con el nombre de Castillo, creemos que alguna vez fue la base de un antiguo cráter de inmenso tamaño. El río La Laja baja de su fuente, serpenteando a lo largo de la base del volcán con una sorprendente rapidez, sobre lechos de escoria que parecen dividir las antiguas ruinas volcánicas en dos partes casi iguales. Por otro lado, las antiguas murallas del cráter, muy altas, están aún de pie, formando una parte constituyente de la montaña. El espacio entre las murallas, de casi una legua de ancho, está compuesto de carboncillo, cenizas y rocas calcinadas, superficie que gradualmente forma el suelo y se cubre de vegetación.

De este a oeste, el volcán es mucho más extenso. Los materiales masivos contenidos en sus antiguos límites han formado, podemos decir, montañas secundarias con una superficie exterior lisa, cubierta solo con una hierba gruesa. El volcán, evidentemente, se ha hundido, el cráter se ha obstruido y el río hizo primero su camino, abriendo gradualmente un profundo canal. Lo hemos examinado en todas partes, ascendido todas sus elevaciones y descendido en sus más profundas honduras y todo, desde el lecho del río hasta sus puntos más altos, está compuesto de distintos elementos de la acción volcánica, caídos juntos en la mayor confusión y desorden.

Aquellos que han visto una inmensa mansión en ruinas, su techo y estructura interna caída mientras que las murallas están chamuscadas y ennegrecidas, aunque firmes en su posición, tendrán, tal vez, una mejor impresión para ayudar a la imaginación a concebir el montón de despojos que nos rodea y aquellos horribles temblores que deben haber sido necesarios para producirlas.

Antes de llegar al volcán ascendimos un largo arroyo de montaña, que bajaba desde la cadena principal de la cordillera. Las mismas ruinas volcánicas estaban dispersas en todas las direcciones, algunas derretidas, otras parcialmente calcinadas, pero ninguna en sus posiciones primitivas. En otros lugares, inmensas pilas de tobas indicaban la antigüedad de estas erupciones. Después de hacer nuestro camino por más de una legua, a lo largo y por encima de estas ruinas, llegamos a un lugar donde un profesor de volcanes se podría haber deleitado.

Las nacientes, donde el curso de agua se forma por una serie de pequeños riachuelos corriendo y echando espuma por las ásperas caras de las montañas, es un área que tiene, tal vez, un centenar de acres y fue una vez el embudo de un cráter. Las evidencias eran numerosas e indudables. En tres de los lados estaban aún las murallas del cráter, compuestas de rocas afiladas, en algunos lugares de más de cinco mil pies, casi perpendiculares, parcialmente calcinadas y agrietadas en diez mil direcciones diferentes, con una característica general de fisuras perpendiculares, a través de las que ha encontrado su camino el fuego y el vapor generado desde abajo.

Desde la extinción del volcán y el posterior llenado de su cráter, grandes pedazos de las rocas y de la montaña han caído en gruesos montones. Sobre uno de estos «montones» ascendimos, piedra sobre piedra, una altura de mil pies, hasta la entrada de una gran cueva. Estaba dividida en dos aberturas que probablemente habían sido válvulas de seguridad de alguna poderosa fuerza generadora por debajo; eran tan lisas y negras como la chimenea de un horno y descendía al suroeste en forma tan repentina que no podríamos entrar en ellas, aunque hubiésemos tenido antorchas y todo lo necesario para ese propósito.

Pasamos varios días en los campos de lava en la base del volcán activo, esperando un tiempo favorable para ascenderlo. Todo era nuevo, curioso e interesante. Las primeras erupciones deben haber sido inmensas. Entre las capas del suelo había lava descompuesta; lo que está más abajo es más sólido, como una gran olla de metal; la lava, en algunos lugares, forma una muralla de sesenta pies de alto sobre las orillas del río; y, en otros lugares se ha levantado el canal muy por encima de su nivel anterior. La lava ha bajado por dos corrientes principales; en el lado noroeste, siguiendo el sinuoso

curso de un valle que finaliza en el río. El espacio entre ellos se ha llenado con restos volcánicos, pero tan antiguos y descompuestos que toda traza de las capas y distintas erupciones se ha perdido en una confusa masa de materiales quemados de algún volcán más antiguo, cerca de las ruinas de las que el presente levantó su alta cima. Y está constantemente formándose por los materiales arrojados de las entrañas de la tierra.

Es difícil concebir y aún más describir con precisión e inteligibilidad, la violenta conmoción que debe haber experimentado la montaña por la cantidad de materiales arrojados de su cráter. En un lugar el río desciende cerca de media milla sobre un lecho de lava en un plano inclinado de casi 45°. Un gran cuerpo de agua corre a lo largo de este canal y levanta un rocío que, se mezcla con las nubes en una sucesión de arcoíris extremadamente pintorescos y hermosos. Desde el norte al noreste, la base del volcán está rodeada por un hermoso lago, que la tradición dice que no tiene fondo. Este lago es la fuente del río La Laja y ha sido formado, evidentemente, por la lava que cruza su cauce y forma un dique contra la montaña de enfrente.

De este lago, que hemos llamado lago de los Andes, nuestro guía rehusó acompañarnos más adelante. Dijo que, habíamos pasado la peor parte del camino, que a una corta distancia se abriría hacia las pampas de Buenos Aires, que el camino era plano y arenoso y solo había una ligera elevación entre nosotros y los Pincheira; que una avanzada de indios había estado en ese lugar un día o dos antes y si nos topábamos con alguno de ellos, nuestra retirada sería imposible, ya que estábamos ahora a casi cuatro leguas del fuerte.

Teniendo buenos caballos, sentíamos pocas aprehensiones de seguir solos hasta el final, y para este pequeño aventurero los últimos sufrimientos de nuestro guía de Antuco que, sin duda, se habían magnificado mucho, quedamos mil veces compensados. Estábamos muy interesados en rastrear los lechos de lava tal como, probablemente, se habían producido en épocas remotas y contemplar la fuerza volcánica necesaria para producirlos; pero aquí, en el lado norte la imaginación misma parecía perderse al observar las ruinas.

Suponer la existencia de una inmensa montaña, compuesta de roca arrojada por una explosión, apenas daría cuenta de la

distribución de los materiales heterogéneos arrojados por ahí. Había rocas divididas en pedazos, de magnitud inconcebible, parcialmente calcinadas y lanzadas al aire a gran distancia de sus originales lechos, mientras que la capa de escoria tenía un grosor no menor de seiscientos pies.

Mientras hacíamos estas observaciones alrededor de la base del volcán, teníamos nuestros caballos cerca de nosotros y un criado estacionado como centinela. En la noche, podíamos regresar al campamento o ascender el volcán, sabíamos que los indios no nos seguirían: todas las personas tienen aquí un miedo supersticioso a los volcanes, los indios creen que es la casa del Pillan, o el demonio, y los chilenos un poco menos.

Ascendimos en una noche alrededor de cuatro millas; tratando, la mañana siguiente de seguir hasta la cima. Pasamos con nuestros caballos por lugares casi increíbles de describir y donde parece que un paso en falso hundiría al caballo y al jinete por muchos cientos de pies hacia abajo.

En la noche, apareció el viento y trajo una escena que nunca se borrará de nuestros recuerdos. Un conflicto violento de elementos desde una posición elevada en los Andes es una vista magnífica, terriblemente sublime. La lluvia desciende torrencialmente hacia el valle mientras que, en la montaña y alrededor de nosotros cae nieve y granizo. Durante la mayor parte de la noche, corrientes de relámpagos constantes emitidos desde una nube oscura que parecía juntarse, engrosar y descansar en la cumbre del volcán. Eran seguidos en rápida sucesión por repiques ensordecedores de truenos, reverberando alrededor de aquellas inmensas columnas de rocas, ascendiendo en formas de espiral sobre la furia de la tempestad.

El volcán, como si hubiera tenido un tipo de secreta simpatía con los elementos, estaba más activo en la noche que durante el día, liberaba a cortos intervalos columnas de humo y fuego, acompañadas de truenos similares a descargas de artillería pesada. La noche, recomendada al menos por su novedad, fue pasada sin cubrirnos y la mañana no trajo un cese de la tormenta de nieve así es que, con gran dificultad, por no decir aprehensión, tuvimos éxito en hacer nuestro camino al valle.

En nuestro último esfuerzo fuimos más afortunados. Habiendo ascendido aún más alto que la primera noche, la siguiente mañana

estuvo bien y a las 4 a. m en punto estábamos escalando sobre ásperos montones de lava o abriéndonos camino sobre profundas capas de nieve.

El termómetro no bajaba de los treinta y cuatro grados [1°C]. Como el sol estaba radiante, nuestras vistas se volvieron magníficas e interesantes; toda la cordillera bajo nuestros pies, la pampa de Buenos Aires al este, la llanura que bordea la montaña y sus cordones marítimos al oeste, el valle de Antuco angostándose gradualmente, y el río como un curso común de agua de llanura.

La ascensión se hizo cada vez más difícil y estuvimos constantemente afirmándonos con nuestras manos, llegamos cerca de la cumbre cuando el fuego y el humo salían por las fisuras de las rocas a cada descarga del volcán, en intervalos de no más de cinco minutos, como las bocanadas que salen de la válvula de seguridad de un barco de vapor. Estábamos envueltos en humo, acompañados por un sonido pesado, ronco y quejoso, que parecía venir de las mismas entrañas de la tierra. A veces, las explosiones eran tan seguidas que parecía que habían ocurrido sin ningún intervalo de quietud. También eran desiguales en el punto de fuerza. Cuando una eyección de cenizas y piedras tiene lugar, siempre es seguida por un volumen de humo del cráter y las fisuras y el vapor está fuertemente impregnado de azufre. Después de una descarga, la masa completa de materiales se levanta 50 o 100 pies sobre la cumbre, volviendo a caer en el cráter; otras veces, algunos de los fragmentos sueltos son arrojados tan lejos que vienen rodando junto a nosotros a gran velocidad.

No satisfechos, nuestra curiosidad nos condujo a ascender aún más alto en el cráter principal. La magnífica apariencia del volcán era ahora verdaderamente aterradora. Habíamos pasado muchas fisuras donde el fuego salía constantemente, las piedras crujían bajo las suelas de nuestros zapatos; el calor, realmente, llegó a ser insufrible; esto, combinado con la altura a la que habíamos llegado nos hizo respirar con gran dificultad; nuestra piel palideció, los labios se tornaron azules, estábamos con gran debilidad. Fue aquí donde pusimos un bastón que trajimos para tal efecto, colocamos los colores americanos, rodeados de espesas y sulfurosas columnas de humo, cuando el termómetro, mantenido en una posición elevada, subió a los 115° [46°C]; las piedras, descargadas

del cráter, volaban sobre nuestra cabeza y quedaban parcialmente
enfriadas en la nieve mientras ascendíamos.

Respetuosamente su obediente servidor,

J. N. REYNOLDS

Carta de J. N. Reynolds a Samuel L. Southard, Los Ángeles, 24 de octubre de 1830.

Samuel L. Southard Papers, Co250, Box 37, Folder 2, 1830, Randolph-Romeyn, fs. 19-22. Manuscripts Division, Department of Special Collections, Princeton University Library Transcrita parcialmente en Woodbridge, *op. cit.*, pp.114-116.

Los Ángeles 25 de octubre de 1830

Mi estimado señor:

Le escribo desde la provincia del sur y estación fronteriza de Chile, y a sólo unas pocas millas de la base de las cordilleras. He dejado mi barco por siete meses, con la intención de penetrar desde este punto a la Patagonia occidental rumbo al estrecho de Magallanes. Este es un campo inexplorado y rico en todos los aspectos de la historia natural. Me propongo pasar cerca de la base de la cordillera atravesando esa poderosa y guerrera raza de naturales, conocida bajo el término general de araucanos. Este es el pueblo que siempre tuvo en jaque a los españoles, a pesar de su insaciable sed de oro y dominio, por quienes [Pedro de] Valdivia fue vencido y asesinado, y que sigue siendo un pueblo poderoso, indómito y celoso.

Hay dos volcanes activos dentro de nuestro rango, y espero ascender ambos y dejar los colores americanos en la cima de sus cráteres ardientes. Ningún extranjero, ni siquiera un español, ha recorrido jamás este camino, de modo que lo poco que haga tendrá, al menos, el mérito de ser nuevo. He recibido toda la ayuda y protección necesarias del gobernador de la provincia general Prieto, comandante en jefe del Ejército chileno, y el mismo que obtuvo una victoria sobre general Freire en la última revolución. «Un profeta nunca es honrado en su propio país».

Me acompaña nuestro compañero el señor Watson de Filadelfia, que vino en el Seraph.

Por la mañana, cruzamos el Bío-Bío y entramos de inmediato en territorio indio, acompañados de un intérprete y dos siervos

o peones del país, para ayudar a nadar los ríos y vigilar nuestros caballos por la noche.

La empresa se considera aquí extremadamente peligrosa; pero, realmente me he acostumbrado tanto a aventuras de un tipo u otro, que tal vez soy culpable y negligente ante tales consideraciones. He estado extraviado de mi barco, en un bote abierto, durante varios días y noches, en medio de regiones sombrías y de hielo eterno alrededor de las islas Shetland. He desembarcado en icebergs que flotaban en el océano y ascendido precipicios en los que un paso en falso podría haber terminado con mi carrera en la tierra. Nadé ríos, fui arrastrado a las rocas por las olas y llegué a la orilla, en una situación en la que, poco tiempo antes, la tripulación de un barco se había perdido en el intento. Con mucha dificultad desembarcamos aquí 25 hombres, y en un día capturamos mil lobos marinos; he atravesado el desierto de Atacama y he estado días y noches, en las áridas montañas del Perú.

Pude ver, en un lugar los esqueletos de 50 ballenas perfectamente petrificadas, a 400 pies sobre el nivel del mar y a ocho millas de su orilla. Probablemente, he sido el primero en visitar una antigua ciudad peruana, en los bordes del desierto; las murallas aún son visibles y en el cementerio se encuentran, diría yo, unos cincuenta mil esqueletos humanos, parcialmente cubiertos por la arena, que cambia y se mueve por la fuerza de los vientos.

Los individuos están curiosamente envueltos por muchas capas de textiles ingeniosamente trabajados. El pelo está muy perfecto, y aún tienen las mismas horquillas con las que se sujetan las capas.

He pasado por la isla donde estuvo Robinson Crusoe persiguiendo sus cabras.

De hecho, el alcance de una carta es completamente inadecuado incluso para abordar esos temas; mientras que la enumeración aparentemente egoísta de algunas de mis pequeñas excursiones, como comprenderá, sólo están destinadas a la mirada indulgente de un viejo y muy buen amigo.

Los bergantines Annawan y Seraph están actualmente en Chiloé dedicados exclusivamente a la caza de lobos marinos, de modo que, cuando nos reunamos dentro de seis meses en Valparaíso enviaremos nuestras pieles a casa y, teniendo algo de eso podremos empujar a nuestros oficiales y hombres, tal vez un poco más por el camino de la aventura.

Casi todos los días veo algo que me hace lamentar el fracaso de nuestra Expedición Nacional.

El capitán Palmer es un buen compañero, pero le gusta mucho más el dinero que alcanzar la gloria. Pendleton, después de todo, no es apto para nada atrevido. Es un gran cobarde. Tengo una tarea difícil en mantener todas las cosas andando, de manera armoniosa e inspirar a estos hombres, con el sentimiento de que es algo que vale la pena, aparte del dinero. Estoy, en verdad, disgustado con Pendleton por su falta total de atrevimiento varonil²²⁰.

Solitario y desprotegido, en un país extranjero, estoy decidido a no regresar nunca, con la característica mansedumbre que he aplicado a todas mis operaciones—ni lo temo; la actual excursión no carecerá de interés. — Por el momento no está del todo seguro, si nuestra primera excursión desde Valparaíso será a los mares del Sur o al noroeste o al Estrecho de Bering.

Recuérdeme amablemente ante su familia, y dígale a Virginia que no he recibido ninguna información reciente del iceberg que lleva su nombre. En caso de que descubramos un nuevo volcán que arroje todos los materiales heterogéneos contenidos en las entrañas de la tierra, pienso llamarlo «roble de Roan».

Suyo sinceramente,

J. N. REYNOLDS

²²⁰ Este párrafo no aparece en la transcripción de la carta que hace Woodbridge, indicando que Reynolds critica a los capitanes Palmer y Pendleton.

Carta de J. N. Reynolds a Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso, Los Ángeles, noviembre de 1830.

The Globe, Washington DC, 19 de julio de 1831.

New York Evening Post, Nueva York, 21 de julio de 1831.

Los Ángeles, noviembre 1830

Mi estimado señor:

Los indios no nos permitirán pasar. Quince días atrás dejamos este lugar con esperanzas y preparados con regalos e intérpretes. Un camino que se dirigía al sur y al este nos llevó a una hermosa planicie. El volcán Antuco era visible hacia el norte, el humo se ve claramente levantándose y ondulando entre las nubes grises y blancas mientras los rayos del sol, reflejados en los picos nevados de la cordillera parecen poner en un relieve más audaz el rico verdor y debajo los matorrales. Luego de recorrer cuatro leguas, llegamos a San Carlos, a orillas del Bío-Bío, un pequeño y hermoso pueblo y fuerte en tiempos del rey, ahora en estado de completa ruina.

El río tiene unas doscientas yardas de ancho, con una profunda y rápida corriente. Se reiría usted de vernos adoptar el método araucano para cruzarlo. Tres troncos amarrados juntos forman nuestro bote; [los troncos] eran atados a la cola de un caballo; y subiendo dos a la vez, lo lanzan al agua, y nos alejamos casi media milla río abajo antes de llegar al lado opuesto; una partida de indios, queriendo cruzar, retomó nuestro bote y así sucesivamente hasta que todos pasamos.

Al sur del Bío-Bío, la región toma inmediatamente una apariencia aún más rica y hermosa. Se diversifica, con colinas, valles y arroyos de agua más dulce y un rico suelo con exuberante vegetación como si nunca hubiese sido tocada por los pies de los hombres o las bestias.

En el segundo día de viaje, llegamos a la residencia del cacique Mariluán, que en el lenguaje indio significa diez guanacos; es un ejemplo en este singular pueblo donde el valor y el intelecto superior lo han llevado a ser de un indio común al principal jefe de los Puelches.

Carlos v, cuando se cansara del mundo, no podría escoger un lugar más interesante para su retiro. Es un valle de seis leguas desde los pies de las montañas, con un clima donde el rigor del invierno no se conoce y lo mejor de verano nunca es opresivo, debido a una constante brisa del sur. El ganado vacuno, los caballos y ovejas pastando en el entorno, da una evidencia de comodidad como a menudo se encuentra entre los cherokees²²¹ de nuestro propio país.

Se reunió un consejo de caciques subordinados para considerar el tema de nuestra visita. A pesar de todos los regalos, su decisión fue contra nosotros. Dijeron que a nadie de Chile o de Buenos Aires, se les ha permitido entrar a su país y mucho menos podrían permitirlo a extranjeros que han venido de tan lejos y que, si siguiéramos adelante encontraríamos nuestro camino lleno de lanzas.

A nuestro regreso dormimos otra noche a orillas del río Bío-Bío. El nombre de este río está conectado con todos lo que es interesante y trágico en la historia temprana de Chile. Fue aquí donde los antiguos españoles se encontraron con los araucanos y fueron tan a menudo rechazados. Un ejército tras otro cruzó el río, para la subyugación del territorio indio y fueron a menudo obligados a volver sobre sus pasos o caer por los garrotes de guerra o las lanzas. Méjico, Colombia, Perú y el norte de Chile fueron sucesivamente subyugados por la fuerza de las armas españolas, expulsados por una inextinguible sed de oro y dominio, mientras que el Bío-Bío hasta hoy forma la línea y el límite meridional de Chile, de la que los españoles nunca han sido capaces de ganar y retener su posición.

De Vaciniento [Nacimiento] no hemos tenido éxito en obtener permiso para pasar a través del territorio de otros caciques, así es que, decepcionados, hemos regresado a este lugar [Los Ángeles].

En la tarde de nuestra llegada encontramos a los habitantes con una gran excitación y alarma. Pincheira estaba bajando de las montañas con una gran fuerza. Tomamos un viejo sable y nos unimos a una tropa de cuarenta caballos para salir a reconocer.

²²¹ Los cherokees eran, en el siglo XVIII, una de las poblaciones aborígenes más grandes y más conocida en el sureste de los Estados Unidos. Hablaban una lengua del grupo iroqués. Véase Robert J. Conley, *A Cherokee Encyclopedia*, Alburquerque, University of New Mexico Press, 2007.

Pasamos la noche al pie de la montaña. Nuestro comandante, con un intuitivo conocimiento del valor de sus soldados, nunca llevó nuestro coraje al «punto de conflicto», buscando en espacios cercanos y por esta marca de consumada prudencia, estoy seguro que recibió un voto de agradecimiento de toda la compañía. La mañana trajo tranquilidad, con la inteligencia que Pincheira, con todas sus fuerzas, estaba retrocediendo a través de las montañas.

Tengo ahora el placer de agradecer el recibo de su carta, fechada el 1.º de octubre. Ha sido enviada acá, durante nuestra ausencia, por el cónsul británico Mr. Rouse, que dijo que usted lo había autorizado para proporcionarnos los fondos que necesitamos durante nuestra permanencia en esta parte de Chile y que podemos recurrir a usted por lo mismo.

La carta que usted ha conseguido del gobernador de Valparaíso recomendándonos a la especial protección del general Prieto, también ha sido recibida.

Usted dice que ha recibido una misiva del Honorable Martin van Buren, secretario de Estado [de los Estados Unidos]²²², pidiéndole hacer todo lo posible para promover los objetivos de nuestra empresa privada. ¿Quiere decir con esto el Honorable Secretario, que usted podría proporcionar a los buques un poco de aparejo de repuesto y provisiones, que los Estados Unidos nunca echarían de menos? Si es así, tendrá derecho a nuestro agradecimiento y gratitud.

Sea como fuere, tan lejos de casa y durante tanto tiempo, sin ayuda y casi desprotegidos en un país extranjero y en una empresa lo suficientemente azarosa, nos sentimos animados y alentados incluso por este ligero aviso de parte de nuestro gobierno y solo lamento, aún más, nuestra incapacidad para merecer su atención y protección. No se debe suponer que una empresa tan humilde en su carácter como la nuestra, pueda despertar mucho interés o expectativas en la mente pública. No hay ningún carácter nacional embarcado con nosotros, y ya será el momento de dictar sentencia sobre la naturaleza de nuestros trabajos, cuando sean completados.

²²² Martin van Buren (1782-1862) fue un abogado y político estadounidense que se desempeñó como el octavo presidente de los Estados Unidos (1837-1841). En la época de esta carta era el secretario de Estado [ministro de Relaciones Exteriores] de Andrew Jackson, del que después fue su vicepresidente. Véase William A. Butler, *Martin van Buren, lawyer, statesman and man*, Nueva York, D. Appleton & Co., 1862.

Mr. Watson, no está con buena salud y se encuentra bastante desanimado con nuestro fracaso entre los indios; piensa partir, en uno o dos días a Valparaíso y luego hacia los Estados Unidos, vía Buenos Aires.

Por mi parte, no me rendiré. He reflexionado sobre lo que he visto del carácter indio; creo que hemos fallado en varias cosas debido a malos consejos. En una palabra, estoy resuelto a internarme unas cien leguas en su país, visitar Imperial, Villa Rica, y cualquier lugar de interés de aquí al sur de Valdivia. Dejar que mi destino sea lo que sea. El general Prieto y todas las personas aquí me aconsejan lo contrario. Confieso que es tonto hacer una declaración como esa, pero aquí está, escrita y no será borrada.

Respetuosamente, su obediente servidor

J. N. REYNOLDS

Carta de J. N. Reynolds a Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso, Valdivia, diciembre de 1830.

New York Evening Post, Nueva York, 25 de julio de 1831.

Valdivia, diciembre 1830

Mi estimado señor:

Con gran fatiga y después de haber fracasado y rechazado por los nativos en varios lugares, tuve éxito en hacer mi camino entre ellos, por más de cien leguas, y llegué a los asentamientos de la frontera, dejé mi caballo y bajé el río Cruces en una canoa hasta este lugar [Valdivia].

No tengo tiempo para escribir detalles ni decir alguna cosa del país por el que he pasado, de sus nobles bosques madereros, de sus ríos y arroyos tributarios, de sus planicies y suelos capaces de los cultivos más grandes, y de sus hermosos lagos.

El gobernador de Valdivia, habiendo recibido su carta, en la que usted había sido tan amable como para recomendarme a su especial protección, había anticipado mi llegada y enviado órdenes a los puestos de frontera para iniciar investigaciones entre los indios y hacer todo lo posible para mi seguridad.

En el río Imperial encontré un intérprete que estaba esperando mi llegada. Gracias a estas precauciones, de las que estoy ciertamente en deuda, sino por mi vida al menos por el éxito en mi viaje, pues unos pocos días antes de mi llegada, en las orillas del noble río, más de quinientos guerreros se habían reunido, con sus lanzas, al simple avistamiento de dos buques en la costa, tan celosos son de los extranjeros; creen que ningún motivo que no sea apropiarse de su territorio puede inducir a los extranjeros a visitarlos.

Estoy muy endeudado con el gobernador de Valdivia por la disposición con la que entregó toda la ayuda y protección que estaba a su alcance.

En la mañana ascendí por el río Cruces, a donde había dejado mis caballos y de ahí directo a la cordillera.

He recibido noticias de nuestros buques, han sido muy exitosos en el archipiélago de Chiloé. Si tiene la oportunidad, comunique esto y el éxito de «mi gira de placer» entre los indios, a nuestros amigos de los Estados Unidos.

Respetuosamente, su obediente servidor

J. N. REYNOLDS

LETTER IV.

VALDEVIA, Dec 1830.

"My Dear Sir.—With great fatigue, and after having failed and been repulsed by the natives at several points, I have succeeded in making my way through them, for more than one hundred leagues, and arrived at the frontier settlements, left my horse and proceeded down the river La Cruzes in a canoe, to this place.

"I have no leisure to write particulars, nor to say any thing of the country through which I have passed,—of its noble forests of timber—of its rivers and contributory streams.—of its plains and soil capable of the highest cultivation,—and of its beautiful lakes.

"The governor of Valdevia, having received your letter, in which you have been so kind as to recommend me to his special protection, had already anticipated my arrival by sending orders to the frontier stations, to institute inquiries among the Indians, and to do all they could for my safety.

"At the river Imperial I met an interpreter, awaiting my arrival. To these precautions I am certainly indebted, if not for my life, at least for the success of my journey; as only a few days before my arrival, on the banks of the noble river, more than five hundred warriors had been paraded, with their lances, at the mere sight of two vessels off the coast, so jealous are they of strangers. They believe no motive, except a desire to take possession of their territory, can induce a foreigner to visit them.

"I am greatly indebted to the Governor for the readiness with which he grants every aid and protection in his power.

"In the morning I ascended the river Cruzes, to where I left my horses, and from thence direct to the Cordilleras.

"I have received news from our vessels; they have been very successful in the Archipelago of Chiloe.—Should an opportunity offer, communicate *this*, as well as the success of my "tour of pleasure" among the Indians, to our friends in the U. States.

Respectfully,

Your obedient servant.

J. N. REYNOLDS.

To Michael Hogan, Esq. }
Am. Consul, Valparaiso. }

Imagen n.º 5. Carta de Jeremiah N. Reynolds a Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso, Valdivia, diciembre de 1830. *New York Evening Post*, Nueva York, 25 de julio de 1831.

Carta de J. N. Reynolds a Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso, Villa Rica, 5 de enero de 1831.

The Globe, Washington D C, 22 de julio de 1831; *New York Evening Post*, Nueva York, 27 de julio de 1831.

Villa Rica, Base de la Cordillera, 6 de enero de 1831

Mi estimado señor:

Ayer, a mediodía, tuve la satisfacción de poner los colores americanos en la cumbre del volcán de Villa Rica.

Desde Valdivia a este lugar he sido detenido veinte veces, cuestionado y re-cuestionado por los indios; con ellos he practicado un constante sistema de «fraude piadoso».

Ascendí el volcán bajo el disfraz de un doctor buscando medicina. El viejo cacique pensaba que esto era muy extraño. El volcán, decía, era la casa del Pillán (que es el demonio de los indios), que siempre ha vivido allí y que varios de su pueblo habían visto al anciano venir de la cima con una gran capa de pieles de león que lo envolvían, y que después de caminar un tiempo se entró de nuevo; el cacique pensaba que tal vez el anciano podría pensar que iba para burlarme de él y si se enojaba, quizás que calamidad podría sucederle a su pueblo. Después de darle muchos regalos, de mucho hablar y sobre todo debido al respeto que tenía a mi carácter de doctor, me permitió hacerlo. El ascenso me ocupó dos días, durmiendo la primera noche en el volcán. No puedo escribir detalles.

Estuve en la ciudad de Villa Rica, una vez una próspera ciudad española pero que había sido destruida por las guerras con los salvajes hace más de ciento treinta años atrás; a ningún extranjero se le había permitido entrar a ella antes de ahora. Muchas de las murallas eran aún visibles, también las calles y lo que una vez fueron las fundaciones de una iglesia, pero todo está ahora cubierto por un gran bosque de árboles. Estuve cerca de tener una seria dificultad, pues no estaba fuera del alcance de su influencia. La primera pregunta planteada por el cacique fue: ¿quién me había

enviado para venir acá? Los indios llegaron de todas partes y se me ordenó regresar inmediatamente.

Había salido de Valdivia con tres intérpretes, para seguridad adicional, dos de los cuales rehusaron acompañarme a menos de cuatro leguas de la vieja ciudad y el otro muy alarmado me dijo que, los indios ciertamente nos matarían. No tenía sobre esto aprensiones muy serias, pues el hijo del otro cacique, con quien había tratado para ascender el volcán, estaba conmigo y era mi amigo incondicional. Cualquiera que fuera el peligro en el que pudiéramos mostrar miedo sólo lo habría aumentado. Con la mayor confianza le ordené a mi intérprete, decirles que los indios comunes se quedaran atrás y que no me hablaran pues yo era un gran «doctor» y solo hablaba con los caciques. Invité al jefe del grupo a regresar conmigo cuatro leguas, donde había dejado mi mula y equipaje, en la casa del otro cacique, que le daría algunos regalos; consintió y fuimos de nuevo amigos, al menos en apariencia».

Despedí a mis dos cobardes intérpretes y envié a mi criado con ellos a Valdivia, con las colecciones que había podido reunir para el Lyceum de Nueva York, esperando que llegaran a salvo. En la mañana continué hacia el sur, con un intérprete, tratando de visitar varios lagos grandes que pude ver en esa dirección desde la cumbre del volcán.

Excúseme esta apresurada carta, pero me he visto obligado a retirarme hacia los arbustos para escribirla. Estos celosos indios escasamente me permiten estar un momento solo y si me ven escribir puedo poner en peligro mi libertad, por no decir mi vida.

Respetuosamente, su obediente servidor

J. N. REYNOLDS

Extracto de una carta de J. N. Reynolds, uno de los caballeros del cuerpo científico agregado a los bergantines de exploración, a un corresponsal en esta ciudad.

New York Commercial Advertiser, Nueva York, 8 de septiembre de 1831.
The Globe, Washington D C, 24 de septiembre de 1831.

Valparaíso, mayo de 1831

Mr. Watson y yo esperamos acá por información sobre la ruta que los comandantes del Seraph y el Annawan han sido forzados a tomar por sus inquietas tripulaciones y, por supuesto, no puedo saber si han regresado a casa o llegarán pronto por aquí para recibirnos a bordo y continuar, de acuerdo a las instrucciones, hacia el Pacífico norte; pero aún espero lo último y si no es así, tengan por seguro que pondré a disposición toda mi ayuda, influencia, etc., para que la expedición finalice con un beneficio nacional y sea rentable para sus patrióticos promotores y aventureros. Hemos hecho una gran gira a través del país araucano, y hemos recogido muchos materiales históricos novedosos. Nuestro viaje por tierra ha sido de unas 800 leguas; nuestro valioso cónsul, Michael Hogan Esq., nos ha dado todas las atenciones y facilidades; y se sabe que ha habido una expectativa pública respecto de nuestros buques y la empresa, y que esta expectativa ha aumentado mucho desde que dejamos los Estados Unidos. He arriesgado mi vida numerosas veces, para hacer lo que sea para satisfacer las razonables esperanzas de nuestros conciudadanos y amigos. Nuestro viaje a través de la región araucana ha estado lleno de profundo y absorbente interés, y hemos visto todo, desde el río Bío-Bío hasta el sur de Valdivia, ascendido todos sus nobles ríos y puesto nuestras barras y estrellas nacionales en la cumbre de dos de sus montañas volcánicas; hemos visto al guerrero araucano en todo su orgullo y grandeza, y comprobado el hecho que si se establece un entendimiento amistoso y se celebra un acuerdo entre nuestro gobierno con esa nación, se abriría una puerta para el intercambio comercial, sobre todo en cueros, pieles, lanas, etc., más allá de todo cálculo. Hemos visitado todas aquellas antiguas ruinas de

ciudades españolas destruidas hace 150 años atrás, cerca de las que ningún extranjero hasta entonces había sido capaz de recorrer, y hemos pasado por todas las antiguas fortificaciones del celebrado pirata Benavides. En todas estas andanzas y dificultades, hemos recibido constantemente la más inmediata atención y protección del gobierno chileno. Pero este trabajo ha sido realizado con un alto costo y las sumas necesarias han sido adelantadas por nuestro cónsul y tenemos confianza que la liberalidad y patriotismo de nuestro gobierno, por el congreso, lo remunerarán; así como le dará algo, a los expedicionarios por nuestras pérdidas y sufrimientos. Los regalos a los indios e intérpretes, para permitirnos avanzar han costado más de la mitad de estos gastos, para el beneficio nacional de la historia, comercio, ciencia, etc. Pero, por el honor de nuestro país y la expedición, preferiría dejar mis huesos en el país araucano que haber fracasado por falta de perseverancia; y, por lo que se ha hecho, siento que tenemos derecho a un sentimiento amistoso de nuestro gobierno y conciudadanos, ya que los riesgos, sufrimientos, gastos, etc., han sido tan severos de nuestra parte, y, de tal manera, por nuestro esfuerzo de darle crédito a nuestro país común y a todos los interesados en la expedición.

Mr. Watson trató de cruzar el continente por las cordilleras hasta Buenos Aires, pero debido a la inestabilidad del país no fue posible tener éxito. Enviamos una pequeña colección al Lyceum.

J. N. REYNOLDS

Extracto de una carta [anónima] escrita por un comerciante de Valparaíso a un comerciante de Nueva York.

The Evening Post, Nueva York, 15 de noviembre de 1832.

Valparaíso, 19 de julio de 1832

Supimos que el Benezet zarpará para Nueva York, llevará varios cofres con colecciones científicas valiosas y raras entre las que se dice hay una cantidad de especies de pájaros completamente nuevos para el Lyceum en su ciudad, reunidas por ese infatigable compatriota suyo, J. N. Reynolds Esq., que vino a este país como parte del cuerpo científico en los bergantines de exploración Seraph y Annawan. Ha viajado por gran parte de Chile, en busca de colecciones históricas y científicas; y sus extensos viajes y exploraciones al sur, en la región araucana, le dará con sus notas a nuestro país, lejos, la mejor historia en detalle de esa raza noble y guerrera y de su país, que el mundo jamás ha tenido. Aunque la mencionada patriótica y loable expedición sea la primera que los Estados Unidos ha enviado, parece que se ha frustrado y estuvo muy por debajo de las expectativas de esos ciudadanos encomiables, promotores y aventureros, al ser forzados a regresar a casa por circunstancias (desafección y deserción de sus hombres) que se deben a su naturaleza privada, no gubernamental, por lo que su fracaso está más allá del control de los comandantes de la empresa. Sin embargo, según tengo entendido, el espíritu de descubrimiento y exploración que había permanecido dormido durante muchos años en empresas privadas de este tipo en nuestra madre patria ha vuelto a despertar en las mentes de aventureros científicos privados británicos poco después que la noticia de la partida de la expedición privada estadounidense de los bergantines Seraph y Annawan llegara a Inglaterra, pues no están dispuestos a aceptar que los estadounidenses los hayan superado. Una empresa enérgica y emprendedora de comerciantes y científicos preparó la fragata TULA y el cúter LIVELY, su tender, en una expedición de exploración privada hacia el Polo Sur, que luego de su primer crucero ha llegado a Nueva Gales del Sur; han informado en

Sídney haber hecho descubrimientos muy importantes y valiosos en las latitudes altas del sur²²³. Este informe ha planteado entre nosotros, los ciudadanos estadounidenses, una sincera esperanza que nuestro gobierno, los Estados Unidos, pronto realice una exploración nacional con una expedición bajo el mando de un oficial capaz, de nuestra galante marina, a través de toda la región de esos mares del Sur, que se cree agregaría mucho al intercambio y al comercio, además de beneficiar las pesquerías de ballenas y lobos marinos, y también haría más segura la ruta de navegación para los ansiosos marineros.

²²³ Reynolds se refiere a una expedición encabezada por John Biscoe (1794-1843), marino y explorador inglés, que al mando del bergantín Tula recorrió, entre 1830 y 1833, por primera vez extensas zonas a lo largo de la costa de la Antártida. La expedición también descubrió un gran número de islas en la vecindad de la Tierra de Graham, incluidas las islas Biscoe que recibieron ese nombre en su honor. Véase George Murray, *From the Journal of a Voyage towards the South Pole on board the brig Tula, under the command of John Biscoe, with the cutter Lively in Company*, Londres, Royal Geographical Society, 1901.

Carta de J. N. Reynolds a Samuel L. Southard, Boston, 25 de mayo de 1834.

Samuel L. Southard Papers, Co250, Box 47, Folder 10, 1834: Ray-Reynolds, fs. 51-54. Manuscripts Division, Department of Special Collections, Princeton University Library. Transcrita parcialmente en Woodbridge, *op. cit.*, p. 118.

USS Potomac Boston, 25 de mayo de 1834

Mi estimado señor:

Llegamos aquí el día 23, después de un paso de 44 días, desde Río. A mí me parece más un sueño ilusorio que una realidad, tras una ausencia de más de cuatro años. Cuatro años, qué período en la vida de uno y, sin embargo, una mera mota en los anales del tiempo. Cuatro años, ¿qué no he sufrido y pasado durante ese tiempo? Mis paseos por mar y por tierra, han sido mucho más extensos de lo que pueda imaginar. Para darle una breve visión: he recorrido todo el grupo de islas Shetland del Sur y desde ellas hasta el sur [sic] y el oeste; por toda la costa del Perú, por sus desiertos, por sus montañas y por sus ricos valles; en todas partes de Chile, así como en todo el país araucano hacia el sur, que nunca ha sido visitado por ningún extraño antes que yo.

He pasado las cordilleras, en varios lugares, y he puesto las barras y las estrellas en las cimas de dos de los volcanes más activos de Sudamérica, o quizás, de cualquier parte del mundo.

Mis colecciones han sido extensas y mi cuaderno de notas está lleno, pero mi diario no está escrito del todo, por lo tanto, no puedo enviárselo en este momento.

Me alegró mucho escuchar de [su] elección al Senado, y estoy aún más complacido de ver cómo está dando sus frutos y cómo está saldando viejas cuentas con sus oponentes políticos.

Me pregunto si permitirían ahora que el Peacock se dirigiera a los mares del Sur. Supongo que no lo ayudarían en el Senado. Sepa usted que estoy más ansioso que nunca por emprender esa empresa y, aunque estoy contento con mi regreso, me embarcaría con mucho gusto mañana mismo, aunque pienso que será dentro de ¡¡¡tres años!!!

Una satisfacción adicional que tengo es escribir sobre mi último viaje, una jornada que me ha permitido tener acceso completo a todo lo que se ha habido hecho en la preparación del viaje, en las distintas acciones realizadas por el Departamento y como una joven y preciosa señorita, por ese ayer que realmente pudo ser no dejaré que el mañana fracase en estados de colores sombríos.

No he tenido tiempo de leer muchas páginas pero esas pocas han sido más que suficientes para conocer el estado de nuestro país en este momento. ¿Cómo terminará todo esto? ¿El Congreso suspenderá las sesiones sin decirle nada al resto del país? ¿Tanta importancia tiene mantenerlo así, hasta el fin de la legislatura?

Me gustaría visitar Washington antes de que termine las sesiones, pero no puedo. Sé que está muy ocupado y que no estaría bien pedirle que me escriba y, aun así, debo hacerlo, sí, insistir en ello. ¿Cómo está tu familia?, la señorita Virginia, espero que recupere completamente su salud.

¿Puede enviar usted, cuando sea posible, una copia de mi informe al Comité General de la Secretaría del Senado?

¿Antes que usted deje Washington, será posible obtener en esa oficina una copia de los viajes de Freycinet²²⁴?

El Comandante Downes se encuentra bien y a menudo habla amablemente de usted. Todos los oficiales quieren volver a tenerlo como Secretario [de Marina], también nosotros. Phil White²²⁵, una personalidad fanática de la tinta, agente en el Pacífico, una criatura de Branch²²⁶, se asombra tanto al encontrarse entre caballeros y manejando dinero, ¡piensa que puede decir cualquier cosa de la

²²⁴ Henri Louis Claude de Saulces de Freycinet (1779-1842) fue un marino, naturalista, geógrafo y geólogo francés que comandó una expedición de circunnavegación del globo entre 1817 y 1820. El viaje fue un éxito científico y volvió a Francia con colecciones en todos los campos de la historia natural y con voluminosas notas y dibujos sobre geografía, etnografía, física y botánica que constituyen una importante contribución al conocimiento de los países visitados. Véase Douglas, Bronwen, *Science, Voyages, and Encounters in Oceania, 1511-1850*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2014.

²²⁵ No hemos podido identificar, de manera precisa, a este personaje que describe Reynolds en su carta.

²²⁶ John Branch (1782-1863), político estadounidense, gobernador de Carolina del Norte y luego senador; fue secretario de Marina entre 1829 y 1831, durante el gobierno del presidente Andrew Jackson. Véase Marshall D. Haywood, *John Branch (1782-1863), Governor of North Carolina, United States Senator, Secretary of the Navy, etc.*, Raleigh, Commercial Printing Co.

persona que quiera! Un día dijo demasiado y fue reprendido, dando desde ese momento un giro completo que lo ha mantenido callado desde entonces.

¡He visto la imagen en las hojas de la antigua Constitución! Cuando se la emoción es profunda, se logra persuadir a todo el país y de ahí sale una ley que intensamente sabemos que no se estropeará.

Será placentero presentar mis mejores respetos al Sr. Clay²²⁷.
Muy atentamente,

J. N. REYNOLDS

²²⁷ Henry Clay (1777-1852), político estadounidense, miembro del Partido Nacional Republicano, al igual que Southard y Reynolds. Fue secretario de Estado (1825-1829) del presidente John Q. Adams. Fue congresista durante muchos períodos y varias veces candidato a la Presidencia de los Estados Unidos, pero nunca fue elegido. Véase George D. Prentice, *Biography of Henry Clay*, Nueva York, John Jay Phelps, 1831.

Political opponents, it will in
all probability return, into the
hands of those who first projected
it - and under very circumsta-
nces, a triumph, would be gained
by the original projectors. This matter
requires some address - but I think
something might be done -
Yours very truly
J. N. Reynolds

Hon Samuel L. Southard
Newton - N. Jersey

Imagen n.º 6. Última página de carta de Jeremiah N. Reynolds a Samuel L. Southard, escrita desde Boston, el 25 de mayo de 1834. En Samuel L. Southard Papers, Co250, Box 47, Folder 10, 1834: Ray-Reynolds, fs. 51-54, Manuscripts Division, Department of Special Collections, Princeton University Library.

INFORMES

UNA HOJA DE UN MANUSCRITO INÉDITO

POR J. N. REYNOLDS

Visita al volcán de Antuco, en los 37° de latitud sur. Almacén inagotable de combustible contenido en los Andes; Tremendos efectos de la acción volcánica en esa región. Regreso a Los Ángeles.

El 12 de noviembre, habiendo logrado conseguir un guía, caballos de refresco en las cercanías de Antuco —uno de los pueblos fronterizos de la provincia de Concepción, Chile— y provisiones para cinco días, partimos hacia el volcán, que está situado entre las cordilleras, desde donde estábamos, a sólo veinticinco millas de distancia. El camino, pedregoso e irregular, serpenteaba en su mayor parte a lo largo de las orillas del río La Laja, atravesando un angosto valle que ofrecía pocos lugares atractivos para el cultivo. Los precipicios a ambos lados eran altos y amenazadores, y el viajero, a cada paso en su avance, contemplaba algún rasgo nuevo y pintoresco del volcán que se abre ante su vista. A nueve millas de Antuco, pasamos por un antiguo castillo, construido en 1810, como puesto fronterizo de defensa contra los indios de las montañas, pero ahora estaba en un estado de total abandono²³⁰.

Ninguna pluma puede hacer justicia al paisaje en el que nos adentrábamos. Hacia el oeste, el valle se hunde gradualmente y se pierde en la llanura al pie de la montaña; mientras que hacia el este, la vista se cansa de subir las estupendas eminencias que se

²³⁰ Se refiere al fuerte Ballenar de Antuco, que se encuentra a unos 13 kilómetros de la laguna de La Laja. Su construcción fue encargada en 1787 por Ambrosio O'Higgins, en esa época, intendente de Concepción. Véase Mario Orellana, *Historia y antropología de la isla de la Laja*, Santiago, Editorial Universitaria, 1992.

elevan unas sobre otras hasta que sus cumbres quedan «envueltas en las nubes inclinadas».

A las cinco de la tarde estábamos a una legua y media de la base del volcán. Encontramos alojamiento, para pasar la noche, en una pequeña fortaleza dominando un importante paso en el camino de los Pincheira, cuatrerros y asaltantes de las montañas, y ocupada por treinta y seis hombres. Esa era la ventaja que había en este puesto pues, en caso de ataque incluso con este puñado de soldados, podríamos haber desafiado a los montañeses por muy superiores que fueran en número. La última parte de la tarde no fue muy agradable y al estar oscurecidas las partes más altas de la montaña nuestra perspectiva era muy limitada, aunque todavía interesante. Al subir el arroyo observamos, por espacio de varias leguas, tanto en los lugares elevados como en el agua corriente, inmensas cantidades de piedras redondas de origen volcánico, que sabíamos que no podían haber sido lanzadas por el volcán Antuco²³¹. Mientras avanzábamos buscamos cuidadosamente la evidencia de algún cráter extinto. Al llegar al fuerte, descubrimos que el lugar donde estaba construido, y el terreno a su alrededor, era un cráter que alguna vez estuvo activo y que hacía mucho había dejado de arder.

El río La Laja, que brota en su origen con asombrosa rapidez y corre a través de un canal de lava descompuesta en la base del volcán actual, parece dividir las antiguas ruinas volcánicas en dos partes casi iguales. En ambos lados del río, permanecen aún las paredes del antiguo cráter que son de una inmensa altura y todavía forman parte de la elevación principal.

Los espacios entre estos gigantescos bloques están cubiertos por una considerable cantidad de cenizas y rocas calcinadas, cuya superficie se va desmoronando lentamente, siendo capaz de formar nueva vegetación. De este a oeste, la base del volcán debe tener una extensión de al menos catorce millas. Los materiales masivos, agrupados en este intervalo, constituyen lo que podría denominarse montañas secundarias, lisas y revestidas de una hierba áspera. Sin duda, las paredes del cráter se derrumbaron en algún momento

²³¹ El Antuco es un estratovolcán (cónico, de gran altura, compuesto por múltiples capas de lava endurecida que alternan con capas de piroclastos), con una altura de 2979 m, que se encuentra ubicado en la comuna de Antuco, en la región del Bío-Bío. Véase Sernageomin, *Chile, territorio volcánico*, Santiago, Sernageomin, 2018.

remoto y sofocaron el fuego subterráneo. El río se abrió paso y construyó un canal profundo a través de los restos del derrumbe. Examinamos cuidadosamente las ruinas desmembradas, ascendimos sus elevaciones, penetramos en sus profundidades más hondas y descubrimos que, desde el lecho del arroyo hasta el pináculo más elevado, están formados por diversos materiales producto de la acción volcánica, reunidos en el mayor desorden imaginable. En un punto imponente de la pila calcinada y vitrificada advertimos, aún más lejos, hacia el fondo de la montaña, la boca de una inmensa cueva. Estaba cerca de la base de la cima, cumbre principal y la parte más elevada de los Andes en Chile, excepto la cumbre del Descabezado²³². La abertura parecía estar situada a unos mil pies sobre el nacimiento de un arroyo, afluente del río La Laja, al que se unía cerca del fuerte en un salto de al menos doscientos pies, sobre un precipicio perpendicular. La espuma blanca brotaba continuamente cayendo como una lluvia de nieve sobre el oscuro follaje de un bosque de cedros que dominaba las orillas del río.

El 13 de noviembre estábamos preparados para una ascensión al volcán, pero como empezó a llover y las nubes espesas giraban alrededor de la cumbre, nos vimos obligados a posponer nuestra expedición. Sin embargo, para no perder el tiempo, partimos hacia la base de la cumbre principal, con la intención, si era posible, de entrar en la caverna que habíamos divisado el día anterior.

Nuestra ruta discurría hacia el este, a lo largo del borde de un impetuoso torrente que descendía en un ángulo de, al menos, veinticinco grados. Sustancias como las ya mencionadas, que habían estado manifiestamente sometidas a la acción de grandes temperaturas, estaban esparcidas en nuestro camino en singular desorden. Rocas, de una a mil toneladas de peso, yacían amontonadas, probablemente caídas después de ser expulsadas por la agonía convulsiva del trabajo de la montaña; en otros lugares, inmensas colinas de toba se alzaban ante nosotros. Todo lo que vimos indicaba que las erupciones eran antiguas. En algunos lugares, en medio de la desolación, habían surgido suelos de tamaño considerable, vegetación e incluso varias especies de árboles de gran altura, tales como robles, coigües y otros.

²³² El Descabezado Grande es un estratovolcán de cima achatada, con 3830 m de altura. Se encuentra ubicado en la comuna San Clemente, en la Región del Maule. Véase Sernageomin, *passim*.

Después de caminar más de una legua, llegamos a la base de la cumbre principal, se nos presentó un escenario en el que sin duda un conocedor de volcanes se habría deleitado. En la cabecera de un arroyo formado por numerosos riachuelos que corren mezclándose y espumeando por las laderas de la pendiente, hay un área de unas cien hectáreas, llana, cubierta de pasto, sin árboles, desprovista de arbustos y de grandes piedras. Aquí, evidentemente, alguna vez estuvo el embudo de un cráter. En tres de sus lados las paredes del abismo, compuestas de roca de hornblenda, aún permanecían en pie. En muchas partes se levantaban casi hasta una altura de cinco mil pies, y estaban calcinadas y agrietadas en distintas direcciones; pero las fisuras corrían paralelas a los lados. Estas aberturas, sin duda, habían sido salidas secundarias para el fuego y el vapor generados debajo. En los alrededores se encuentran esparcidos en pintorescas agrupaciones, grandes cantidades de rocas desprendidas de la montaña durante la erupción del volcán y el llenado del cráter principal. Por una de ellas ascendimos, subiendo de piedra en piedra, unos mil pies hasta la boca de la cueva. Descubrimos que estaba dividida en dos aberturas que, en otro tiempo, habían actuado como válvulas de seguridad para el poderoso motor que había debajo. Eran lisas y negras como la chimenea de un horno y descendían tan repentinamente hacia el noreste que, aunque nos habíamos provisto de antorchas y todo lo necesario para ese propósito, nos resultó imposible entrar en ellas. Ya era tarde y cuando la lluvia empezó a caer a torrentes, nos apresuramos a regresar al fuerte. ‘El viento era del norte, lo cual, como se ha mencionado antes, trae mal tiempo en Chile, donde el norte y el sur son casi los únicos vientos que se sabe soplan aquí.

Ha sido objeto de investigación si los volcanes son más activos durante las tormentas o si se ven afectados de alguna manera por estas. Como nuestra posición era al pie de uno de los más activos del mundo en aquella época, disfrutamos de una buena oportunidad para hacer observaciones sobre este tema y, en consecuencia, estuvimos vigilando casi toda la noche anterior para poder determinar su veracidad. El clima en ese momento era inestable. El viento era suave y observamos que las nubes eran más oscuras y pesadas sobre la cima de la montaña, que en otras cumbres aún de mayor altitud, formando un curioso contraste con el flujo de fuego que salía del cráter. Al caer la noche, el viento comenzó a

soplar poderosamente del norte y vimos una escena que nunca podrá borrarse de nuestra memoria. Un conflicto violento de los elementos, presenciado desde una posición elevada entre los Andes, es magnífica e incluso tremenda. Quizás, en este caso, hubo algo en la soledad de nuestra situación que contribuyó a la grandeza natural del espectáculo.

El viento barrió con excesiva violencia el valle de Antuco, desde el punto donde las eminencias se hunden por completo y la región se expande hasta convertirse en una vasta llanura. Abajo, la lluvia seguía cayendo copiosamente, mientras que en la montaña la tempestad se agrandaba formando nieve y granizo. Durante la mayor parte de la noche, los relámpagos brotaron en incansables destellos desde una nube que parecía reunir, concentrar y reposar en la cima del volcán. Los truenos eran feroces y ensordecedores, mientras reverberaban a lo largo de aquellas eternas columnatas de roca —la mampostería de Dios— cuyos capiteles en espiral probablemente estaban rodeados por el éter azul, muy por encima de las tormentas.

¡El cielo ha cambiado —y qué cambio! ¡Oh!, la noche, la tormenta y la oscuridad son potencias maravillosas, pero, encantadoras en su fuerza, como lo es la luz.

¡de un ojo oscuro en la mujer! Muy lejos,

de cumbre en cumbre, entre los ruidosos riscos,

¡salta el trueno vivo! no de una nube solitaria,

pues cada montaña ha encontrado ahora su propia lengua.

De vez en cuando se veían las llamas del volcán, aunque generalmente estaban ocultas por la deriva de la nieve. Mientras tanto, las cataratas de los torrentes que descendían, hinchadas por las lluvias y aumentando a cada momento cubrían de espuma la montaña, el rugir de sus aguas impetuosas servía de interludio para cada pausa del ruidoso juego de los elementos.

En la mañana del domingo 15, la tormenta en el valle había amainado. Los truenos y relámpagos cesaron, pero la nieve todavía caía y flotaba en las alturas más elevadas. El día era desfavorable para nuestro proyectado intento y, por otras consideraciones, nos sentimos dispuestos a descansar. Durante la noche el agua había corrido por debajo y por encima, y en el día no pudimos secar nuestra ropa. Como es de suponer, el creciente flujo de agua de La Laja, desembocando en un estrecho canal y los saltos de agua

cercanos al fuerte que duplicaban su volumen, mantenían el valle en una espuma continua.

El lunes 16 amaneció despejado, con viento sur. El humo y el fuego del volcán parecían surgir de una montaña de nieve, envuelta completamente por la fuerte caída reciente con un manto blanco y deslumbrante, de modo que lo único que podíamos esperar era una excursión alrededor de su base para examinar la escoria o lava, y visitar el lago que da origen al río La Laja.

En el mismo momento en que estábamos listos para partir, el centinela informó que había visto a cuatro hombres de los Pincheira, en el paso por donde pretendíamos viajar; eran evidentemente espías haciendo un reconocimiento para determinar la viabilidad de asaltar el fuerte. Se los vio sólo por un instante, según el relato del centinela, y teníamos algunas dudas sobre la realidad de su aparición. La pequeña fortaleza, sin embargo, fue puesta en condiciones de defensa y se prepararon las municiones. La sospecha no era, para nosotros, conocimiento real del peligro, y estaba claro que, si no podíamos comprobarla, el objetivo de nuestro viaje sería derrotado. Por lo tanto, le propusimos al oficial tomar un soldado y proceder a realizar un reconocimiento a caballo.

Llegados al punto señalado, como a una legua del fuerte, percibimos huellas de caballos y entre los matorrales, restos apagados de fogatas; pero ambas presentaban señales evidentes de no ser muy recientes. Parecía seguro, por tanto, que, si se habían visto personas durante la mañana en esta dirección, debían haber ido a pie y, de ser así, era improbable que arriesgaran un ataque solos y sin apoyo.

Pasamos el resto del día en la escoria, al pie del volcán. Aquí, todo lo que nos rodeaba era nuevo, curioso e interesante. Las primeras erupciones de esta cumbre debieron ser grandiosas y magníficas. El río pasa entre bancos de lava descompuesta y sobre un lecho de escoria, que, al llegar a la montaña opuesta, ha elevado el arroyo muy por encima de su cauce original. La lava inferior es más sólida y se puede comparar con una enorme vasija de metal. En algunos lugares, a orillas del río, forma un muro de sesenta pies de altura, y en unos pocos casos, donde parece haber sido enfriado por el agua, presenta una superficie lateral lisa y regular como la de un terraplén artificial.

El río La Laja se ha elevado en dos lugares por estas erupciones que, en cada caso, han formado una hermosa cascada, cuya espuma está casi constantemente cubierta por el arco iris.

En los desbordamientos posteriores del enorme caldero, la lava líquida parece haber atravesado no sólo la antigua formación, sino que literalmente abrió un pasaje a través de la masa sólida. En un momento dado parece llevar su curso por una corriente subterránea desde el cráter hasta las mismas orillas del río, una distancia de por lo menos dos leguas, desde donde parece haber emergido por primera vez, y está apilado como en repisas de estantería, delgadas, pero de una superficie de inmensa magnitud. La lava descendió en dos corrientes, una por el norte y otra por el noroeste de la montaña, y ambas desembocaron en el río. Uno de estos cursos fluye por las curvas tortuosas de un valle y el espacio entre ellos está ocupado por restos volcánicos, pero de un carácter tan antiguo y deteriorado que todos los rastros de capas que marcan las distintas erupciones se pierden en una masa confusa de materiales quemados, pertenecientes a algún volcán más antiguo, de cuyas ruinas el actual ha levantado su cresta ardiente. Mientras estaba ocupado en realizar estas observaciones y obtener especímenes para nuestras colecciones, en la base de la montaña esperaban nuestros caballos y un sirviente para protegernos contra algunas sorpresas. Por la tarde regresamos al fuerte.

El 17 de noviembre, partimos nuevamente con el propósito de visitar el lago al norte del volcán, siendo el clima aún inclemente para nuestro ascenso. Seguimos por el antiguo camino hasta llegar al punto más lejano alcanzado el día anterior. Más allá los lechos de lava eran, en cierta medida, aún más enormes que cualquiera que hayamos visto antes y sentimos la dificultad de imaginar, la imposibilidad de describir adecuadamente los tremendos movimientos que debieron sacudir y desgarrar las sólidas paredes de ese gigantesco caldero cuando los materiales fundidos saltaron en cataratas ardientes desde su cumbre.

El río y la cadena montañosa del norte siguen una dirección más hacia el este, el espacio entre la montaña y el río disminuye, el canal de lava se hace más estrecho y, en proporción, más masivo. En un lugar, el río descendió durante casi media milla, sobre un plano inclinado de escoria, en un ángulo de más de treinta grados. La corriente, aquí, es más impetuosa, lanzando mientras

corre una nube perpetua de rocío Al llegar al lado norte del lago, en la cabecera del paso, nuestro guía se negó rotundamente a seguir acompañándonos. Dijo que ya habíamos pasado el peor tramo del camino, y que dentro de poco veríamos las pampas de Buenos Aires, que el camino era llano y arenoso, y que sólo había una elevación que también era suave. Si nos topábamos con una avanzada, la retirada sería imposible pues ya estábamos a más de cuatro leguas del fuerte.

Habiendo conseguido caballos frescos en las cercanías de Antuco, animales criados en las montañas y que el día anterior habían dado pruebas de su excelencia en lugares difíciles, podíamos seguir adelante, aunque fuera solos.

Si antes estábamos profundamente interesados en examinar las capas de lava, en sacar conclusiones de su posición sobre el orden temporal en que se habían formado y en contemplar el enorme poder para su producción y expulsión; ahora la imaginación misma parecía incapaz de concebir la magnitud de los hechos que habían ocasionado los estragos que contemplábamos. Suponer que un lado de una montaña compuesto de roca sólida sea repentinamente arrancado por una explosión difícilmente explicaría la masa de materiales heterogéneos que se encuentra a su alrededor. La cantidad de lava no era tan grande como en los dos canales ya mencionados; pero rocas de gran tamaño, despedazadas y que, aparentemente, habían sido arrancadas de su base como los guijarros de una honda, estaban esparcidas densamente a nuestro alrededor, algunas derretidas y otras en parte calcinadas. Notamos que un peñasco de más de cien pies de largo y veinte de diámetro, debido a la profundidad que marcó el lugar donde cayó, debió haber sido arrojado muy alto en el aire desde su posición original. En las proximidades del lago las rocas también parecen haber sido afectadas por el fuego: en algunas partes, habían explotado en fragmentos y en otras, las cumbres estaban parcialmente calcinadas. Presentaban una estructura de columnas basálticas tan bella como pueda imaginarse; siendo todos perpendiculares, de cinco lados y generalmente de unos dos pies de diámetro. En el agua, que era singularmente transparente, los extremos parecían tan regulares y bien unidos como si hubieran sido tallados y colocados por la mano del artista. Indiscutiblemente están en su posición primitiva, El lago, que es hermoso, se extiende de noroeste a sureste,

rodeando la base del volcán, mientras que un brazo de sus aguas se extiende hacia el norte a una considerable distancia.

Para nosotros no parecía que esta lámina de agua se hubiera acumulado como consecuencia de la lava que corría contra la montaña del otro lado y obstruía el cauce del río; o, como puede denominarse más apropiadamente aquí, por el enorme torrente de los cerros. El brazo o la ensenada que sube hacia el norte, y otro similar que se bifurca en dirección sureste, probablemente hayan sido lechos de arroyos tributarios. Según la tradición, el lago no tiene fondo. No teníamos los medios para sondearlo y sólo podíamos estimar su profundidad por comparación. Desde la superficie del lago hasta donde el río deja de correr sobre lava, encontramos que la distancia era de una legua y media. Además de las varias cascadas perpendiculares y los descensos angulares ya señalados, la corriente general es muy rápida en su curso descendente. Tomando la inclinación media de la corriente, desde la superficie del lago hasta el lugar donde terminó la lava, y luego el lado del ángulo, considerando la profundidad del lago, llegamos a la conclusión de que no podía tener menos de cien brazas o seiscientos pies en la parte más profunda. Esto puede parecer increíble, pero arriesgamos la opinión, dejando para futuros y mejores jueces corregirla o confirmarla. Si bien, hablamos de que la lava tiene seiscientos pies de espesor, es apropiado señalar que el volcán en la parte mencionada es extremadamente empinado y que la materia ardiente arrojada desde su cima ha sido forzada a descender por un canal estrecho, donde se forma el lago.

Por la tarde volvimos sobre nuestros pasos por más de dos leguas hasta el punto donde nos propusimos iniciar la ascensión al volcán. El día volvió a ser poco propicio y el cielo estaba oscuro por pesadas masas de nubes tumultuosas; pero habiendo terminado nuestras excursiones por su base, resolvimos, si era posible, examinar las maravillas de la montaña misma. No vimos ninguna indicación de un sendero y continuamos ascendiendo con dificultad de una altura a otra, sin ninguna ruta establecida, como la inclinación u opinión sugería. Era nuestro propósito recorrer una legua a caballo, luego sabíamos que nos veríamos obligados a ascender a pie y sin guía, ya que ningún nativo se había aventurado más allá del punto aludido. A las seis de la tarde, habiendo pasado por lugares donde un solo paso en falso de nuestros caba-

llos nos habría precipitado cientos de pies más abajo, llegamos al lugar donde pretendíamos pasar la noche y desde donde íbamos a comenzar nuestro esfuerzo sin ayuda al día siguiente. Habíamos llegado demasiado lejos para retirarnos, aunque el aspecto cada vez más bajo del cielo prometía poco para la mañana siguiente y menos aún para el bienestar de la noche. Después de asegurar con lazos los caballos cerca de nosotros y hacer un tosco lecho con nuestras sillas de montar, nos retiramos a descansar a una hora temprana, bajo la protección que nos brindaba una gran roca. Si una nube era visible en los alrededores, invariablemente se la veía flotando sobre la cima del volcán. La inmensa cantidad de vapor que asciende constantemente y enrarece la atmósfera, parece ser la causa de la atracción. La lluvia pronto comenzó a caer abundante y rápidamente. A medianoche hubo una tormenta de nieve y granizo que duró hasta la mañana. El cráter, como si reconociera una secreta simpatía por los elementos, estaba más activo que durante el día, lanzando, a breves intervalos, ráfagas de humo y fuego, con explosiones como de artillería pesada.

Por la mañana, cada rincón de nuestro campamento estaba cubierto de nieve y las perspectivas eran muy limitadas. De hecho, con gran dificultad y no poca aprensión logramos descender; el viento era tan fuerte que sólo con gran esfuerzo pudimos mantenernos sentados en la silla, pasamos la mayor parte del día en la fortaleza, pero no tuvimos indicios de buen tiempo y la nieve tardía fue un eficaz impedimento para la continuación, por el momento, de nuestro aventurero viaje, pero, sobre todo, estábamos totalmente desprovistos de provisiones, por lo que regresamos esa misma tarde a Antuco. Encontramos el pueblo en un estado de relativa calma; dos o tres familias se aventuraban ahora a permanecer en sus propias casas durante la noche y en una de ellas nos hospedamos.

Antes de nuestra partida desde Los Ángeles, habíamos enviado un sirviente a Concepción por negocios. Cuando llegamos a Antuco supimos que la noche anterior había arribado. Era portador de dos cartas del gobernador de Valparaíso enviadas por el cónsul británico, una escrita a título oficial y la otra como comunicación privada y amistosa, recomendándonos la protección del general Prieto en nuestra excursión al sur, bajo cualquier circunstancia en las que podríamos estar expuestos. En estas cartas se anuncia-

ba que fueron entregadas a petición del señor Hogan, el cónsul general estadounidense. El cónsul inglés nos envió también un archivo de documentos británicos que, aunque tenían un año de antigüedad, eran los últimos que había recibido. Contenían novedades para nosotros y sirvieron para amenizar los días que nos vimos obligados a permanecer inactivos en Antuco.

El día 19, llovió durante todo el día en el pueblo y nevó con intensidad en las cordilleras. El día 20 fue aún peor y durante la noche la nieve cayó de tal manera que no sólo cubrió las altas cumbres sino también las colinas bajas. El domingo 21, nos trajo una mañana despejada. El viento soplaba del sur y nuestra esperanza de escalar la montaña revivió una vez más, aunque sabíamos que el esfuerzo sería mucho mayor por la acumulación de nueva nieve caída. Durante los dos últimos días habíamos asistido a la celebración de una ceremonia fúnebre y tal como es realizada, es un espectáculo que siempre parece singular y hasta desagradable para un extranjero.

Es costumbre en Chile, cuando muere un niño menor de siete años en lugar del dolor que habitual y naturalmente se siente en tales momentos, se hace del duelo una ocasión de alegría; en una palabra, se realiza una fiesta y un baile. Un niño de pocos meses había muerto en uno de los refugios de montaña y, por alguna razón, la casa que ocupábamos había sido elegida para la realización de estos ritos que nos parecían antinaturales. Se hacían muchos preparativos a medida que avanzaba el día: uno traía pan, otros unas cuantas gallinas y cada invitado aportaba algo a lo largo del círculo de amigos. Por la tarde, trajeron el pequeño cuerpo vestido más como una persona viva para un baile de mayo que como ocupante de una tumba. Estaba sentado erguido en una silla, que estaba colocada sobre una mesa en un extremo de la habitación. Las manos estaban cruzadas, atadas con una cinta, y entre ellas sostenía un pequeño ramo de flores. Sobre la cabeza colgaba un trozo de muselina que se extendía desde la silla hasta el techo y hacia adelante caía en pliegues como una cortina. Alrededor de la frente tenía una corona de flores, y un arco de las mismas rodeaba el frente de la mesa. También se distribuyeron alrededor del cuerpo otros adornos sencillos. Por la noche, se habían reunido no menos de sesenta personas de todas las edades, durante una noche y todo el día siguiente se olvidaron de toda pena, en un

baile alegre y favorito, con acompañamiento del canto y la guitarra. Concluido el banquete y el baile dieron por terminados los últimos oficios para el difunto, pues ni un familiar acompañó al niño difunto hasta el lugar de su sepultura, ni tampoco se observó, lo que se consideraría en otros países, la más mínima muestra de decoro o solemnidad²³³.

El martes 22 de noviembre, como el clima estaba bueno y nuestro tiempo limitado impedía un retraso mayor, emprendimos el segundo intento de escalar la montaña y, después de comer en el fuerte, llegamos a las cuatro de la tarde al lugar donde habíamos dormido unas noches antes. En esta ocasión no trajimos guía, ya que lo encontramos inútil, sólo un asistente para hacerse cargo de los caballos. Como la tarde era favorable, pudimos cabalgar una milla más allá del punto donde habíamos desmontado en nuestra excursión anterior. Dejando nuestros corceles al cuidado del criado, partimos a pie para determinar, si era posible, qué ruta sería más prudente seguir por la mañana. La nieve en algunos lugares era muy espesa, y como el día había sido muy cálido, nos hundíamos a una profundidad considerable al caminar sobre ella.

Por la noche dormimos junto a nuestros caballos, en el lado w. s. w. de la montaña. Hubo una constante descarga de fuego y humo de la boca del cráter, acompañada toda la noche de ocasionales movimientos de la tierra.

A las cuatro de la mañana siguiente comenzamos nuestro difícil y fatigoso viaje, ahora trepando sobre ásperos montones de lava y hundiéndonos en la nieve profunda que se había acumulado entre ellos. Nuestro termómetro marcaba 53° [11,6°C] al principio. Pronto cayó a 49° [9,5°C]; la nieve se volvió más compacta a los 44° [6,7°C]; a los 39° [4°C] toda la superficie de la lava estaba cubierta de nieve y era lo suficientemente dura como para soportar nuestro peso; mientras que a los 30° [-1°C], el punto más bajo registrado en nuestro ascenso se volvió resbaladiza. A medida que el sol salía, sin vapor que atenuara su brillo, nuestra vista de las pampas de Buenos Aires hacia el este se hizo más amplia e interesante, hasta que el horizonte cerró la vista, como si descansara en la distancia sobre el lecho de un mar sin olas. La cadena montañosa al nor-

²³³ Es una descripción muy temprana de lo que hoy se conoce como «velorio de angelito». Véase Maximiliano Salinas, *Canto a lo divino y religión del oprimido en Chile*, Santiago, Rehue, 1991.

te y al sur, con excepción de unos pocos puntos más elevados, apareció debajo de nosotros. El lago también estaba a la vista, al este del volcán, que parecía rodear su base con un cinturón azul, mientras toda la extensión de la región hacia Concepción estaba debajo de nosotros, rodeada por su cresta marítima, que parecía una oscura y estrecha línea bordeando el horizonte occidental. El valle de Antuco, reducido a un barranco insignificante, estaba inmediatamente a nuestros pies; mientras que el río no parecía mayor que un riachuelo de pradera desde la altura de la que ahora lo contemplábamos. Las dificultades del ascenso se multiplicaban a cada paso y con frecuencia nos vimos obligados a aferrarnos con las manos a las rocas salientes, y así subir de un punto a otro. Los últimos tres mil pies de ascenso formaron un ángulo, que iba de los cuarenta a sesenta grados con el horizonte. El volcán continuó muy activo, *»liberando vapor» a intervalos de unos cinco minutos, y descargando grandes cantidades de piedras y cenizas que, a veces, rodaban por la pendiente con gran velocidad. Con pasos cautelosos finalmente llegamos tan cerca de la cima que estábamos en medio de los vapores sofocantes emitidos por las fisuras de la roca, y entre los fragmentos sueltos e inestables que formaban el ápice y la boca del cráter principal. En cada erupción del volcán, terminábamos envueltos en humo, y a medida que avanzábamos aún más arriba, el calor se hacía insoportable. Durante los últimos mil quinientos pies la superficie estuvo desprovista de nieve, y las piedras, demasiado calientes para tocarlas con la mano, crujían bajo las suelas de nuestros zapatos cuando las pisábamos. Creo que podríamos haber preparado nuestro desayuno en los riscos cercanos a las fisuras por donde el calor se escapaba. Cuando sosteníamos el bastón con la mano, el otro extremo estaba carbonizado. Las frecuentes y crecientes descargas de llamas, humo y rocas encendidas desde el abismo ardiente, junto con los roncros murmullos que parecían surgir de las entrañas de la tierra, nos impidieron permanecer más tiempo en nuestra posición actual. La altura que habíamos alcanzado hacía difícil la respiración debido a la rareza de la atmósfera que aumentaba mucho más con el calor y el humo, de modo que nuestras mejillas palidieron y nuestros labios se volvieron azules, acompañados de mareos, desmayos y náuseas.

Habiendo hecho las observaciones que consideramos más interesantes e importantes, levantamos en el punto más alto alcanzado, muy cerca del borde del cráter, un palo traído para este propósito, y pusimos los colores americanos, en el lugar donde salía el humo, entre las rocas y la cumbre principal. En este lugar el termómetro, que una vez había caído hasta 30° [-1°C] en nuestro ascenso subió a 115° [46°C] cuando lo sosteníamos en la mano; mientras que las piedras que salían por la abertura principal volaban por encima de nuestras cabezas, y algunas de ellas, que fueron recogidas durante nuestro descenso, estaban todavía demasiado calientes para poder tocarlas. Una de ellas la trajimos como recuerdo. No pudimos determinar la anchura exacta del cráter, ya que de su boca expulsaba constantemente densas columnas de vapor bituminoso. Estimamos la altura del volcán en unos diez mil pies sobre el nivel del río; y la distancia que habíamos subido era, por lo menos, de tres leguas.

El sol brillaba con un esplendor sin sombras y como el día estaba relativamente tranquilo, la nieve se derretía rápido; después de haber descendido una milla, se volvió demasiado blanda para soportarnos y nos hundimos hasta las rodillas y a menudo más profundamente a cada paso. Debido a lo pronunciado del declive, a veces nos caíamos y por un momento quedábamos sumergidos en la nieve. Como nuestra ruta de descenso era algo más occidental, que la que usamos para subir, tuvimos la oportunidad de examinar un nuevo cráter que había erupcionado y emitido grandes cantidades de lava desde la ladera de la montaña, probablemente durante la última gran erupción, en el año 1820. Este cráter descargó su corriente de lava en el tortuoso canal ya descrito que comunica con el río. Como ahora estaba apagada y fría, entramos y examinamos el abismo por todos lados. Parecía haber atravesado una roca casi sólida e inclinada hacia la boca del gran túnel. La compuerta a través de la cual se había vertido la lava fundida parecía tan fresca, suave y regular como si hubiera sido formada por el cincel de un albañil. La parte de fluido abrasador expulsada por este cráter debe haber sido comparativamente pequeña ya que fluyó sólo en una milla sobre la capa anterior.

Luego de alcanzar nuestros caballos, resolvimos, aunque muy fatigados, llegar esa misma noche a Antuco, pues nuestras provisiones y el forraje de nuestros corceles se habían agotado. Era

muy tarde cuando llegamos. El pequeño pueblo estaba envuelto en la lúgubre quietud del abandono, y apenas había un individuo en las casas; de modo que, fue imposible obtener algún refrigerio hasta la mañana, aunque estábamos cansados y hambrientos. Al día siguiente supimos que las frecuentes explosiones que habíamos escuchado mientras ascendíamos al volcán, que se parecían mucho al sonido de la artillería, habían sido confundidas por los asustados aldeanos con el estrépito de una batalla. Imaginaron que Pincheira y su banda habían atacado y saqueado la pequeña fortaleza, ante el temor se dirigieron a las montañas para ocultarse. El relato que les llevamos restableció la confianza, y durante el día muchos de los habitantes regresaron a sus hogares y ocupaciones.

Durante tres días, luego de nuestra llegada a Antuco estuvimos confinados en nuestros refugios. La deslumbrante blancura de la nieve, que los rayos del sol reflejaban aún más intensa, nos había dejado parcialmente ciegos. Nuestros ojos, muy hinchados, se volvieron insoportablemente dolorosos. Nuestros labios se llenaron de ampollas y la piel de nuestras caras se despegó por efecto de las quemaduras. Después de recuperarnos de este ataque, regresamos a Los Ángeles, donde el general Prieto estaba a punto de celebrar una conferencia con algunos jefes araucanos, de quienes esperábamos permiso para cruzar el Bío-Bío y visitar su país.

Quizás ninguna región del mundo contenga mayor cantidad de sustancias nitrosas, sulfurosas y bituminosas que América del Sur; y el número de volcanes activos y parcialmente extinguidos en esta porción de las cordilleras no se supera en ninguna parte del hemisferio sur. Molina²³⁴ dice que, son catorce en constante estado de erupción; pero, esta estimación es exagerada; no habiendo, creemos, más de siete activos dentro de la cadena montañosa que limita a Chile al oriente. Los volcanes extintos son,

²³⁴ Juan Ignacio Molina (1740-1829), jesuita e insigne naturalista chileno. Molina en su *Compendio* señala que «en el distrito que ocupa esta montaña en el Reyno de Chile, se cuentan catorce montes ignívomos harto notables, que centellean continuamente, además de un crecido número de otros, ya menores o ya apagados, que arden de tiempo en tiempo: más como todos estos volcanes yacen en el centro de aquellos montes no se extienden sus lavas ni sus cenizas fuera de su recinto, dentro del cual se quedan, y en cuyas inmediaciones se hallan grandes porciones de azufre, de sal amoniaco, de piritas enteras y descompuestas, de piedras calcinadas y cristalizadas, y de otras materias metálicas ya fundidas». Véase Juan Ignacio Molina, *Compendio de la Historia Geográfica, Natural y Civil del Reyno de Chile*, Madrid, Antonio de Sancho, 1788, pp. 29-30.

sin embargo, innumerables y hay muchos que están activos sólo a intervalos distantes. Por causas naturales, los elementos ardientes siempre abundan en esta región. Los materiales que lo alimentan son, aparentemente, inagotables. Aquí se encuentra azufre y sal amoniacal en grandes cantidades, lo que proporciona un depósito de combustible que tardaría siglos en consumirse.

La mayor erupción de la que se tiene constancia ocurrió en 1760²³⁵. El volcán Peteroa formó un nuevo cráter y fue tan inmensa la descarga de lava y cenizas que los valles a lo largo de leguas a la redonda se llenaron y toda la región circundante quedó sepultada, por así decirlo, bajo las masas hirvientes y ardientes; las aguas del río Zingeraca [Tinguiririca] subieron muy por encima de su nivel, y el canal del Lontere [Lontué] fue represado por los fragmentos de una montaña que fue arrancada por una tremenda explosión. Sólo en los Andes se encuentran los volcanes dignos de ser llamados así, aunque hay uno pequeño fuera de estas montañas; Molina dice que, son dos y llama a uno de ellos volcán de Villacauca [Villarrica]; pero como demostraré más adelante, esto es un error. Este último puede verse desde una gran distancia, tal vez unas ciento cincuenta millas, y tiene mucho más de catorce millas de circunferencia. Se eleva desde el lado principal de los Andes a gran altura, y el lago en su base es la fuente de varios ríos.

²³⁵ Este párrafo está basado en el *Compendio* de Juan Ignacio Molina «La erupción más famosa de que tenemos noticia, fue la del volcán del monte de Peteroa, que el día tres de diciembre del año 1762 se abrió una nueva boca o cráter, hendiendo en dos partes un monte contiguo por espacio de muchas millas. El estrepito fue tan horrible, que se sintió en una gran parte del Reyno, pero no causó vibración alguna sensible. Las cenizas y las lavas rellenaron todos los valles inmediatos, y aumentaron por dos días las aguas del río Tinguiririca; y precipitándose un pedazo de monte sobre el gran río Lontué, suspendió su corriente por espacio de diez días, y estancadas las aguas, después de haber formado una dilatada laguna que existe en el día, se abrieron por último con violencia un nuevo camino, é inundaron todos aquellos campos. En la parte de Chile, que cae fuera de los Andes, no hay más que dos solos volcanes, el primero de los cuales, situado en una colina poco distante del nacimiento del río *Rapel*, es pequeño, y no arroja más que un poco de humo; pero el segundo es el gran volcán de *Villarrica*, llamado así por estar cerca de la laguna del mismo nombre, en el dominio de los Araucanos», Molina, *op. cit.*, pp. 30-31.

A LEAF

FROM AN UNPUBLISHED MANUSCRIPT.

BY J. N. REYNOLDS.

Visit to the Volcano of Antuco, in 37° South latitude. Inexhaustible magazine of combustibles, contained in the Andes; Tremendous effects of volcanic action in that region; Return to Los Angeles.

On November 12th, having succeeded in procuring a guide, as well as fresh horses from the neighborhood of Antuco—one of the border villages of the province of Concepcion, Chili—and provisions for five days, we started for the volcano, which is situated among the Cordilleras, and from whence we were only twenty-five miles distant. The road, stony and irregular, wound for most of the way along the banks of the La Laja, sweeping chiefly through a narrow valley, which afforded few attractive spots for cultivation. The precipices on either side are high and frowning, and the traveller, at each step of his progress, beholds some new and picturesque feature of the volcano opening on his view. Within nine miles of Antuco, we passed an old castle, built in 1810, as an outpost for defence against the mountain Indians, but now in a state of utter dilapidation.

No pen can do justice to the scenery upon which we were now entering. Westward, the valley gradually sank into and was lost in the plain at the base of the mountain; while to the East, the eye grew weary of scaling the stupendous eminences towering one above another, until their summits were "swathed in the steeping clouds."

At five o'clock, P. M., we were within a league and a half of the base of the volcano. Here we found quarters for the night, in a little fortress, commanding an important pass on the road of Pinchera, the mountain robber, and occupied by thirty-six men. Such were the advantages combined in this post, that even with this handful of soldiers, we might, in case of attack, have set the mountaineers at defiance, however superior in point of numbers. The latter part of the evening was not very pleasant, and the higher parts of the mountain being obscured, our prospect was more circumscribed, though still interesting. In ascending the stream, we had observed for the space of several leagues, both on elevated positions and in the water, immense quantities of rounded stones of volcanic origin, which we knew could not have been projected from the active volcano of Antuco. We had therefore looked carefully, as we advanced, for the evidence of some extinguished crater. On reaching the fort just mentioned, we had discovered that the spot on which it was built, and the land for some distance around, constituted the site of a once glowing abyss, which had long ceased to burn.

The river La Laja, which bursts down from its source with astonishing rapidity, and rushes through a channel of decomposed lava, across the base of the present volcano, seems to divide the old volcanic ruins into two nearly equal parts. On either side of the river, the walls of the ancient chasm yet remain—they are of immense height, and still form auxiliary portions of the main elevation.

The hollows between these gigantic fragments, are covered to a considerable depth with cinders, ashes, and calcined rocks, the surface of which, is slowly crumbling into soil, and becoming capable of vegetation. From east to west the base of the volcano must have been at least fourteen miles in extent. The massive materials grouped within this interval, constitute what may be termed secondary mountains—smooth externally, and clothed with a coarse grass. The sides of the crater, have doubtless, at some remote period, fallen in and smothered the subterranean fire; while the river first making its way over, has afterward worn a deep channel through the wreck. We examined carefully the dismembered ruins, ascended all their elevations, penetrated their lowest depths, and found that from the bed of the stream to the loftiest pinnacle, all are composed of the various products of volcanic action tumbled together in the greatest imaginable confusion. While standing on a commanding point of the scorched and vitrified pile, we noticed, still farther in the recesses of the mountain, the mouth of an immense cave. Its position was near the base of the principal ridge and most elevated part of the Andes in Chili—save only the Peak of Descobozado. The opening seemed to be situated about one thousand feet above the source of a mountain stream, tributary to the La Laja, which it joined near the fort in a leap of at least two hundred feet over a perpendicular precipice. From the bottom of this steep, the white foam continually sprang, falling like a shower of snow on the dark foliage of a grove of cedars which overhung the banks of the river.

On the thirteenth of November, we had prepared for an ascent of the volcano; but, as it commenced raining, and thick clouds were veering about the summit, we were compelled to defer our expedition. Unwilling to lose the time, however, we set off for the base of the main ridge; determined, if possible, to reach and enter the cavern we had descended on the preceding day.

Our route lay eastward, along the margin of an impetuous torrent, which dashed downward at an angle of at least twenty-five degrees. Substances which had, like those already adverted to, manifestly been subjected to the action of fervent heat, strewed our path in the same singular disorder. Rocks, from one to a thousand tons in weight, lay piled in heaps, probably as they had alit after being ejected by the convulsive throes of the laboring mountain. In other places, immense hills of *Tuffe* rose before us. All that we saw indicated the eruptions to have been of ancient date. In some spots considerable soil, vegetation, and even several species of trees of large growth, such as the rulo, coyque men, &c., had sprang up from the midst of desolation.

After toiling on for more than a league, we reached the base of the main ridge, when a scene was presented, on which a connoisseur in volcanoes would certainly have luxuriated. At the head of a stream, formed by the numerous little rivulets, which dash, mingling and foaming, down the sides of the acclivity, is an area of perhaps one hundred acres, perfectly level, without timber, destitute of shrubs or large stones, and covered with grass. Here, evidently, had once been the funnel of a crater. On three sides, the walls of the abyss were still standing, composed of hornblende rock. In many parts, they towered almost perpendicularly, to

Imagen n.º 7. Primera página del artículo "A leaf from an unpublished manuscript", escrito por Jeremiah N. Reynolds, publicado en *Southern Literary Messenger*, vol. 5, n.º 6, 1839, pp. 408-413.

ÁSPEROS APUNTES SOBRE ÁSPERAS AVENTURAS

POR J. N. REYNOLDS

Reiniciamos el ascenso al volcán. El pino araucano. Abandonado por nuestro compañero. Fisuras en la montaña y emisiones de vapor sulfuroso. Región de nieves perpetuas y modo de avanzar sobre la superficie resbaladiza. Aspecto del cráter. Magnífica perspectiva desde la cima de la montaña. Descenso y llegada a la residencia del Cacique. Un banquete araucano. Salir de un dilema. Enfermedad de Curillanca y su beneficio para nosotros. Jugando al médico. Dificultades inesperadas. Visita a las ruinas de Villa Rica. Cura de Curillanca y establecimiento de nuestra reputación como gran medicina. Viaje hacia el sur a lo largo de la base de los Andes. Hermosos lagos. Visita a Legen Pangí, o el León Blanco. Cruzando Valdivia a caballo. Visita a. comisario. Llegada a Valdivia. Situación de esa ciudad. Producciones y comercio de la provincia. Gira hacia el norte. Avance por el Toltén. Viaje por las orillas del Imperial. Respeto mostrado por los indios. Restos de la ciudad de Imperial.

Estábamos demasiado emocionados para dormir profundamente durante la noche y nos levantamos al amanecer, impacientes por continuar. Despertamos a Grandón²³⁶ y le pedimos, en compañía de un indio amigo, que regresara con los caballos a un lugar que habíamos pasado el día anterior, donde podrían encontrar

²³⁶ De acuerdo al texto Reynolds fue acompañado por uno de los hijos de Julián Grandón, capitán de amigos entre los pehuenches y luego comisario de naciones. Firma el Parlamento de Tapihue de 1825 junto a Pedro Barnachea. Véase Fernando Ulloa, *Los 'españoles araucanos': mediación y conflicto durante la Guerra a Muerte, Chile 1817-1825*, Santiago, Universidad de Chile, 2009. Hacia 1830 residía en las afueras de Valdivia.

agua y pastos; y permanecer allí hasta que nos reuniéramos con él. Tan pronto como hubo suficiente luz para avanzar sobre la áspera lava, reiniciamos el ascenso, acompañados únicamente por el comisario. Partió muy animado, expresando su determinación de acompañarnos hasta la cima del volcán, en caso de que lográramos alcanzar esa elevación. La subida fue muy gradual durante la primera legua, tomando una dirección oblicua por la ladera de la montaña, inclinada hacia el Sur. Los montones de lava esparcidos por allí eran de gran tamaño, pero aparentemente no de una formación tan reciente como los del volcán Antuco.

Entramos en la región más alta de vegetación, cubierta exclusivamente por pinares de araucaria, que se extienden hasta el límite inferior de las nieves perpetuas y crecen sobre un suelo formado por lava descompuesta. Nunca antes habíamos visto ejemplares tan bellos de este singular árbol. Los troncos se elevan verticalmente, en muchos casos hasta una altura de 80 o 100 pies, casi sin disminuir su espesor (el más grande tenía aproximadamente unos dos pies de diámetro en la base) y luego mostraban un gran número de ramas horizontales, cuyas extensiones, siguiendo la misma dirección, formaban una especie de techo natural, que tenía un aspecto muy pintoresco. El fruto del pino araucano es muy apreciado por los nativos y constituye, a menudo, un importante artículo para la subsistencia. Son nueces contenidas por una gran cubierta externa en forma de cono, que lleva, a veces, varios cientos de ellas; son algo más pequeñas que las castañas.

Desde la región de los pinos ascendemos en un ángulo con nuestro camino anterior, que nos lleva más al norte y al oeste. Luego de alcanzar una altura adicional de 1000 pies, observamos una inmensa fisura en el lado rocoso del volcán, como si una parte hubiera sido arrancada por una violenta explosión. De este abismo salía un denso volumen de vapor, tan fuertemente impregnado de azufre, que no podíamos inhalarlo, ni por un momento, sin sentirnos asfixiados. La rápida subida del termómetro de la noche anterior ya estaba justificada. El cambio en la dirección del viento lo había puesto en contacto con esta y otras emisiones similares de vapor caliente antes de que llegara a nosotros, y de ahí el repentino aumento de temperatura que había alarmado al intérprete y excitado los temores supersticiosos de nuestro guía nativo. A mayor altitud, en el mismo lado de la montaña, observamos otras

fisuras de las que parecían escapar constantes corrientes de vapor. Estas aberturas, sin duda actúan como válvulas de seguridad para el volcán.

A pesar del progreso que habíamos hecho, la cumbre de la montaña estaba aún a gran distancia y nuestro compañero descorazonado, ante la perspectiva, y muy fatigado declinó perseverar en el intento de alcanzarla; considerando inútil persuadirlo, proseguimos nuestro camino, mientras él volvía sobre sus pasos hasta el borde del pinar, para esperar allí nuestro regreso. Después de superar varios puntos escarpados, llegamos finalmente a la masa principal de nieve, que era lo suficientemente sólida para soportar nuestro peso y al mismo tiempo no tan lisa como para hacer inseguro nuestro punto de apoyo. Media milla más arriba se extendía una gran capa de una blancura deslumbrante que parecía contemporánea de la montaña que cubría. El frío aumentó y la superficie se volvió, mientras avanzábamos, aún más dura, resbaladiza y de difícil ascenso. Descubrimos que la forma más fácil de progresar era correr lo más rápido posible durante unos cien metros y luego descansar unos minutos, ayudados y sostenidos por un fuerte bastón (indispensable para tales excursiones) que nos proporcionaron. Pero, teníamos ante nosotros nuevos impedimentos y más graves de los encontrados hasta ahora. Eran inmensas grietas o barrancos en la nieve, algunos de ellos de unos cien pies de profundidad y que variaban de diez a treinta pies de ancho. La frecuencia de estas fisuras nos obligaba continuamente a dar largos rodeos para sortearlas, lo que hizo nuestro avance, durante una hora, tediosamente lento.

Inmediatamente por encima de esta zona de abismos, la nieve presentaba una superficie firme y uniforme, pero para llegar a ella nos vimos obligados a recorrer más de trescientos pies a lo largo de la cima de una estrecha cresta de conexión, de no más de seis pies de ancho en algunos lugares, y flanqueada a ambos lados por profundos barrancos, que un solo paso en falso nos habría precipitado al precipicio. Habiendo superado este obstáculo sin accidentes avanzamos durante las siguientes dos horas sin ningún impedimento, excepto la pendiente pronunciada y la presencia ocasional de nieve blanda. Eran las 11 a. m. en punto; el sol brillaba en un cielo despejado pero el termómetro marcaba sólo 38° [3,3°C] y el viento era frío y penetrante. Nuestro camino ahora se

inclinaba hacia el lado sureste de la montaña, donde se conectaba con la cadena principal de los Andes. En este lugar el ascenso era menos abrupto y no se observaban fisuras en la nieve; la intensidad del frío contrarrestaba completamente la influencia del sol y de la lluvia que estos fenómenos producían en posiciones menos elevadas. Mientras seguíamos subiendo, el termómetro bajó a 28° [-2,2°C] y un fuerte viento del sur, que soplabá sobre las cumbres invernales de los interminables Andes, entregaba un efecto adicional a lo punzante del aire. Es probable que no hubiésemos podido resistir su influencia paralizante de no haber sido por el aumento de la circulación de la sangre ocasionado por nuestro incesante trabajo y la excitación mental que surge al examinar las evidencias, esparcidas por todas partes, de las terribles temblores o movimientos telúricos que alguna vez tuvieron lugar a nuestro alrededor y bajo nuestros pies.

Las explosiones, sin embargo, difícilmente fueron aquí tan violentas como las experimentadas por el volcán que habíamos visitado en la frontera montañosa de la provincia de Concepción. La última erupción había ocurrido en 1818, cuando sólo arrojó carbones y cenizas; pero en cantidades tan grandes que cubrieron toda la región y destruyeron casi por completo la vegetación. Una lluvia de cenizas cayó incluso en Valdivia. En la cima del volcán yacen inmensas masas de cenizas, todas ellas de origen tardío, en contraste con la lava, que, en su conjunto, es muy antigua. De hecho, en ninguna parte de la montaña, ni en la zona que rodea su base vimos algo que se pareciera a escoria reciente. Sin embargo, nada podemos decir de la cara norte del volcán, ya que no la examinamos pues la guerra que se libraba entonces, entre los indios que habitaban la llanura en la misma dirección y algunas de las tribus más septentrionales, impidió nuestra exploración de esa sección de la región.

A las once y media habíamos llegado a la elevación más extrema, que nos pareció semejante a la de Antuco. Estábamos muy agotados, aunque en general sufrimos menos de fatiga y de respiración entrecortada que en la ocasión anterior. El efecto entumecedor del viento penetrante, nos impidió hacer nuestras observaciones tan minuciosas como hubiéramos deseado; sin embargo, disponíamos de una buena vista de la boca del cráter que supusimos tenía, al menos, mil metros de diámetro, probablemente bastante

más. Del orificio salía humo a intervalos, impetuosos pero sin llenar toda la abertura. A veces, el viento hacía que retrocediera y la columna oscura se dividía en varias ramas, que se curvaban hacia arriba como si surgieran de varias aberturas, para luego reunirse en un solo volumen, como al comienzo. Las explosiones internas parecían muy ligeras, pero el aire en torno a la cumbre estaba cargado de efluvios de azufre.

¡Qué vista había desde la cumbre que habíamos conquistado! El viajero recibe seguramente una gran recompensa por su trabajo con los magníficos espectáculos que puede contemplar. Al sur, las altas y escarpadas cumbres de roca que se alzaban en desnuda grandeza muy por encima de las capas de nieve y hielo, así como las principales crestas de la montaña, mostraban un triste contraste con la cubierta blanca y brillante de la pendiente abajo, y con la zona de vegetación aún más abajo. Cuando M. Charles, el Ícaro de su época²³⁷, ascendió desde la orilla del Sena y vio cómo la ciudad de París se desvanecía de su vista; cuando perdió los Alpes y los Pirineos, y todo lo que podía contemplar de Europa era sólo una mota en la inmensidad del espacio, pensaba que abandonaba la atmósfera de la Tierra por la de la Luna; no estaba, ni siquiera en su mayor elevación, al nivel de la plataforma del Alto Perú, ni mucho más que a la mitad de camino de la altura del pináculo desde el que ahora mirábamos hacia abajo. Nunca olvidaremos la silenciosa y terrible grandeza de esa escena. Al noroeste por el oeste estaba el lago de Villa Rica, su espejo, liso y brillante como un escudo de plata, y el río Toltén, que de allí nace, serpenteando como un hilo reluciente desde su orilla. Al sur, había otros dos lagos grandes y hermosos, que habíamos descubierto al ascender, bordeados al este por las eternas montañas y cercados al oeste por la primera cadena de formaciones secundarias arropadas de árboles en pleno follaje. Durante más de media hora disfrutamos de la sublime perspectiva y, luego, advertidos por el intenso frío recordando la distancia que debíamos recorrer de regreso, iniciamos nuestro descenso; habiendo plantado previamente nuestro

²³⁷ Jacques Charles (1746-1823), fue un físico, químico, matemático y aeronauta francés, conocido por inventar el globo aerostático de hidrógeno con el que rompió el récord de altura, elevándose a más de mil metros, superando lo realizado por los hermanos Montgolfier. Véase Daniel Ribeiro, "Jacques Charles, 1746-1823", *Revista da Ciência Elementar*, vol. 2, n.º 3, 2014, p. 237.

bastón con una bandera adosada, de elaboración tosca pero todavía llevando las franjas y las estrellas, en la cumbre del volcán de Villa Rica — 15 de enero de 1833.

Al bajar nos ceñimos lo más posible a la huella por la que habíamos ascendido. En el borde superior del pinar encontramos a nuestro intérprete esperando, como dijo, con mucha solicitud nuestra reaparición. Avanzando sin demora, a las seis y media de la tarde llegamos al lugar donde había enviado a Grandón con los caballos. Subimos a uno de ellos y avanzamos a buen paso y a las ocho de la tarde llegamos a la morada del Cacique, muy cansados, pero muy encantados con nuestra excursión. Elegimos para nuestro campamento nocturno un pequeño bosquecillo de manzanos, a poca distancia de su residencia.

Después de haberle dado un pequeño regalo antes de partir, encontramos al jefe preparándose para hacernos cortesías por el regreso. Había ordenado matar una res pequeña y aderezada una cuarta parte que fue servida «a la araucana», como a las ocho y media, una media hora después de nuestra llegada. El festín consistió simplemente en carne de res hervida y unos cuantos piñones asados servidos en grandes platos de madera. Nos sentamos sobre unas pieles extendidas en círculo sobre un área limpia y barrida frente a la puerta, con la comida colocada en el centro. Debemos mencionar que, además de las viandas sólidas, se le entregaba a cada individuo un plato de sopa y una cuidada cuchara de madera. El anfitrión araucano considera una muestra de respeto por parte de sus huéspedes comer todo lo que le ponen delante; es probable que omitir hacerlo resulte ofensivo. La tarea en esta ocasión fue algo desalentadora, aunque dudo que se hubiera podido encontrar fácilmente apetitos más aptos para realizarla. Había no menos de cien libras de provisiones que cargar y aunque Grandón se ofreció a llevar toda su parte de la carga, todavía era una difícil empresa. El comisario, sin embargo, prometió sacarnos del dilema ya que, según dijo, con frecuencia se había librado de situaciones embarazosas similares en ocasiones anteriores. El lugar que habíamos elegido como descanso para pasar la noche estaba a unos 200 metros de la cabaña del jefe. En este punto se ubicaron Grandón y los intérpretes, mientras nosotros nos sentábamos a participar del banquete frente a la tienda india y enviar provisiones a nuestros amigos de la periferia. Haciendo de nuestro sirviente indio un

Ganimedes²³⁸ portador de carne, les enviamos plato tras plato, que regresaron vacíos, para satisfacción de nuestro hospitalario anfitrión. Una porción de esta comida se guardaba para la comida del día siguiente y el resto se comía o se escondía cuidadosamente entre los arbustos.

Nada puede superar la compostura que observan los caciques en su trato con los visitantes, especialmente en ocasiones de festividades. En todas sus acciones, al dar instrucciones a sus esposas y sirvientes, conservan un comportamiento tranquilo y digno. Este jefe tenía sólo cuatro esposas, todas residían en la misma casa y atendían en la fiesta. Sus modales eran modestos y discretos, y su cocina, aunque sencilla, era limpia y sabrosa.

Considerando que nuestras fatigas del día anterior nos permitían un poco de indulgencia, no nos levantamos en la mañana del 16 hasta una hora y media después que el sol saliera, y aun así Grandón, con la cabeza hundida en su poncho—porque al hombre le importaban poco sus pies si sus partes superiores estaban bien cubiertas—, insistió en que apenas amanecía.

La parte más difícil de nuestra negociación con el cacique aún estaba por llegar. El sitio de la desafortunada ciudad de Villa Rica, pues nuestro objetivo era visitarla, no había sido vista por ningún hombre blanco desde la destrucción del lugar. Ninguna parte del territorio araucano había sido guardada con tan escrupuloso cuidado. Los nativos rara vez estaban dispuestos a hablar de ello en sus conversaciones con los vecinos de Valdivia. En nuestro viaje desde Valdivia, los intérpretes habían opinado en forma unánime que no tendríamos éxito en esta parte de nuestro proyecto. Mientras deliberábamos sobre la mejor manera de abordar el tema, ocurrió un incidente que utilizamos como instrumento para transmitir nuestras inquietudes. Fue la enfermedad del cacique. Como a las ocho de la mañana nos visitó y quejándose de estar muy mal, nos pidió que lo curáramos; hazaña que consideró que podríamos realizar fácilmente ya que habíamos conseguido medicinas del volcán para curar a tantos inválidos en Valdivia.

²³⁸ Según la mitología griega Ganimedes era un príncipe troyano, raptado por Zeus, quién lo convirtió en su amante y en copero de los dioses, cargo de alto rango cuya tarea era servir las bebidas en la mesa. Véase Yuanyuan Fang, *Ganymede, the cup bearer: Variations and receptions of the Ganymede Myth*, Providence, Brown University, 2017.

Se trataba de una exigencia a nuestra capacidad profesional que no esperábamos ni estábamos muy preparados para afrontar. Sin embargo, habiendo asumido el carácter de médico, era necesario que nos esforzáramos en sostenerlo por lo que con gran seriedad procedimos a tomar el pulso y examinar la lengua de nuestro ilustre paciente, haciéndole al mismo tiempo una serie de preguntas, con minuciosa particularidad, con la perspicacia científica de un verdadero hijo de Esculapio.

Luego, nos sentamos durante unos diez minutos, tiempo durante el cual fingimos estar absortos en una profunda reflexión. Terminado esto, le informamos que estaba enfermo, muy enfermo, y que, si no se le administraba rápidamente un remedio, no podríamos responder por su vida y que, lamentablemente, no teníamos con nosotros ningún medicamento que pudiera serle útil ya que, lo que habíamos traído del volcán sólo era aplicable a cierta clase de enfermedades, muy diferentes a su dolencia; pero, ansiosos por salvarlo debido a la bondad con la que nos había tratado, habíamos decidido hacer un esfuerzo en su favor. Sin embargo, antes de poder prestarle ayuda, le dijimos que sería necesario buscar las orillas de un lago, situado a unas tres leguas de distancia, para conseguir ciertas plantas que allí crecían y cuyas virtudes curativas, si se conseguían, extraían y aplicaban debidamente, sin duda le devolverían la salud. Sabíamos que, en la orilla de este lago se había levantado antiguamente el pueblo de Villa Rica, y formulamos este plan para poder ver sus restos. La confianza que el paciente depositaba en nuestra habilidad médica, sumada a su alarma por lo que le habíamos dicho, superó por completo los celos instintivos del indio o tal vez evitó que tal sensación surgiera en su mente, porque no sólo aceptó sin vacilar nuestra propuesta, sino que ordenó a su hijo que preparara los caballos y nos acompañara a donde quisiéramos ir, aunque fuera alrededor del lago.

Conscientes de que una pequeña circunstancia podría hacer que el jefe cambiara de opinión, no perdimos un momento en solicitar su permiso, dejando que el comisario lo atendiera en nuestra ausencia. Uno de los dos intérpretes se negó rotundamente a acompañarnos, declarando que prefería perder los emolumentos de su nombramiento como gobernador, que ascendían a setenta y dos dólares al año, antes que arriesgar su vida intentando visitar

la antigua ciudad de Villa Rica. Su compañero Pascuales, menos tímido o tal vez más avaricioso, consintió en ir a condición de recibir algunos dólares como propina, que nosotros aceptamos darle de buena gana; insistiendo, sin embargo, que con esta paga adicional prácticamente habíamos logrado un seguro para su vida, estaba obligado a perderla, si era necesario, en nuestro servicio. Grandón dijo que, estaba demasiado enfermo para montar ese día y nos rogó que lo dejáramos atrás; también expresó el deseo de saber qué línea de conducta debería seguir en caso de que nuestra separación fuera definitiva. No exponemos estos hechos con el propósito de magnificar los peligros de la pequeña aventura que teníamos a la vista, sino más bien como una muestra del sentimiento de desconfianza que la historia del pasado ha tendido a crear en la mente de los fronterizos, con referencia a sus vecinos araucanos.

Después de entregarle a Grandón la mula y los diversos obsequios contenidos en nuestros baúles para los indios, montamos a caballo y, acompañados por nuestro intérprete, partimos hacia el lago Lanquon²³⁹, en cuya orilla occidental se encontraba Villa Rica, cuando estuvo de pie. Un sendero estrecho que se dirigía hacia el noreste nos condujo a través de una rica y hermosa zona de la región, surcada aquí y allá por pequeñas franjas de pradera que parecían extenderse hasta la misma base de las cordilleras. Habíamos avanzado una cierta distancia a paso tranquilo, cuando nuestro guía indio de repente detuvo su caballo y dijo que no podía avanzar más. Al exigirle una explicación, la actitud del intérprete nos convenció de que había estado engañándonos. Lo acusamos de deslealtad. Se confundió aún más y, finalmente, confesó que el hijo del jefe había actuado por su sugerencia, pero añadió hábilmente que le había movido la preocupación por nuestra seguridad; pues su propio destino le era indiferente pero que no podía soportar la idea de que fuéramos masacrados por los bárbaros salvajes. Evidentemente, estaba asustado por las posibles consecuencias de lo que su codicia le había llevado a emprender y ansioso por salir del problema por cualquier medio que pudiera idear.

²³⁹ Se refiere, obviamente, al lago que hoy conocemos como Villarrica y que los mapuche llamaban Mallolafquen [lago de greda blanca].

Era imprescindible la carta o pasaporte que habíamos recibido del gobernador de Valdivia. Ordenaba a todas las personas que ocupaban cargos en la provincia que nos brindaran toda la ayuda que necesitáramos y nos autorizaba a llevar con nosotros, en cualquier momento y a cualquier punto por distante que fuera, uno o más de los intérpretes regulares nombrados por el gobierno. Dada esta autoridad, le dijimos que tuviera cuidado con su forma de actuar; que al persistir en tal conducta perdería todo derecho a nuestra compensación, también su comisión y salario del gobernador; e incluso, someterse a un castigo más directo y severo. Estas amenazas tuvieron el efecto deseado. Se arreglaron las cosas y avanzamos de nuevo a medio galope, encontrándonos con indios a cada paso, pero manteniendo el camino sin hablar con ninguno de ellos.

A las diez de la mañana ya teníamos el lago a la vista y, como suponíamos, a poca distancia de las ruinas de Villa Rica. El informe decía que las supersticiones de los indios les impedían residir en ese trágico lugar, pero nos habían dicho que un jefe vivía cerca de los suburbios de la otrora populosa ciudad, y le ordenamos a nuestro guía que nos condujera de inmediato a su residencia, lo que el joven guerrero hizo a la mitad de la velocidad de su caballo. Sabíamos que este Cacique era inferior en rango a Curillanca, cuyo hijo estaba con nosotros. Sin embargo, esto tenía poca importancia en las circunstancias actuales. En tiempos de paz, su natural impaciencia por el control hace que los diferentes jefes de una misma tribu o distrito sean independientes unos de otros; de modo que, era necesario asegurarse el favor de este pequeño príncipe, así como el de su superior. Al llegar a su morada, en lugar de cumplir con las formalidades habituales observadas por esta gente tan formal, nos apeamos sin ceremonia y le rogamos al intérprete que de inmediato informara al Cacique que necesitábamos permiso para dirigirnos a las orillas del lago, para recolectar remedios y curar a Curillanca, que padecía una enfermedad, y esperaba que nuestro pronto regreso le proporcionara alivio.

Habiendo hecho nuestro intérprete la comunicación, aunque con voz trémula, tal como fue solicitada, el cacique Uaiquimilla se levantó de su asiento y fijó en nosotros su mirada aguda y penetrante, pareciendo prestar poca atención a las palabras de nuestro compañero. Era un guerrero de cierta celebridad y parecía de me-

diana edad, con un semblante lleno de esos rasgos contradictorios de carácter que a menudo hacen que el aspecto del salvaje sea tan admirable como aterrador. Su comportamiento tenía poco de la dignidad por la cual Curillanca era tan distinguido. No parecía dispuesto a escuchar explicaciones y no manifestó ninguna preocupación por la enfermedad de su superior. Sin rodeos, nos declaró inmediatamente enemigos y afirmó que habíamos llegado con otros intereses. Nuestra última visita al volcán no le era desconocida, dijo, y ahora deseábamos adentrarnos más en el país. Caminó de un lado a otro durante algún tiempo, muy excitado, moviendo la cabeza con incredulidad en respuesta a nuestras palabras, que parecía considerar meros subterfugios. Finalmente, nos dijo que no podía permitirnos visitar el lago ni menos continuar adelante. Los modales de este jefe eran bruscos y apasionados, y no tenían en lo más mínimo esa gravedad imperturbable bajo la cual el indio suele ocultar sus emociones más amargas. Para aumentar en este momento nuestras dificultades, nuestro tonto intérprete reconoció a Uaiquimilla que éramos extranjeros de un país lejano; un hecho que, siempre habíamos considerado importante ocultar. Al oír este anuncio, el malhumorado Cacique mostró aún mayor exaltación, atravesando con pasos rápidos el pequeño espacio que había delante de su choza y murmurando algo que, hasta donde el intérprete pudo entender, se relacionaba con las antiguas guerras de su pueblo contra los españoles, y su creencia de que nosotros, como ellos, veníamos a buscar oro y plata. Para entonces, un grupo de diez o doce indios que residían cerca se había reunido a nuestro alrededor. El joven nativo, que había actuado como nuestro guía, nos miraba sin pronunciar palabra, silenciado probablemente por la presencia de una autoridad superior.

Permitimos que el jefe continuara, sin interrupción, en su soliloquio, porque eso parecía ser, hasta que se sumió en una especie de frenesí. Era difícil determinar hasta qué punto los demás participaban de sus sentimientos, ya que un murmullo gutural ocasional de aprobación era la única muestra de interés que presentaban. El asunto empezó pronto a adquirir un aspecto un tanto desagradable y pensamos que sería mejor actuar con decisión. Fijando nuestra mirada en el exasperado jefe, nos acercamos y pusimos nuestra mano sobre su hombro. Esto llevó a un parlamento. Llamamos entonces a Alonso, nuestro intérprete, y

con aire resuelto le ordenamos que informara a Uaiquimilla de nuestro asombro por su conducta. Luego, continuamos diciendo que, aunque había perdido todo derecho a nuestro respeto por su violento comportamiento todavía éramos sus amigos; que nuestros motivos para visitar su país eran buenos; que no queríamos ni plata ni oro, sino sólo veníamos a petición del cacique jefe, en cuya confirmación señalamos a su hijo; y que si nos detenía debía ser bajo su propio riesgo, ya que la vida y la muerte dependían de la pronta realización de nuestro viaje.

Evidentemente, el irritable compañero no estaba preparado para tal saludo; su semblante se relajó, su tono cambió y quedó desconcertado e inseguro de qué hacer. Aprovechamos este estado de indecisión para seguir adelante y diciendo al cacique que no volveríamos sin obtener las medicinas que necesitábamos, montamos en nuestros caballos y echamos a correr hacia el lago, acompañados de Alonso, y seguidos a cierta distancia por el joven indio. Al llegar al agua, nos abrimos paso entre la espesa arboleda que bordeaba sus márgenes hasta llegar al lugar donde una vez se levantó el desventurado pueblo de Villa Rica. Los restos del lugar aún eran visibles, constituidos por montones de piedras informes. Sin embargo, se podían trazar claramente los contornos de lo que fue una vez la plaza pública, pero por todas partes crecían árboles de dos pies de diámetro en los sitios de los edificios demolidos. En este lugar, se había oído una vez el ajetreado murmullo de las multitudes que comenzaban el día; aquí había sonado el martillo del artesano de día y la suave música de la serenata de noche; aquí se había hecho eco del paso del escuadrón con corazas mientras desfilaba, ataviado con la «pompa y circunstancia de la guerra gloriosa»; aquí también, se habían explotado esas ricas minas que dieron nombre a la ciudad e hicieron que la situación fuera tan valiosa a los ojos de los avaros españoles. La ciudad donde se había almacenado el tesoro y la fuente de donde se recogió, ahora estaban igualmente mudas; y el lugar donde alguna vez se levantó fue evitado incluso por el rudo indio, con terror supersticioso.

Nos hubiera gustado hacer un reconocimiento más detallado de una localidad tan famosa en los registros de la guerra fronteriza, pero fue imposible ya que la mirada celosa de los indios estaba continuamente fija en nosotros. La ubicación había sido seleccionada juiciosamente. Un lago de al menos 30 millas de

circunferencia se extiende desde las ruinas hasta la base misma de los Andes y, más allá se eleva el alto pico cónico del volcán. En el centro del lago hay una pequeña isla, ahora cubierta de vegetación, en la que se dice que los miserables habitantes de la ciudad hicieron su última resistencia, cuando ya no pudieron defender las murallas contra sus feroces asaltantes. En esta isla se supone fueron enterrados por los españoles inmensos tesoros y se dijo que los indios se negaron a mantener conversación alguna al respecto, cuando se les preguntó sobre el tema en sus conferencias con las autoridades de Valdivia. El país circundante, aunque hermoso, no estuvo a la altura de nuestras expectativas, alimentadas por las extravagantes historias que habíamos oído sobre su incomparable belleza. El río Toltén nace de este lago y se abre paso, con un curso tortuoso hasta el océano, en el que desemboca a unas diez leguas de la desembocadura del Imperial. Estuvimos un rato en la orilla del lago oprimidos por la solemne quietud que impregnaba toda la escena, desde los lejanos Andes en la distancia hasta los desmoronados fragmentos de la ciudad en ruinas.

No nos pareció prudente detenernos mucho en este lugar; así que, después de arrancar algunas hierbas de la abundante variedad que crecía en la orilla del agua, volvimos a montar en nuestro caballo y regresamos a toda velocidad hasta la morada de Uaiquimilla, ante cuya puerta nos apeamos con un aire tan despreocupado como si nada desagradable hubiera ocurrido. Más de veinte nativos se habían reunido allí durante nuestra ausencia, la mayoría nobles ejemplares de la especie humana, pero salvajes en su porte y apariencia. Nosotros asumimos ahora una actitud conciliadora, y exhibiendo las hierbas que habían de devolverle la salud a Curillanca, invitamos a Uaiquimilla a seguirnos a la residencia del cacique, donde prometimos explicarle todo a su entera satisfacción y hacerle algunos regalos. Esto pareció hacerle dudar una vez más sobre el rumbo a seguir, y aprovechamos la oportunidad para retirarnos. Mientras nos veía cabalgábamos a paso lento, pero tan pronto entramos en el bosque, como a media milla de la casa del cacique, pensamos que era conveniente aumentar nuestra velocidad de manera que fuera difícil para el pequeño guerrero o cualquier otro de sus jinetes alcanzarnos antes que llegáramos a nuestro antiguo campamento, lo que hicimos poco antes del atardecer.

Encontramos a Curillanca esperando tranquilamente nuestro regreso, pero todavía indispuerto, siendo evidentemente biliosa su dolencia que iba acompañada de fiebre alta. Ya le habíamos impuesto la abstinencia total y había obedecido expresamente nuestra orden. Prometiéndole alguna medicina para el día siguiente, preparada con las hierbas que habíamos traído, le administramos, por mientras, un aperitivo suave y le indicamos que tomara un poco de sopa caliente temprano en la mañana. La confianza inquebrantable con la que siguió nuestros consejos y su plena fe en la eficacia de los remedios que le dimos aumentó mucho nuestros sentimientos por él, y regresamos a nuestro campamento con sinceros deseos de su pronta recuperación.

En la mañana del día 17, nos levantamos antes de la salida del sol y visitamos temprano a nuestro paciente. Estaba algo alarmado por encontrarse bajo la influencia de una medicina cuyo efecto desconocía hasta entonces, pero le habíamos informado que empeoraría durante la noche y esta seguridad había disminuido su inquietud.

Una vez preparado un plato de sopa, le echamos, con aire de misterio profesional, unas hojas de menta silvestre. Tomó abundantemente de la bebida y, a las ocho de la mañana, ya estaba bien. La fiebre lo había abandonado por completo y nuestra reputación como gran machi estaba firmemente establecida.

Mientras nos preparábamos para mudarnos, nos sorprendió gratamente ver a nuestro pequeño conocido de Villa Rica llegar a toda velocidad con una docena de asistentes. Pronto Curillanca le informó que éramos una gran medicina y que todo lo que habíamos dicho con referencia a nuestros motivos para visitar Villa Rica era cierto. El pequeño jefe no sólo estaba satisfecho, sino que parecía deseoso, a su vez, de propiciar nuestro favor. Recibimos cordialmente sus insinuaciones y le hicimos algunos regalos, con los que quedó muy encantado. Una vez arregladas amistosamente las cosas, nos sentamos todos y fumamos juntos un cigarrillo; Grandón se dio cuenta, de la importancia reflejada que había adquirido como mocetón del gran médico.

Al recordar nuestro viaje no pudimos dejar de sentir que los obstáculos mencionados para alcanzar el punto al que habíamos llegado habían sido maravillosamente sobrevalorados. Se había afirmado con fiadamente, tanto en Concepción como en Valdivia,

que nunca llegaríamos a Villa Rica. Aunque se nos permitiera explorar una parte del territorio, allí se nos iba a prohibir. Estas declaraciones habían agrandado a nuestros ojos la importancia de la empresa y nos habían hecho más deseosos del éxito. Obtener acceso al lugar más celosamente protegido de la intrusión de los extraños que cualquier otro dentro de la frontera india, era demostrar que ninguna parte de la Araucanía era impenetrable. Lo habíamos hecho y, en consecuencia, sentimos la gratificación que la mente humana siempre experimenta al superar lo que se ha presentado como una imposibilidad. Los numerosos intérpretes que habíamos contratado, quienes por su vida fronteriza estaban familiarizados con las costumbres y modales de los nativos, sin duda fueron de considerable utilidad para facilitar y dar seguridad a nuestros movimientos; sin embargo, creemos que la circunstancia accidental de la enfermedad del cacique contribuyó más que cualquier otra causa al logro de nuestro objetivo principal.

Como el camino que ahora pretendíamos tomar era intran-sitable para una mula cargada de equipaje, decidimos enviar a Grandón con el animal y su carga de regreso a La Cruz, y al mismo tiempo despedir a los dos intérpretes, Alonso y Pascuales, cuya asistencia ya no necesitábamos. Acompañados sólo con el comisario y su criado indio, teníamos la intención de avanzar hacia el sur por la base de los Andes, con el propósito de visitar en aquella zona varios grandes lagos, que habíamos visto unos días antes mientras ascendíamos el volcán.

Hecho este arreglo, Grandón partió en caravana con los dos intérpretes, quienes habían acordado conducirlo a La Cruz por la misma ruta que habíamos seguido para venir de allí. Nos despedimos de los dos jefes amigos y tomamos un pequeño sendero que conducía casi en dirección opuesta a la que habían tomado nuestros antiguos compañeros. Nuestro camino discurría entre la base de los Andes y el primer cerro o montaña de la formación secundaria, paralelo a este último, a una distancia de algunas leguas. Siguiendo este camino llegamos a la orilla del lago Witagg [Huitag]²⁴⁰, una extensión de agua de unas ocho leguas de longitud, bordeada en su lado occidental por un bosque muy denso. En su

²⁴⁰ Pensamos que, con este término, Huitag, Reynolds se está refiriendo al lago Calafquén, inmediatamente al sur del Villarrica, pues muy cerca de este lago se encuentra en la actualidad el humedal de Huitag.

plácida superficie descansaban numerosas islas hermosas, cubiertas de árboles siempre verdes. Al este, sus aguas bañaban la base de la cadena principal de los Andes, cuyos picos, blanqueados por la nieve de siglos, presentaban un sorprendente contraste con el hermoso paisaje de islas, lagos y bosques que se extendían debajo.

En el extremo sur del lago, encontramos un gran asentamiento de indios, cuyas granjas mostraban una perfección de agricultura que habría hecho honor a un pueblo civilizado. Los indios de esta zona habían estado menos comunicados con los españoles que cualquiera de los que habíamos visto hasta ahora. En efecto, desde Villa Rica hasta este punto, y aún más al sur, se encuentran los mejores ejemplares del araucano genuino, circunstancia que motivó un doble interés en todo lo que vimos o esperábamos ver en esta parte de nuestro recorrido. Ni las desastrosas guerras de los primeros conquistadores ni las últimas luchas de los colonos revolucionarios contra la madre patria nunca se habían llevado a cabo en esta parte de la Araucanía y la consecuencia fue que sus habitantes no sólo eran más amigables, sino que no demostraban esos celos y desconfianzas que nos habían ocasionado tantas dificultades entre las tribus del norte. Al caer la noche cabalgamos hasta la puerta de una vivienda india, una de las tantas que había a la vista. Su dueño nos entregó inmediatamente su pequeño rancho para nuestro uso exclusivo y se retiró, con su familia, a la habitación de un vecino, dándonos así la mayor muestra de respeto de su parte.

Nuestros caballos fueron llevados a pastar sin que sintiéramos ningún temor de perderlos, y una abundante provisión de carne y verduras, enviada por mano del sirviente indio del comisario, proporcionó una prueba sustancial de la hospitalidad de nuestro cortés anfitrión. Nuestra comida era cordero y guisantes (una cena que no debe ser despreciada ni siquiera por los invitados menos hambrientos), para cuya preparación la casa disponía de una amplia provisión de utensilios de barro. No apareció ningún nativo y nos acostamos a descansar con una sensación de perfecta seguridad. Al anochecer comenzó una fuerte lluvia que continuó, con ligeros intervalos, hasta el amanecer.

Nuestro amable anfitrión nos hizo una visita al amanecer, ya que los indios eran todos madrugadores. Estaba ansioso por saber cómo habíamos descansado y si queríamos algo. Cuando le

informamos que estábamos más que satisfechos con nuestro alojamiento y agasajos, pareció complacido y más aún cuando recibió un regalo insignificante en forma de chucherías para sus hijos. Después vino el cacique vecino, y con él más de veinte naturales, todos los cuales preguntaron si habíamos pasado la noche en forma agradable. Después de fumar un cigarro y disfrutar de una agradable conversación con el jefe, nuestro generoso anfitrión y sus sinceros compañeros, continuamos nuestra ruta. Las granjas, que prometían abundantes cosechas, intercaladas con arboledas de manzanos silvestres, diversificaban la región por la que pasábamos, mientras que las colinas interiores adyacentes estaban coronadas por árboles gigantescos. Soplaban viento norte y aunque la lluvia había cesado, los arbustos al borde del camino todavía chorreaban agua. El lago, que era lo suficientemente grande y profundo para permitir la maniobra de una flota, agitado por la brisa, rompía con fuertes olas en la orilla. Dejando su orilla ascendimos por un terreno alto y ondulado que lo separa de otro espejo de agua al sur, llamada lago Wanigue [Huanehue]²⁴¹. Las aguas de los dos lagos están unidas por un canal profundo y estrecho.

El lago Wanigue se extiende longitudinalmente este sureste y oeste suroeste, y tiene unas cuarenta millas de largo, variando de una a tres leguas de ancho. Es el nacimiento del río Valdivia²⁴², que en su curso inicial es una gran columna de agua que corre a lo largo de un angosto canal excavado en las rocas. Desciende con una caída rápida de varios cientos de pies en el espacio de media milla y podíamos oír el rugido y ver las salpicaduras ocasionadas por su tumultuosa corriente a una distancia de dos leguas. El asentamiento indio era grande y denso, y todos los lugares elegibles parecían estar ocupados. Esta gente rara vez ha permitido que alguno se dirigiera a Valdivia. No sólo se mantuvieron al margen de las contiendas coloniales, sino que, lo que es mejor y más maravilloso, han continuado casi desde tiempos

²⁴¹ Reynolds está nombrando con este término, Huanehue, al lago Panguipulli, ubicado inmediatamente al sur del Calafquén. En la actualidad el topónimo Huanehue se usa para nombrar un río que nace en el Calafquén y desemboca en el Panguipulli.

²⁴² El lago del que nace el río Valdivia, bajo el nombre de río San Pedro, es el Riñihue y no el Panguipulli. Esta afirmación genera una duda respecto de la correspondencia del lago Huanihue con el Panguipulli, que no podemos resolver con los datos que entrega Reynolds.

inmemoriales en paz con todos sus vecinos. Viven cómodamente de los frutos de su industria, sus granjas les proporcionaban abundancia de trigo, maíz, legumbres, patatas y otras verduras, además estaban bien vestidos: de hecho, no habíamos visto a un indio mal vestido desde que cruzamos el río Imperial. El ganado de estas granjas estaba compuesto por excelentes ovejas, caballos y grandes rebaños de ganado con cuernos.

En el lado suroeste del lago Wanigue, en una posición más elevada que tenía una vista muy interesante, estaba la residencia de Legen Pangi, que en lengua india significa León Blanco. Este jefe, aunque tenía no menos de setenta años, era todavía vigoroso y muy activo. Su cabello, blanco como la nieve de las montañas vecinas, caía en largos y pesados pliegues sobre sus hombros, mientras que su rostro tenía todo el tono sonrosado de la salud. Era cacique por nacimiento y rango, pero nunca había asumido los deberes o responsabilidades propios de ese cargo. Al llegar a la edad adulta, renunció a todos sus derechos de autoridad en favor de su hermano menor Catrinen Legen, sin embargo, siguió siendo tratado con respeto y deferencia por toda su nación, y se nos dijo que su influencia era suprema; siempre se buscaba su consejo y actuaba en consecuencia en los asuntos de interés general. Fue considerado el Corocolo [Colo Colo]²⁴³ de su época y, como su gran prototipo, se distinguió por su sabiduría y moderación. Se nos informó que era el primer indio destacado que había expresado su deseo de que las colonias tuvieran éxito en su lucha por la independencia, aunque nunca aprobó ninguna interferencia por parte de su pueblo. La política de su hermano, el actual cacique, siempre había sido modelada por la de Legen, y entre ellos había una perfecta armonía. Cuando alguna de las tribus circundantes manifestaba disposición a ir a la guerra, el jefe, por consejo de su hermano mayor, les enviaba recado de que era mejor vivir en paz; no deseaba robar ni matar a sus vecinos, ni iría jamás a buscarlos con tal propósito; pero, si entraban en su territorio con intenciones hostiles, encontrarían en cada caña una lanza y muchos guerreros con armas y corazones fuertes para

²⁴³ El cacique Colo Colo, personaje de *La Araucana* de Alonso de Ercilla, es reconocido por las crónicas más tempranas como un jefe venerable, destacado por sus prudentes consejos en tiempo de paz y por sus acertadas propuestas y estrategias en tiempos de guerra.

empuñarlas. La consecuencia de esta sabia conducta había sido que durante más de cincuenta años su nación no había considerado necesario librar una sola batalla.

León Blanco parecía ser un verdadero filósofo de la escuela de la Naturaleza, aunque sin ninguna mezcla de estoico o anacoreta en su composición. Tenía diez esposas de distintas edades, desde los veinte hasta los sesenta años, a las que vimos todas ajetreadas alrededor de sus pequeños fuegos. Cualesquiera que sean otras cualidades, buenas o malas, que pudieran poseer, podemos al menos dar testimonio de su habilidad culinaria, que demostraron de manera satisfactoria al preparar una excelente comida de carne, patatas y guisantes, a la que hicimos amplio honor. Legen, al igual que su hermano, era muy rico y poseía muchas granjas excelentes y más de dos mil cabezas de ganado. Sin embargo, a pesar de su riqueza, siempre había sido un hombre moderado y, para ser un indio, templado. Su principal placer era pasar día tras día a orillas de su lago favorito y, de vez en cuando, salir a caballo y contemplar sus excelentes rebaños. Al estallar la revolución, los realistas hicieron grandes esfuerzos para alistar a Legen y a su hermano en su causa, pero sus sobornos y persuasiones fueron igualmente ineficaces. Los patriotas tampoco tuvieron más éxito cuando intentaron unirlos al bando republicano, aunque ese partido contaba con su simpatía y buenos deseos. Catrinen, había visitado varias veces Valdivia, en cambio Legen nunca, aunque la ciudad estaba sólo a unos pocos días de viaje desde su residencia. Dijo que no había surgido de ningún sentimiento hostil hacia sus vecinos blancos sino de su aversión al cambio y su amor por una vida tranquila. Nos sentamos durante horas al lado de este hombre extraordinario, conversando a través de nuestro intérprete sobre varios temas de interés, de los cuales hablaremos, en relación con otros asuntos, en nuestro capítulo final.

Luego de despedirnos del cacique y de su hermano, nos pusimos en camino más al oeste del que habíamos seguido antes, con la intención de llegar al río Valdivia en un punto donde tendríamos menos dificultad para cruzarlo que las experimentadas hasta ahora. El día resultó muy desagradable; las nubes que habían estado rondando por la mañana se juntaron y se espesaron hasta formar una masa ininterrumpida y una fuerte lluvia, doblemente desagradable por el fuerte viento, comenzó a caer y continuó sin

cesar un solo momento, hasta la noche. Nuestro camino discurría sobre una inmensa cadena de montañas de formación secundaria, cubiertas de altos árboles y un espeso sotobosque de vides y cañas, que era casi impenetrable. Nos vimos obligados a mantener la cabeza apoyada en el cuello de los caballos para evitar que el viento nos arrancaran de las sillas; además del incesante aguacero, casi nos inundaban los torrentes de agua que caían del follaje. Nuestro progreso fue, por supuesto, lento y el día transcurrió de lo más incómodo. Su conclusión tampoco nos trajo consuelo alguno, ya que nos vimos obligados a pasar la noche en las montañas. La tormenta no amainó durante las horas de oscuridad y como estábamos cerca de los Andes, el viento era muy frío y entumecedor.

Salimos temprano en la mañana, ya que el tiempo había aclarado y era agradable, y a las diez de la mañana llegamos al río Valdivia. El único método de cruzar era a caballo, el arroyo, aunque no tenía más de ciento cincuenta yardas de ancho, era crecido, rápido y encerrado entre orillas escarpadas, parecía una aventura un tanto peligrosa. Sin embargo, el sirviente indio del comisario se ofreció para abrir el camino y galantemente espoleó a su caballo por la orilla. La primera zambullida casi sumergió al hombre y al corcel, dejando poco más que la cabeza del primero sobre el agua. Nuestro pionero aterrizó sano y salvo en el lado opuesto, después de ser arrastrado una cierta distancia por la corriente y lanzando un grito de alegría, se volvió para disfrutar del deporte que esperaba presenciar en nuestro tránsito. El animal que montábamos era excelente y probablemente no era ajeno a este modo de navegación. Le quitamos las bridas de la boca y le pusimos el lazo alrededor de la nariz para guiarlo, si era necesario; le dimos espuela y nos arrojamos al río, experimentando, por supuesto, la misma suerte que nuestro guía, es decir, un chapuzón más que suficiente. El comisario nos siguió y ambos llegamos a la orilla del otro lado sin ningún accidente.

Durante la tarde llegamos a varios arroyos afluentes del río Valdivia, los que, crecidos por las recientes lluvias, tuvimos que cruzar de la misma manera, pero como eran estrechos y fáciles de pasar, era más bien una diversión que otra cosa. Después de seguir durante cierto tiempo una ruta tortuosa y visitar varios pueblos o asentamientos indios, nos dirigimos a la costa y llegamos a la ciudad de Valdivia en la tarde del día 25.

Toda la extensión de la región situada entre los ríos La Cruz y Valdivia, aunque en algunas partes montañosa, permitiría el cultivo incluso en las cimas de las montañas, así como en sus laderas y valles. A lo largo de unas diez leguas río arriba del Valdivia, hay muchas familias españolas que viven en armonía con los naturales, y a quienes el suelo proporciona con poco trabajo los medios de subsistencia. Crían un poco de ganado, elaboran y beben cantidades considerables de sidra y, en resumen, se deleitan con todos los lujos adquiridos por una vida perezosa en la frontera.

Al sur del lago Wanigue, bordeando la base de los Andes, había, según nos dijeron los naturales, —porque no lo visitamos— otro lago llamado Ranco, aún más extenso de los que habíamos visto más al norte. Se decía que en esta extensión de agua había una isla de unas tres leguas de largo, densamente poblada de indios. Del lago Ranco nace el Bueno, río profundo y angosto que recibe en su curso las aguas del Pilmaiquén, afluente del lago Pueque [Puyehue]. El Bueno atraviesa esa magnífica parte de la provincia llamada Los Llanos, o Las Llanuras, donde hay un próspero asentamiento español; el suelo está admirablemente adaptado al cultivo de trigo y la mayoría de los demás tipos de cereales. Este puesto avanzado aislado de la civilización se encuentra entre Valdivia y Chiloé. El río Rane [Rahue], que nace en el lago Hanquive [Llanquihue], aún más al sur, recibe las aguas del Negro y también pasa por el país de Las Llanuras²⁴⁴.

Camino a Valdivia, nos detuvimos un día en casa del comisario general de indios, padre de nuestro intérprete, que residía como a veinte millas de la ciudad, a orillas del río del que toma su nombre. Poseía una excelente extensión de tierra en esa región y era inmensamente rico. Encontramos en su casa un número considerable de indios, todos invitados diarios a su mesa. Poseía una gran influencia entre las tribus y, por lo que pudimos saber, era en todos los aspectos digno de la confianza que depositaban en él.

Hasta ahora hemos dicho poco de la ciudad de Valdivia, y no pretendemos aquí hacer más que una breve reseña de ella. Fue fundada, como ya se ha dicho, por don Pedro Valdivia, y está situada en los 39° 47' de latitud sur. Está sobre una llanura aluvial

²⁴⁴ Con el término río Rane, Reynolds se está refiriendo al río Rahue que, efectivamente, recibe las aguas del río Negro, pero no nace del lago Llanquihue sino del lago Rupanco.

elevada, y dista de la Punta Galvia [Galera], en la desembocadura del río, unas tres leguas y media o cuatro. De hecho, se puede decir que está rodeada de ríos, siendo el principal el de La Baña o Valdivia, receptor de otros numerosos arroyos inferiores, que desembocan todos por su espacioso canal en la bahía de Mancera. En la bahía, y a poca distancia del pueblo, se encuentran las tres hermosas islas de Constantino, Valenzuela y Mancera. El puerto es uno de los mejores de la costa y atrajo la atención de los ingleses en 1624 y de los holandeses en 1643; quienes hicieron denodados esfuerzos para obtener su posesión permanente. Estaba bien fortificada antes de la revolución y se convirtió en el teatro de algunas valientes hazañas por parte de los patriotas, durante su lucha por la libertad. El suelo de la provincia de Valdivia es, en general, apto para el cultivo de trigo, hortalizas y frutas. La región fue conocida en los primeros tiempos por la riqueza de sus minas; pero en los últimos años han sido casi completamente descuidadas. La madera constituye el rubro más importante de su comercio; las montañas suministran el material en abundancia, y los ríos proporcionan canales fáciles para su transporte a la ciudad, desde donde se embarca hacia Valparaíso y a los diversos puertos del Perú.

Nuestros arreglos permitieron sólo una breve estancia entre los hospitalarios valdivianos. El interior norte de la Araucanía aún no había sido explorado y estábamos impacientes por reiniciar nuestro recorrido. Habiendo obtenido, del gobernador, la orden de contratar los servicios de un guía e intérprete experimentado residente cerca del río Quolé [Queule], y despidiéndonos de nuestro anfitrión don Pedro Smith (irlandés de nacimiento, que se había casado en el país y se había establecido desde hacía treinta años)²⁴⁵, emprendimos una vez más nuestra peregrinación. Un pequeño bote nos llevó río arriba hasta La Cruz, donde encontramos a Grandón, instruyendo a los habitantes con maravillosas narraciones, «en las que hablaba de accidentes en movimiento

²⁴⁵ Pedro Smith Locker (1761-1845), nacido en Loughrea, Irlanda, llega a Chile a bordo de la fragata ballenera Júpiter, embarcación que es apresada en Valparaíso en 1797. Smith es llevado primero a Lima, luego a Osorno y de ahí a Valdivia, donde se casa con doña Juana de Ávila y González, una dama de la élite criolla sureña, con la que tiene once hijos. Véase Gabriel Guarda o. s. b., “El servicio de las ciudades de Valdivia y Osorno 1770 - 1820”, *Historia*, n.º 15, 1980, pp. 67-178.

por inundaciones de campos», siendo él mismo el héroe de cada historia, el león de cada círculo. Tan pronto como nuestros caballos estuvieron listos, continuamos nuestro camino hacia el norte. Al llegar a Quolé devolvimos el animal que habíamos alquilado al indio y recibimos el nuestro. En esta zona permanecimos varios días, durante los cuales hicimos una excursión río arriba en compañía de un cacique llamado Callupupangi o León Azul. La fuerza bajo el mando de este jefe era pequeña y su pueblo era notablemente pacífico y bien dispuesto.

Los indios no piensan al cruzar ríos a caballo: dos veces durante nuestra excursión cruzamos el Quolé de esta manera. Los caballos del país están bien entrenados para ese ejercicio; nosotros, sin embargo, que no estábamos tan familiarizados como los nativos con este sistema ecuestre de navegación, a veces nos reíamos de nuestra falta de destreza para manejarlos. Poco después de nuestro regreso, partimos hacia el río Toltén, que volvimos a cruzar aproximadamente a un día de viaje de su desembocadura. Esta ruta nos llevó al distrito del gran cacique Uaiquimilla o Lanza de Oro, que era un noble ejemplar del guerrero indio de tiempos antiguos. Había luchado para los realistas durante la mayor parte de la guerra revolucionaria en Chile, durante la que se había distinguido por su habilidad militar y su decidida valentía. Habíamos escuchado varias anécdotas de este jefe por boca del gobernador de Valdivia que lo conoció mientras estaba en el ejército. En una ocasión, afirmó el gobernador, una tropa de lanceros dirigida por este valiente indio había cargado hasta las mismas bocas de los cañones enemigos; traspasó a los artilleros con sus lanzas; y luego, tirando sus lazos alrededor de los cañones, lograron derribar a varios de ellos. Los naturales de Toltén, con sus respectivos jefes, siempre habían luchado al mando de este cacique. Después de haber hecho la paz hace muchos años con el nuevo Gobierno, ha seguido cumpliendo fielmente las condiciones del tratado. Su relación con los blancos ha sido familiar y de confianza desde hace mucho tiempo y nos trató con gran amabilidad. Sin embargo, como casi todos sus compatriotas, estaba algo celoso de la intrusión de extraños, y habiendo tenido noticia de nuestra visita a Villa Rica, estaba ansioso por saber si nuestra misión era buscar oro y plata.

Aún más arriba del río, donde se aproxima a los Andes, residía Petruguen, el joven e interesante jefe que habíamos visto en nuestro camino hacia La Cruz. El Toltén es navegable para embarcaciones pequeñas durante más de sesenta millas, y la región que lo bordea en toda su extensión parece rica y productiva. En los excelentes pastos abundaban las vacas y las ovejas, pero los nativos no parecían, ni aquí ni en ningún otro lugar, haber prestado mucha atención a la cría de cerdos, animales de los cuales vimos comparativamente muy pocos. Un cacique llamado Wenchucico tenía su residencia cerca de la desembocadura del río, pero en ese momento estaba ausente, en una visita, con unos veinte de sus asistentes a caballo.

Dejando las orillas del Toltén cruzamos la región hasta el río Imperial, donde nuevamente nos encontramos con nuestro viejo amigo Antepan, o León Amoroso. Luego, nos entrevistamos con varios jefes inferiores de ese distrito, con quienes encontramos menos dificultades para ponernos de acuerdo que en nuestra primera visita. Aquí logramos obtener permiso para subir el Imperial; nuestro objetivo era visitar el sitio de la antigua ciudad de ese nombre, aunque no consideramos prudente hacer esta confesión. Los restos de antiguos asentamientos españoles atrajeron con frecuencia nuestra atención a medida que avanzábamos, y, especialmente, los terraplenes de un fuerte en un estado tolerable de conservación. Una gran cantidad de indios habitan las orillas de este río. Un grupo de ellos estaba continuamente con nosotros, y en cada intervalo de algunas millas nos señalaban la morada de un cacique. Con cada uno de estos pequeños príncipes tuvimos una reunión o parlamento. Se podría decir que nuestro viaje en este período se asemeja a una marcha triunfal; un mensajero o escolta nos acompaña invariablemente desde la residencia de un jefe a la de otro, para anunciarnos un trato hospitalario y un salvoconducto. Así, continuamos agradablemente nuestro camino hasta llegar al sitio de la antigua ciudad de Imperial, escenario de muchas tragedias pasadas. Aún se veían los restos desmoronados de las casas, con las zanjas y las murallas en ruinas de la ciudad, el lugar estaba completamente desierto. Los indios fueron disuadidos de establecer su residencia dentro de esos recintos por el mismo sentimiento de temor supersticioso que influyó en sus compatriotas cerca de Villa Rica. Permanecemos aproximadamente una semana

en esta zona, celebrando conferencias con los jefes, presenciando las diversiones del pueblo y estudiando sus instituciones. De estos asuntos, en aras de la brevedad, los trataremos por separado en otro capítulo.

Llevábamos ya cerca de siete meses dentro de las fronteras del país araucano; habíamos logrado penetrar por todo el territorio, desde el océano hasta los Andes; habíamos ascendido por sus principales ríos y visitado sus lagos y los salvajes rincones de sus montañas, considerados durante tanto tiempo inaccesibles para el hombre civilizado. Habíamos visto a los altivos propietarios de la tierra, más allá de los límites de la influencia civilizada, exhibiendo su verdadero carácter en la rutina común de su vida sencilla, no diremos salvaje; y, sentimos que, si bien los celos que a veces nos habían molestado y retrasado eran atribuibles al recuerdo de un antiguo ultraje; la hospitalidad que habíamos, tan libre y frecuentemente, experimentado era el fruto natural de una naturaleza noble y generosa.

SOUTHERN LITERARY MESSENGER.

PUBLISHED MONTHLY, AT FIVE DOLLARS PER ANNUM—BENJAMIN B. MINOR, EDITOR AND PROPRIETOR.

VOL. IX.

RICHMOND, DECEMBER, 1843.

NO. 12.

New York, Sept. 28, 1843.

DEAR SIR,—Your friendly note, requesting something from my pen for the columns of the Southern Literary Messenger, came to hand during a temporary absence from the city, which I trust will account for my answer having been delayed so long. For years I have been a constant reader of the Messenger, and having always regarded it as among the very first of our periodicals, was not a little rejoiced, that notwithstanding the death of its late indefatigable and worthy proprietor, the work was not only to be continued, but was in hands every way worthy and competent to sustain the high standard of its well earned reputation.

The torrent of reprints, poured out in diluting streams by the mighty agency of steam, is not always calculated either to refine the taste, or strengthen and improve the public mind, and still less to encourage and build up a national literature. Indeed, there is altogether too much of such reading at present, and what is still worse, there is not always sufficient care and judgment exercised in selecting that which is read. It is a hard contest for a periodical to compete in the market with these reprints sold at a shilling per volume. We are, however, much mistaken if the worst has not already come; and the dawn of a brighter and a better day is near at hand.

As to contributing to your columns, I fear I shall be able to do but little in that way, being at present wedded to the law:—of a certain kind of raw material, in the way of *Rough Sketches of Rough Adventures*, I have, however, an abundant supply on hand!

When the scheme of the South Sea Expedition in 1829 was laid aside by the authorities at Washington, and there seemed no prospect of reviving it with success, for some years to come, I embarked in a private enterprize for the purpose of increasing my knowledge of regions, as yet but little known, in the Southern Hemisphere, and of bringing that knowledge to bear on my return, to the consummation of an enterprize I had so much and so deeply at heart. The mere making of a book, therefore, formed no part of the plan of that preliminary gymnasium-excursion, and the notes I took have remained in my desk to the present time almost as they came from my pen at the close of each day's adventure. After having cruised for months in our tiny barks amid "thick ribbed ice" in the regions along the Antarctic circle, and afterwards in the milder climes of the Pacific Ocean; I left the vessels for the purpose of exploring the interior of that almost classic region occupied by the unconquerable Araucanian tribes, and lying South of the Republic of Chili. The conquering armies of Spain, while in the zenith of her power, after overrunning Mexico, Peru and Central America, were vanquished and driven back by the invincible Araucanian, who, with naked valor, triumphed over the steel clad warrior. Of this region but little was ever known even by the Spaniards, and for two hundred years past, it has remained a kind of *terra incognita* to the civilized world.

Let the reader imagine that I had penetrated, no matter how, into the interior of this country—among the richest on the globe; proceeding from the Pacific Ocean I had reached the Andes in 40° south latitude, had commenced the ascent of a volcano, and at the distance of several miles from its base, had encamped for the night, in company with Grandon, who combined the rare qualities of companion, friend and servant, some Indian guides and

Spanish interpreters;—let the reader imagine this and he will be able to follow me in my journey through such scenes as you will find roughly sketched in the leaves I send you, and which I only regret my want of leisure to clothe in more becoming attire.

I cannot conclude without a renewal of my best wishes for success in the laborious task before you; tardily indeed may be your reward, but with constancy of purpose, it is sure to come. Editors of literary works, as well as writers, should bear in mind that "Fame is a dowertless virgin, to be wooed for Love and not for lucre."

Yours truly,

J. N. REYNOLDS.

B. B. MINOR, Esq., }
Ed. S. L. Messenger. }

ROUGH NOTES OF ROUGH ADVENTURES.

BY J. N. REYNOLDS.

Recommend ascending the Volcano. The Araucanian Pine. Deserted by our companion. Fissures in the mountain and emissions of sulphurous steam. Region of perpetual snow and mode of making our way over the slippery surface. Appearance of the crater. Magnificent prospect from the summit of the mountain. Descent and arrival at the residence of the Cacique. An Araucanian banquet. Getting out of a dilemma. Sickness of Curillanca and its advantage to us. Playing the physician. Unexpected difficulties. Visit to the ruins of Villa Rica. Cure of Curillanca and establishment of our reputation as a great medicine. Journey southward along the base of the Andes. Beautiful lakes. Visit Legen Pangi, or the White Lion. Crossing the *Valdivia en chelud*. Visit to the commissary. Arrival at Valdivia. Situation, &c. of that city. Productions and trade of the province. Tour northward. Progress of the *Tolén*. Journey along the banks of the Imperial. Respect shown us by the Indians. Remains of the city of Imperial.

We were too much excited to sleep soundly during the night and were up with the dawn, impatient to proceed. Rousing Grandon, we directed him, in company with the friendly Indian, to return with the horses to a spot we had passed the preceding day, where they could find water and pasture; and there to remain till we should rejoin him. As soon as there was light enough to enable us to make our way over the rough ground, we recommenced the ascent, accompanied only by the commissary. He set out in high spirits, expressing his determination to accompany us to the very summit of the volcano, should we succeed in reaching that elevation. The rise was very steep for the first league, as we took an oblique direction up the side of the mountain, inclining to the south. The piles of lava scattered around were of vast size, but not apparently of so recent formation as those at the volcano of Antuco.

We were now entering on the highest region of vegetation, covered exclusively by groves of the

Vol. IX—89

Imagen n.º 8. Primera página del artículo Rough notes of rough adventures, escrito por Jeremiah N. Reynolds, publicado en *Southern Literary Messenger*, vol. 9, n.º 12, 1843, pp. 705-715.

EPÍLOGO

¿Hubo otros viajes previos a los de Reynolds por la Araucanía, por motivos «científicos» u otros, en la primera mitad del siglo XIX, sobre todo después de las luchas independentistas? Se conocen los relatos de las excursiones realizadas con motivos «científicos» por Eduard Poeppig, en 1828-1829²⁴⁶, la única previa a los viajes de Reynolds, Claudio Gay, en 1834-1835 y 1838-1839²⁴⁷, e Ignacio Domeyko, en 1845²⁴⁸, por la Araucanía y sus «bordes». Seguramente no son las únicas en la primera mitad del siglo XIX pero sí las más conocidas. Sin embargo, los viajes de Claudio Gay e Ignacio Domeyko son posteriores a las incursiones de Reynolds.

En este punto resulta ilustrativa la excursión de Eduard Poeppig para ascender el volcán Antuco, cuya cumbre alcanza en febrero de 1829. En ese viaje Poeppig tiene la oportunidad de relacionarse con los pehuenches, grupos de nativos que vivían en esos parajes, sosteniendo que eran

nómades y jamás se acostumbrarán a tener un domicilio fijo, diferenciándose ya a este respecto en muchos rasgos de los araucanos, que, por lo demás, pertenecen con ellos a la misma rama patagónica de la raza cobriza de América²⁴⁹.

²⁴⁶ Sanhueza, *passim*.

²⁴⁷ Iván Inostroza, *Etnografía mapuche del siglo XIX*, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1998.

²⁴⁸ Jorge Pinto, “Ignacio Domeyko. Viaje a la Araucanía en el año 1845 y otros documentos sobre la Frontera”, en Ignacio Domeyko, *La Araucanía y sus habitantes*, Santiago, Cámara Chilena de la Construcción, Pontificia Universidad Católica de Chile, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2010, pp. 9-58.

²⁴⁹ Eduard Poeppig, *Un testigo en la alborada de Chile (1826-1829)*, Santiago, Zig-Zag, 1960, p. 391.

Escribe una detallada etnografía de estos grupos, relevando sus costumbres:

frente al toldo se encuentra siempre un caballo ensillado, con la peligrosa lanza plantada en el suelo al lado de él; al interior está encendida una fogata, en que se prepara algo a toda hora del día, pues sin horas fijas, cada miembro de la familia consume algo cuando tiene hambre; tan pronto se sigue el viaje, se enrollan los cueros, y algunos caballos de carga transportan rápidamente el caserío móvil a un valle lejano; el menaje es poco numeroso, pues el nómada puede prescindir de una infinidad de objetos que necesita el agricultor: algunos pellejos para dormir, algunos capachos cuadrangulares de cuero de vacuno y confeccionados con gran arte, las monturas y sus accesorios, la lanza, el lazo y las boleadoras²⁵⁰.

Como ya lo mencionamos, el primer viaje que Reynolds realizará por la Araucanía será también para ascender el volcán Antuco, cuya cumbre alcanza en octubre de 1830, es decir, veinte meses después de hacerlo Poeppig. ¿Supo Reynolds de este viaje? Las aventuras de Poeppig se publicaron recién en 1835²⁵¹ por lo que no parece plausible que lo supiera.

Hay algunos relatos sobre los nativos de la Araucanía realizados mediante la observación y las conversaciones con aquellos que vivían en, o cerca de, las ciudades de Concepción y Valdivia, publicados antes de la llegada de Reynolds a Chile. Por ejemplo, está la narración de Basil Hall, publicada en 1824²⁵², que estuvo en Concepción en octubre de 1821, se entrevistó con el cacique Pinoleo y entrega algunos datos sobre las costumbres de los indígenas.

¿Qué información tenía Reynolds de la región y de sus habitantes antes de emprender su viaje? No tenemos una visión completa de ello, pero sabemos que Reynolds tuvo a la vista el *Compendio* de Juan Ignacio Molina para escribir uno de sus informes. ¿Pudo

²⁵⁰ Poeppig, *op. cit.*, pp. 393-394.

²⁵¹ Eduard Poeppig, *Reise in Chile, Peru und auf dem Amazonenstromen Während der Jahren 1827-1832*, Leipzig, Friedrich Fleisher, 1835.

²⁵² Basil Hall, *Extracts from a Journal written on the coast of Chili, Peru and Mexico, in the years 1820, 1821 and 1822*, Edimburgo, Archibald Constable & Co., 1824, pp. 356-363.

manejar otros libros que tuvieran alguna información sobre los mapuches y su territorio? Es probable, pero, desafortunadamente, tampoco lo sabemos con certeza. En la prensa estadounidense se publica en 1825 algunos extractos²⁵³ de una descripción de los mapuches escrita por el misionero protestante estadounidense John C. Brigham, que estuvo en Concepción en 1824, donde

esperaba aprender algo del estado actual de los indios araucanos y ser capaz de visitar en persona esta celebrada tribu; pero me di cuenta que, aunque había alcanzado los bordes de su territorio, sus asentamientos estaban distantes quince o veinte leguas y no tendría, en los cuatro o cinco días disponibles, [...], tiempo libre para visitarlos; sin embargo, tuve la oportunidad de ver a varios de la tribu en Concepción y preguntarle a personas que habían viajado y a otros que habían residido entre ellos²⁵⁴.

Ese mismo año se publican en la prensa neoyorquina otros artículos sobre los «araucanos»²⁵⁵

¿Cuáles son las repercusiones que tuvieron los viajes de Reynolds por Chile, especialmente los relativos a la denominada, en esa época, Araucanía, tanto en el país como en el extranjero? De acuerdo a la información disponible, podríamos decir, sin equivocarnos, que no muchas. Esto se puede explicar por distintas razones, pero especialmente debido a que las noticias de sus viajes fueron muy escuetas y los resultados, bastante fragmentarios, poco conocidos. La búsqueda de información contemporánea de los viajes de Reynolds en periódicos chilenos fue infructuosa: no encontramos ninguna referencia específica. Tampoco hablan de esas travesías los principales historiadores nacionales, ni siquiera aquellos más dedicados al estudio de los viajes de exploración por el territorio chileno.

²⁵³ *New Hampshire Observer* (Portsmouth), 10 de octubre de 1825; *New York Observer*, Nueva York, 15 de octubre de 1825.

²⁵⁴ John C. Brigham, "Account of Araucanian Indians", *Missionary Herald*, vol. XXI, n.º 10, 1825, pp. 323-326.

²⁵⁵ *New York Commercial Advertiser*, Nueva York, 30 de diciembre de 1825 y 31 de diciembre de 1825.

En la prensa estadounidense había muchas esperanzas, tal vez excesivas, en la información que Reynolds podría proporcionar sobre sus experiencias en los mares del sur. Se asegura que

ha preservado un registro invaluable de sus viajes; los manuscritos, podemos decirlo como anticipo a nuestros lectores, abundan con las imágenes y descripciones más gráficas de cualquiera que hayamos examinado;

además,

las escenas que ha presenciado son descritas por su elegante y nerviosa pluma con una fuerza delineadora que le agrega un interés adicional a la magnífica sublimidad, novedad e incomparable belleza de muchos de los objetos de sus borradores en el hemisferio sur,

agregando finalmente que «es imposible para nosotros, en nuestros estrechos límites, hacerles justicia» y no podemos

restringir el calor de nuestras congratulaciones a Mr. Reynolds, que por tanto tiempo ha estado avanzando silenciosa pero devotamente en un campo de aventuras similar y no menos glorioso; con puro amor a la empresa caballeresca, acumulando laboriosamente las riquezas del conocimiento, que sólo con su coraje podría haber puesto a su alcance²⁵⁶.

Es un párrafo que parece más bien «propaganda» que evidencia, pero consideramos necesario transcribirlo por la trascendencia que se le asigna al «futuro» relato de Reynolds.

En una carta escrita por el propio Reynolds en 1843 señala que en 1829

me embarqué en una empresa privada con el propósito de aumentar mi conocimiento de regiones en el hemisferio sur aún poco conocidas y de aplicar ese conocimiento a mi regreso, hasta la consumación de una empresa que tenía tan profundamente en el corazón.

²⁵⁶ *The Evening Star*, Nueva York, 31 de julio de 1834.

En este sentido,

la mera redacción de un libro no formaba parte del plan de esa excursión-ejercicio preliminar, y las notas que tomé han permanecido en mi escritorio hasta el presente tal como salían de mi pluma al final de cada día de la aventura.

Después de abandonar los buques expedicionarios en las costas de Arauco «con el propósito de explorar el interior de esa región ya clásica situada al sur de la República de Chile y ocupada por las invencibles tribus araucanas». Reynolds recalca que

los ejércitos conquistadores de España, mientras estaban en el cenit de su poder después de invadir México, Perú y Centroamérica, fueron vencidos y rechazados por el invencible araucano, quien, con desnudo valor, triunfó sobre el guerrero vestido de acero.

Concluye afirmando que «de esta región poco se sabía, ni siquiera los españoles, y durante los últimos doscientos años ha seguido siendo una especie de terra incógnita para el mundo civilizado»²⁵⁷. Es decir, para Reynolds, la naturaleza exploratoria de la expedición no hacía necesario publicar sus resultados. Esto se contrapone a lo que manifiesta en 1835, cuando publica el diario de la expedición del Potomac, en el sentido que

las particularidades de ese viaje [la denominada Expedición Pendleton-Palmer] y las circunstancias que lo provocaron, así como los de mis posteriores incursiones por tierra a través de la República de Chile y los Territorios Araucanos e Indios del sur, serán dados al público en otro volumen²⁵⁸.

Sabemos que este diario nunca se publicó y las notas que formaban parte del diario de viaje de Reynolds se han perdido. Este libro, por supuesto, no lo reemplaza, pero es un intento sistemático por reunir los fragmentos dispersos.

²⁵⁷ Carta de J. N. Reynolds a los editores, Nueva York, 28 de septiembre de 1843, *Southern Litterary Magazine*, vol. IX, n.º 12, 1843, p. 705.

²⁵⁸ Reynolds, *Voyage...*, *op. cit.*, p. v.

ESBOZO DE UNA CRONOLOGÍA

Las fechas están expresadas en día/mes/año. Cuando no se conoce el día exacto se lo reemplaza por una raya «—».

- 04/05/1830 Llega al puerto de Valparaíso a bordo el bergantín Annawan.
- 11/05/1830 Sale de Valparaíso a bordo del Annawan, rumbo a la pesca.
- /06/1830 Se encuentra en las islas de Juan Fernández a bordo del Annawan.
- /07/1830 Llega a la isla Santa María a bordo del Annawan.
- 24/07/1830 Sale de la isla Santa María en bote y desembarca en el fuerte de Arauco.
- /08/1830 Intenta ingresar a territorio mapuche pero no tiene éxito.
- /08/1830 Se dirige a Concepción desde Arauco pero no se sabe si el viaje se hace por tierra o por mar.
- 23/08/1830 Se encuentra en Concepción, desde donde escribe una carta a Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso.
- /09/1830 Sale de Concepción rumbo a Antuco, con el fin de ascender el volcán de ese nombre.
- 12/10/1830 Llega al pueblo de Antuco.
- 22/10/1830 Ascende el volcán Antuco.
- 23/10/1830 Se encuentra en el castillo de Antuco, desde donde le escribe una carta a Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso.
- 25/10/1830 Se encuentra en Los Ángeles, desde donde escribe una carta a Samuel Southard, exsecretario de Marina de los Estados Unidos.
Viaja a San Carlos de Purén desde donde intenta, sin éxito, ingresar a territorio mapuche.

- Se traslada a Nacimiento desde donde intenta, sin éxito, ingresar a territorio mapuche. Regresa a Los Ángeles.
- 10/11/1830 Se encuentra nuevamente en Los Ángeles, desde donde escribe una carta a Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso. Atraviesa la Araucanía desde Los Ángeles hasta Valdivia, pero se desconoce la ruta seguida. Se sabe que en el río Imperial lo esperaba un intérprete que lo acompañó el resto del viaje.
- /12/1830 Se encuentra en Valdivia, desde donde escribe una carta a Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso. Sale de Valdivia rumbo a Villarrica, con el fin de ascender el volcán de ese nombre.
- 04/01/1831 Hace cumbre en el volcán Villarrica.
- 06/01/1831 Se encuentra en la base del volcán Villarrica donde escribe una carta a Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso. Visita las ruinas de la ciudad de Villarrica. Continúa su viaje al sur, visitando los lagos Calafquén, Panguipulli y Riñihue.
- 25/01/1831 Regresa, desde las orillas del lago Riñihue, a la ciudad de Valdivia. Sale de Valdivia hacia el norte, rumbo a Queule. Llega al río Toltén. Continúa viaje hacia el río Imperial. Visita las ruinas de la ciudad de Imperial. Regreso a Valdivia. Viaja de Valdivia a Valparaíso, probablemente en barco.
- /05/1831 Se encuentra en Valparaíso. Escribe una carta a un corresponsal de un diario neoyorquino.
- /09/1831 Viaje a Concepción.
- /01/1832 Regresa a Valparaíso.
- 04/12/1832 Abandona Chile en el *uss Potomac*, capitán Dowes.

ÍNDICE

Agradecimientos.....	7
Prólogo.....	9
Estudio: los viajes de Jeremiah N. Reynolds por Chile (1830-1832) a través de sus cartas e informes.....	15

CARTAS

Carta de J. N. Reynolds para los editores del <i>New York Courier & Enquirer</i> , Boa Vista (islas de Cabo Verde), 14 de noviembre [de 1829].	68
Extracto de una carta de un oficial a bordo de uno de los veleros privados de descubrimiento. Isla de los Estados. Tierra del Fuego, 13 de enero de 1830.	71
Carta de J. N. Reynolds a Samuel L. Southard, Valparaíso, 6 de mayo de 1830.	74
Carta de J. N. Reynolds a un amigo de Filadelfia, Valparaíso, 6 de mayo de 1830.	77
Extracto de una carta de un oficial científico [J. N. Reynolds] a bordo del buque de descubrimiento Annawan, capitán Palmer, a un amigo en esta ciudad, Valparaíso, 10 de mayo de 1830.	78
Carta de J. N. Reynolds a Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso, Concepción, 23 de agosto de 1830.	79
Carta de Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos de América a John Branch, secretario de Marina, Valparaíso, 12 de septiembre de 1830.	83

Carta de J. N. Reynolds a Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso, Castillo de Antuco, octubre de 1830.	85
Carta de J. N. Reynolds a Samuel L. Southard, Los Ángeles, 24 de octubre de 1830.	93
Carta de J. N. Reynolds a Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso, Los Ángeles, noviembre de 1830.	96
Carta de J. N. Reynolds a Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso, Valdivia, diciembre de 1830.	100
Carta de J. N. Reynolds a Michael Hogan, cónsul de los Estados Unidos en Valparaíso, Villa Rica, 5 de enero de 1831.	103
Extracto de una carta de J. N. Reynolds, uno de los caballeros del cuerpo científico agregado a los bergantines de exploración, a un corresponsal en esta ciudad.	105
Extracto de una carta [anónima] escrita por un comerciante de Valparaíso a un comerciante de Nueva York. ...	107
Carta de J. N. Reynolds a Samuel L. Southard, Boston, 25 de mayo de 1834.	109

INFORMES

Una hoja de un manuscrito inédito.....	115
Ásperos apuntes sobre ásperas aventuras.....	133
Epílogo.....	159
Esbozo de una cronología.....	165

TÍTULOS PUBLICADOS
POR EL
CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA

1990 - 2024

- 40 años, 40 historias. *Exiliados chilenos y solidaridad en Holanda* (Santiago, 2015, 193 págs.).
- A 90 años de los sucesos de la escuela Santa María de Iquique (Santiago, 1998, 351 págs.).
- Abarca, Soledad, Octavio Cornejo, Paula Fiamma, Ximena Rioseco, *Instantes memorables. 100 años de fotografía minuterana en Chile* (Santiago, 2019, 203 págs.).
- Adler Lomnitz, Larissa, *Lo formal y lo informal en las sociedades contemporáneas* (Santiago, 2008, 404 págs.).
- Álbum de Isidora Zegers de Huneeus, con estudio de Josefina de la Maza, edición en conmemoración del bicentenario de la Biblioteca Nacional de Chile (Santiago, 2013).
- Alcázar Garrido, Joan de, *Chile en la pantalla. Cine para escribir y enseñar la historia (1970-1998)* (Santiago, 2013, 212 págs.).
- Arancibia F., Claudia, José Tomás Cornejo C. y Carolina González U., *Pena de muerte en Chile colonial* (Santiago, 2003, 371 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.^a ed. (Santiago, 2000, tomo I, 347 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.^a ed. (Santiago, 2000, tomo II, 371 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.^a ed. (Santiago, 2000, tomo III, 387 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.^a ed. (Santiago, 2000, tomo IV, 377 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.^a ed. (Santiago, 2000, tomo V, 412 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.^a ed. (Santiago, 2001, tomo VI, 346 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.^a ed. (Santiago, 2001, tomo VII, 416 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.^a ed. (Santiago, 2002, tomo VIII, 453 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.^a ed. (Santiago, 2002, tomo IX, 446 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.^a ed. (Santiago, 2002, tomo X, 462 págs.).

- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.^a ed. (Santiago, 2003, tomo XI, 501 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.^a ed. (Santiago, 2005, tomo XII, 479 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.^a ed. (Santiago, 2005, tomo XIII, 605 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.^a ed. (Santiago, 2005, tomo XIV, 462 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.^a ed. (Santiago, 2005, tomo XV, 448 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.^a ed. (Santiago, 2000, tomo XVI, 271 págs.).
- Bascuñán E., Carlos, Magdalena Eichholz C. y Fernando Hartwig I., *Naufragios en el océano Pacífico sur* (Santiago, 2003, 866 págs.).
- Bascuñán E., Carlos, Magdalena Eichholz C. y Fernando Hartwig I., *Naufragios en el océano Pacífico sur*, 2.^a ed. (Santiago, 2011, tomo I, 838 págs.).
- Bascuñán E., Carlos, Magdalena Eichholz C. y Fernando Hartwig I., *Naufragios en el océano Pacífico sur* (Santiago, 2011, tomo II, 940 págs.).
- Bauer, Arnold, *Chile y algo más. Estudios de historia latinoamericana* (Santiago, 2004, 228 págs.).
- Bello, Andrés, *Cuadernos de Londres*, prólogo, edición y notas de Iván Jaksić y Tania Avilés (Santiago, 2017, 900 págs.).
- Bello, Andrés, *Obras completas de Andrés Bello. Epistolario*, editor general Iván Jaksić A., prólogo al tomo Adriana Valdés Budge (Santiago, 2022, tomo 1, 787 págs.).
- Bello, Andrés, *Obras completas de Andrés Bello. Gramática de la lengua castellana*, editor general Iván Jaksić A., prólogo al tomo Ignacio Bosque M. (Santiago, 2023, tomo 8, 485 págs.).
- Bello, Andrés, *Obras completas de Andrés Bello. Poesías*, editor general Iván Jaksić A., prólogo al tomo Thomas Harris E. (Santiago, 2023, tomo 2, 803 págs.).
- Bello, Andrés, *Obras completas de Andrés Bello. Temas de historia y geografía*, editor general Iván Jaksić A., prólogo al tomo Inés Quintero (Santiago, 2024, tomo 14, 373 págs.).
- Bello, Andrés, *Obras completas de Andrés Bello. Temas jurídicos y sociales*, editor general Iván Jaksić A., prólogo al tomo Joaquín Trujillo Silva (Santiago, 2022, tomo 16, 577 págs.).
- Bello, Andrés, *Obras completas de Andrés Bello. Textos de divulgación científica*, editor general Iván Jaksić A., prólogo al tomo Rafael Sagredo Baeza (Santiago, 2024, tomo 15, 510 págs.).
- Bianchi, Soledad, *La memoria: modelo para armar* (Santiago, 1995, 275 págs.).

- Biblioteca de Fundamentos de la Construcción de Chile (Santiago, 2007-2013, 100 vols.).
- Blest Gana, Alberto, *Durante la Reconquista. Novela histórica* (Santiago, 2009, 926 págs.).
- Caffarena Barcenilla, Paula, *Viruela y vacuna. Difusión y circulación de una práctica médica. Chile en el contexto hispanoamericano 1780-1830* (Santiago, 2016, 232 págs.).
- Cardoso, Armindo, *Un otro sentimiento del tiempo. Chile, 1970-1973* (Santiago, 2017, 177 págs.).
- Cartes Montory, Armando, *BioBío. Bibliografía histórica regional* (Santiago, 2014, 358 págs.).
- Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, *La época de Balmaceda. Conferencias* (Santiago, 1992, 123 págs.).
- Contreras, Lidia, *Historia de las ideas ortográficas en Chile* (Santiago, 1993, 416 págs.).
- Cordero Fernández, Macarena, Rafael Gaune Corradi, Rodrigo Moreno Jeria (comps.), *Cultura legal y espacios de justicia en América, siglos XVI-XIX* (Santiago, 2017, 318 págs.).
- Cornejo C., Tomás, *Ciudad de voces impresas. Historia cultural de Santiago de Chile 1880-1910* (Santiago, 2019, 242 págs.).
- Cornejo C., Tomás, *Manuela Orellana, la criminal. Género, cultura y sociedad en el Chile del siglo XVIII* (Santiago, 2006, 172 págs.).
- Chihuailaf, Elicura, *El azul de los sueños* (Santiago, 2010, 193 págs.).
- Cussen, Celia, *Nuestra señora de la Candelaria. Una hermandad de mulatos y naturales. Santiago s. XVII* (Santiago, 2020, 273 págs.).
- Darwin, Charles, *El origen del hombre y la selección en relación al sexo* (Santiago y Madrid, 2020, 450 págs.).
- Darwin, Charles, *Observaciones geológicas en América del sur*, traducción de María Teresa Escobar Budge (Santiago, 2012, 464 págs.).
- Devés Valdés, Eduardo, *Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950). El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad* (Santiago y Buenos Aires, 2000, tomo I, 336 págs.).
- Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)* (Santiago y Buenos Aires, 2003, tomo II, 332 págs.).
- Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad. Las discusiones y las figuras del fin de siglo. Los años 90* (Santiago y Buenos Aires, 2004, tomo III, 242 págs.).
- Diener, Pablo y María de Fátima Costa (coords.), *Rugendas: el artista viajero* (Santiago, 2021, 300 págs.).
- Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, *Catálogo de publicaciones, 1999*, edición del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana (Santiago, 1999, 72 págs.).

- Dirección de Obras Municipales, I. Municipalidad de Santiago, *Santiago sur. Formación y consolidación de la periferia* (Santiago, 2015, 308 págs.).
- Dirección de Obras Municipales, I. Municipalidad de Santiago, *Palacio Cousiño. Historia y restauración - History and Restoration* (Santiago, 2018, 163 págs.).
- Donoso, Carlos y Jaime Rosenblitt (eds.), *Guerra, región, nación: La confederación Perú-Boliviana. 1836-1839* (Santiago, 2009, 369 págs.).
- Dussailant, Jacqueline y Macarena Urzúa, *Concisa, original y vibrante. Lecturas sobre la revista Zig-Zag* (Santiago, 2020, 256 págs.).
- El Censor Americano*, introducción y transcripción Iván Jaksić (Santiago, 2019, 360 págs.).
- Ehrmann, Hans, *Retratos* (Santiago, 1995, 163 págs.).
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. 1891-1924. Chile visto a través de Agustín Ross*, 2.^a ed. (Santiago, 2000, vol. I, 172 págs.).
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. Durante la república*, 2.^a ed. (Santiago, 2000, vol. II, 201 págs.).
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. En torno de Ricardo Palma*, 2.^a ed. (Santiago, 2000, vol. III, 143 págs.).
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. La primera misión de los Estados Unidos de América en Chile*, 2.^a ed. (Santiago, 2000, vol. IV, 213 págs.).
- Fernández Canque, Manuel, *Arica 1868, un tsunami y un terremoto* (Santiago, 2007, 332 págs.).
- Fernández Canque, Manuel, *Arica de antaño en la pluma de viajeros notables. Siglos XVI-XIX* (Santiago, 2016, 598 págs.).
- Fernández Labbé, Marcos, *Bebidas alcohólicas en Chile. Una historia económica de su fomento y expansión, 1870-1930* (Santiago, 2010, 270 págs.).
- Fitz Roy, Robert, *Viajes del "Adventure" y el "Beagle". Apéndices* (Santiago 2013, 360 págs.).
- Fitz Roy, Robert, *Viajes del "Adventure" y el "Beagle". Diarios*, traducción de Armando García González (Santiago 2013, 584 págs.).
- Fondo de Apoyo a la Investigación, *Informes*, 1992 a 1995 (Santiago, 1993-1996).
- Fondo de Apoyo a la Investigación, *Informes*, 1998 a 2015 (Santiago, 1999-2016).
- Forstall Comber, Bidy, *Crepúsculo en un balcón: ingleses y la pampa salitrera* (Santiago, 2014, 427 págs.).
- Fray Félix José de Augusta, *Diccionario mapudungún-español. Español-mapudungún*, directora Belén Villena Araya (Santiago, 2017, 628 págs.).
- Gaudichaud, Franck, *Poder popular y cordones industriales: testimonios sobre el movimiento popular urbano, 1970-1973* (Santiago, 2004, 474 págs.).
- Gay, Claudio, *Atlas de la historia física y política de Chile* (Santiago, 2004, tomo primero, 250 págs.).

- Gay, Claudio, *Atlas de la historia física y política de Chile* (Santiago, 2004, tomo segundo, 154 págs.).
- Gazmuri, Cristián, *El "48" chileno. Igualitarios, reformistas, radicales, masones y bomberos* (Santiago, 1998, 215 págs.).
- Gazmuri, Cristián, *La historiografía chilena (1842-1970)* (Santiago, 2006, tomo I, 444 págs.).
- Gazmuri, Cristián, *La historiografía chilena (1842-1970)* (Santiago, 2008, tomo II, 526 págs.).
- Gazmuri, Cristián, *La persistencia de la memoria: reflexiones de un civil sobre la dictadura* (Santiago, 2000, 156 págs.).
- Gazmuri, Cristián, *Tres hombres, tres obras. Vicuña Mackenna, Barros Arana y Edwards Vives* (Santiago, 2004, 163 págs.).
- Gilliss, James M., *Expedición astronómica naval de los Estados Unidos al hemisferio Sur durante los años 1849-'50-'51-'52* (Santiago, 2016, 591 págs.).
- González Miranda, Sergio, *Hombres y mujeres de la pampa. Tarapacá en el ciclo de expansión del salitre*, 2.ª ed. (Santiago, 2002, 474 págs.).
- González V., Carlos, Hugo Rosati A. y Francisco Sánchez C., *Guamán Poma. Testigo del mundo andino* (Santiago, 2003, 619 págs.).
- Guerrero Jiménez, Bernardo (ed.), *Retrato hablado de las ciudades chilenas* (Santiago, 2002, 309 págs.).
- Herrera Rodríguez, Susana, *El aborto inducido. ¿Víctimas o victimarias?* (Santiago, 2004, 154 págs.).
- Humboldt, Alexander von, *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo* (Santiago, 2011, 964 págs.).
- Hutchison, Elizabeth Q., *Labores propias de su sexo. Género, políticas y trabajo en Chile urbano 1990-1930*, traducción de Jacqueline Garreaud Spencer (Santiago, 2006, 322 págs.).
- Jaksic, Fabián M., Pablo Camus, Sergio A. Castro, *Ecología y Ciencias Naturales. Historia del conocimiento del patrimonio biológico de Chile* (Santiago, 2012, 228 págs.).
- Kordic R., Raïssa y Mario Ferreccio P., *Topónimos y gentilicios de Chile* (Santiago, 2014, 313 págs.).
- Las horas Gott. Un manuscrito iluminado en Chile*, acompañado de un estudio de Daniel González Erices, Paola Corti Badía y María José Brañes González (Santiago, 2019, 94 págs. y 306 págs.).
- Lastra, Pedro y Rigas Kappatos, *Presencia de Grecia en la poesía hispanoamericana* (Santiago, 2004, 355 págs.).
- León, Leonardo, *Los señores de la cordillera y las pampas: los pehuenches de Malalhue, 1770-1800*, 2.ª ed. (Santiago, 2005, 355 págs.).

- León, Marco Antonio, *Construyendo un sujeto criminal. Criminología, criminalidad y sociedad en Chile. Siglos XIX y XX* (Santiago, 2015, 185 págs.).
- Lira, Rodrigo, *Proyecto de obras completas* (Santiago, 2003, 153 págs.).
- Lizama, Patricio (comp.), *Notas de artes de Jean Emar* (Santiago, 2003, 238 págs.).
- Lizama Silva, Gladys (coord.), *Modernidad y modernización en América Latina. México y Chile, siglos XVIII al XX* (Santiago, 2002, 349 págs.).
- Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *Las suaves cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1814-1932* (Santiago, 1999, 338 págs.).
- Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *Las ardientes cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1932-1994* (Santiago, 2000, 601 págs.).
- Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *El espejismo de la reconciliación política. Chile 1990-2002* (Santiago, 2002, 482 págs.).
- Marsilli, María N., *Hábitos perniciosos: religión andina colonial en la diócesis de Arequipa (siglos XVI al XVIII)* (Santiago, 2014, 156 págs.).
- Martínez C., José Luis, *Gente de la tierra de guerra. Los lipes en las tradiciones andinas y el imaginario colonial* (Lima, 2011, 420 págs.).
- Martínez L., René, *Santiago de Chile: Los planos de su historia. Siglos XVI a XX, de aldea a metrópolis* (Santiago, 2007, 130 págs.).
- Mazzei de Grazia, Leonardo, *La red familiar de los Urrejola de Concepción en el siglo XIX* (Santiago, 2004, 193 págs.).
- Medina, José Toribio, *Biblioteca chilena de traductores*, 2.^a ed., corregida y aumentada con estudio preliminar de Gertrudis Payàs, con la colaboración de Claudia Tirado (Santiago, 2007, 448 págs.).
- Medina, José Toribio, *Epistolario*, estudio introductorio, transcripción y notas de Macarena Ríos Llana (Santiago, 2024, 1151 págs.).
- Medina, José Toribio, *Los aborígenes de Chile*, estudio introductorio de Fernando Pairican Padilla (Santiago, 2023, 585 págs.).
- Mercedes Marín del Solar (1804-1866). *Obras reunidas*, compilación, estudio preliminar y notas críticas de Joyce Contreras Villalobos (Santiago, 2015, 642 págs.).
- Millones, Luis y Renata Mayer, *Funerales, muerte y el más allá en la historia del Perú* (Santiago, 2021, 113 págs.).
- Mistral, Gabriela, *Lagar II* (Santiago, 1991, 172 págs.).
- Mistral, Gabriela, *Lagar II*, primera reimpresión (Santiago, 1992, 172 págs.).
- Mitre, Antonio, *El dilema del centauro. Ensayos de teoría de la historia y pensamiento latinoamericano* (Santiago, 2002, 141 págs.).
- Mizón, Luis, *Claudio Gay y la formación de la identidad cultural chilena* (Santiago, 2001, 169 págs.).
- Monarca, Patricia, *Juan Luis Martínez: el juego de las contradicciones* (Santiago, 1998, 129 págs.).

- Montañez Sanabria, Elizabeth (ed.), *Cartografía histórica del Perú. Desde 1529 hasta el siglo XXI* (Santiago, 2024, 561 págs.).
- Moraga, Pablo, *Estaciones ferroviarias de Chile. Imágenes y recuerdos* (Santiago, 2001, 180 págs.).
- Morales, José Ricardo, *Estilo y paleografía de los documentos chilenos siglos XVI y XVII* (Santiago, 1994, 117 págs.).
- Moreno Jeria, Rodrigo, Jorge Ortiz Sotelo, *Un derrotero del Mar del Sur. El Pacífico americano a fines del siglo XVII* (Santiago, 2018, 539 págs.).
- Muñoz Delaunoy, Ignacio y Luis Ossandón Millavil (comps.), *La didáctica de la Historia y la formación de ciudadanos en el mundo actual* (Santiago, 2013, 456 págs.).
- Muratobi, Ludovico Antonio, *El cristianismo feliz en las misiones de los padres de la Compañía de Jesús en Paraguay*, traducción, introducción y notas Francisco Borghesi S. (Santiago, 1999, 469 págs.).
- Mussy, Luis de, *Cáceres* (Santiago, 2005, 589 págs.).
- Onetto Pavez, Mauricio, *Historia de un pasaje-mundo: El estrecho de Magallanes en el siglo de su descubrimiento* (Santiago, 2018, 99 págs.).
- Oña, Pedro de, *El Ignacio de Cantabria*, edición crítica de Mario Ferreccio P. y Mario Rodríguez (Santiago, 1992, 441 págs.).
- Paiva, Eduardo França, *Nombrar lo nuevo. Una historia léxica de Iberoamérica entre los siglos XVI y XVIII (las dinámicas de mestizajes y el mundo del trabajo)* (Santiago, 2020, 316 págs.).
- Parra, Antonio, *Descripción de diferentes piezas de historia natural las más del ramo marítimo, representadas en setenta y cinco láminas*, edición facsimilar. Acompañada de un estudio de Armando García González, El naturalista portugués Antonio Parra. Su obra científica (Santiago, 2016, 370 págs. y 244 págs.).
- Payàs P., Gertrudis, *Los parlamentos hispano-mapuches 1593-1803. Textos fundamentales* (Santiago, 2018, 652 págs.).
- Pinto Rodríguez, Jorge, *La formación del Estado, la nación y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión*, 2.^a ed. (Santiago, 2003, 320 págs.).
- Piwonka Figueroa, Gonzalo, *Orígenes de la libertad de prensa en Chile: 1823-1830* (Santiago, 2000, 178 págs.).
- Plath, Oreste, *Olografías. Libro para ver y crear* (Santiago, 1994, 156 págs.).
- Puig-Samper, Miguel Ángel, Francisco Orrego, Rosaura Ruiz y J. Alfredo Uribe (eds.), *“Yammerschuner” Darwin y la darwinización en Europa y América* (Santiago y Madrid, 2015, 350 págs.).
- Rebok, Sandra, *Humboldt y Jefferson. Una amistad transatlántica de la Ilustración* (Santiago, 2019, 200 págs.).
- Recabarren, Floreal, *La matanza de San Gregorio 1921: Crisis y tragedia* (Santiago, 2003, 117 págs.).

- Rengifo S., Francisca, *Vida conyugal, maltrato y abandono. El divorcio eclesiástico en Chile, 1850-1890* (Santiago, 2012, 340 págs.).
- Retamal Ávila, Julio y Sergio Villalobos R., *Bibliografía histórica chilena. Revistas chilenas 1843-1978* (Santiago, 1993, 363 págs.).
- Rinke, Stefan, *Cultura de masas, reforma y nacionalismo en Chile, 1910-1931* (Santiago, 2002, 174 págs.).
- Rivas, Benedicto, *Del registro al álbum fotográfico de Cholchol 1910-1940* (Santiago, 2024, 237 págs.).
- Rojas Flores, Jorge, *Las historietas en Chile 1962-1982. Industria, ideología y prácticas* (Santiago 2016, 549 págs.).
- Rosenblitt, Jaime (ed.), *Las revoluciones americanas y la formación de Estados Nacionales* (Santiago, 2013, 404 págs.).
- Rouso, Henry, *La última catástrofe. La historia, el presente, lo contemporáneo* (Santiago, 2018, 285 págs.).
- Rubio, Patricia, *Gabriela Mistral ante la crítica: bibliografía anotada* (Santiago, 1995, 437 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael (ed.), *Biblioteca Nacional. Patrimonio republicano de Chile* (Santiago, 2014, 209 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael, *La gira del Presidente Balmaceda al norte. El inicio del "crudo y riguroso invierno de un quinquenio (verano de 1889)"* (Santiago, 2001, 206 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael (ed.), *Ciencia-mundo. Orden republicano, arte y nación en América* (Santiago, 2010, 342 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael y José Ignacio González Leiva, *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español* (Santiago, 2004, 944 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael, José Ignacio González Leiva y José Compan Rodríguez, *La política en el espacio. Atlas histórico de las divisiones político-administrativas de Chile 1810-1940* (Santiago, 2016, 334 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael y Rodrigo Moreno Jeria (coords.), *El Mar del Sur en la historia. Ciencia, expansión, representación y poder en el Pacífico* (Santiago, 2015, 562 págs.).
- Salinas C., Maximiliano, Daniel Palma A, Christian Báez A y Marina Donoso R., *El que ríe último... Caricaturas y poesías en la prensa humorística chilena del siglo XIX* (Santiago, 2001, 291 págs.).
- Salinas C., Maximiliano, Micaela Navarrete A., *Para amar a quien yo quiero. Canciones femeninas de la tradición oral chilena recogidas por Rodolfo Lenz* (Santiago, 2012, 234 págs.).
- Salinas, Maximiliano, Tomás Cornejo y Catalina Saldaña, *¿Quiénes fueron los vencedores? Elite, pueblo y prensa humorística de la Guerra Civil de 1891* (Santiago, 2005, 240 págs.).

- Scarpa, Roque Esteban, *Las cenizas de las sombras, estudio preliminar y selección de Juan Antonio Massone* (Santiago, 1992, 179 págs.).
- Sepúlveda Llanos, Fidel, *El canto a lo poeta: a lo divino y a lo humano. Análisis estético antropológico y antología fundamental* (Santiago, 2009, 581 págs.).
- Sepúlveda Llanos, Fidel, *El cuento tradicional chileno. Estudio estético y antropológico. Antología esencial* (Santiago, 2012, 522 págs.).
- Sepúlveda Llanos, Fidel, *Patrimonio, identidad, tradición y creatividad* (Santiago, 2010, 173 págs.).
- Sepúlveda Llanos, Fidel, *Patrimonio, identidad, tradición y creatividad*, 2.^a ed. (Santiago, 2015, 178 págs.).
- Serra, Daniela, *De la naturaleza a la vitrina. Claudio Gay y el Gabinete de Historia Natural de Santiago* (Santiago, 2023, 291 págs.).
- Serrano, Sol, *Universidad y Nación* (Santiago, 2016, 308 págs.).
- Stabili María Rosaria, *El sentimiento aristocrático. Elites chilenas frente al espejo (1860-1960)* (Santiago, 2003, 571 págs.).
- Steffen, Hans, *Problemas limítrofes y viajes de exploración en la Patagonia. Recuerdos de los tiempos del litigio limítrofe ente Chile y Argentina*, traducción y notas al margen Fresia Barrientos Morales y Wolfgang Staub (Santiago, 2015, 314 págs.).
- Tafra, Sylvia, *Diamelel Eltit: El rito de pasaje como estrategia textual* (Santiago, 1998, 102 págs.).
- Tampe, Eduardo S.J., *Catálogo de jesuitas en Chile (1593-1767)* (Santiago, 2008, 304 págs.).
- Tesis Bicentenario 2004* (Santiago, 2005, vol. I, 443 págs.).
- Tesis Bicentenario 2005* (Santiago, 2006, vol. II, 392 págs.).
- Timmermann, Freddy, *Violencia de texto, violencia de contexto: historiografía y literatura testimonial. Chile, 1973* (Santiago, 2008, 195 págs.).
- Tinsman, Heidi, *La tierra para el que la trabaja. Género, sexualidad y movimientos campesinos en la Reforma Agraria chilena* (Santiago, 2009, 338 págs.).
- Toro, Graciela, *Bajo el signo de los aromas. Apuntes de viaje a India y Paquistán* (Santiago, 1995, 163 págs.).
- Torres, Isabel, *La crisis del sistema democrático: las elecciones presidenciales y los proyectos políticos excluyentes. Chile 1958-1970* (Santiago, 2014, 421 págs.).
- Undurraga Schüller, Verónica y Stefan Meier Valenzuela, *Pioneras. Mujeres que cambiaron la historia de la ciencia y el conocimiento en Chile: Un reconocimiento* (Santiago, 2022, 183 págs.).
- Urbina Carrasco, M.^a Ximena, *La frontera de arriba en Chile colonial* (Santiago, 2009, 354 págs.).
- Uribe, Verónica (ed.), *Imágenes de Santiago del nuevo extremo* (Santiago, 2002, 95 págs.).

- Urrutia, María Eugenia, *Rosamel del Valle, poeta órfico* (Santiago, 1996, 119 págs.).
- Valdés Chadwick, Consuelo, *Terminología museológica. Diccionario básico, inglés-español y español-inglés* (Santiago, 1999, 185 págs.).
- Valle, Juvencio, *Pajarería chilena* (Santiago, 1995, 75 págs.).
- Varas, Augusto y Felipe Agüero, *El proyecto político-militar* (Santiago, 2011, 261 págs.).
- Vásquez, Tito, *Tito Vásquez. Obra fotográfica, 1940-1970* (Santiago, 2023, 193 págs.).
- Vico, Mauricio, *El afiche político en Chile, 1970-2013* (Santiago, 2013, 185 págs.).
- Vico, Mauricio, *Todos juntos: Iconografía de la contracultura en Chile (1964-1974)* (Santiago, 2019, 314 págs.).
- Vico, Mauricio, *Un grito en la pared: psicodelia, compromiso político y exilio en el cartel chileno* (Santiago, 2009, 215 págs.).
- Vicuña, Manuel, *Hombres de palabras. Oradores, tribunos y predicadores* (Santiago, 2003, 162 págs.).
- Vicuña, Manuel, *Voces de ultratumba. Historia del espiritismo en Chile* (Santiago, 2006, 196 págs.).
- Villalobos, Sergio y Rafael Sagredo, *Los Estancos en Chile* (Santiago, 2004, 163 págs.).
- Villar Vásquez, Gorka, *Compromiso militante y producción historiográfica. Hernán Ramírez Necochea y Julio César Jobet (1930-1973)* (Santiago, 2020, 272 págs.).
- Virgilio Maron, Publio, *Eneida*, traducción castellana de Egidio Poblete (Santiago, 1994, 425 págs.).
- Viu Antonia, Pilar García, *Territorios del tiempo, historia, escritura e imaginarios en la narrativa de Antonio Gil* (Santiago, 2013, 270 págs.).
- Whipple, Pablo, *La gente decente de Lima y su resistencia al orden republicano* (Lima, 2013, 220 págs.).
- Y se va la primera... conversaciones sobre la cueca. Las cuecas de la Lira Popular*, compilación Micaela Navarrete A. y Karen Donoso F. (Santiago, 2010, 318 págs.).

BIBLIOTECA RECORRIDOS

- Vol. 1 Francisco Javier Morales Aguilera, *Historia de la violencia política durante la Unidad Popular. Actores, coyunturas, discursos (1970-1973)* (Santiago, 2023, 494 págs.).
- Vol. 2 Francisca Espinoza Muñoz, *Justicia material y políticas de consumo en el gobierno de la Unidad popular (1970-1973)* (Santiago, 2023, 262 págs.).
- Vol. 3 César Albornoz Cuevas, *Prehistoria del rock chileno, 1945-1967* (Santiago, 2023, 365 págs.).
- Vol. 4 Pablo Marín Castro, *Imaginémonos el caos. Cine, cultura y revolución en Chile, 1967-1973* (Santiago, 2023, 210 págs.).

Vol. 5 Nara Milanich, *Hijos del azar. Infancia, clase y Estado en Chile, 1850-1930* (Santiago, 2024, 412 págs.).

Vol. 6 Andrés Estefane, *Contar. La producción de las primeras estadísticas oficiales en Chile* (Santiago, 2024, 371 págs.).

COLECCIÓN DE ANTROPOLOGÍA

Vol. I Mauricio Massone, Donald Jackson y Alfredo Prieto, *Perspectivas arqueológicas de los Selk'nam* (Santiago, 1993, 170 págs.).

Vol. II Rubén Stehberg, *Instalaciones incaicas en el norte y centro semiárido de Chile* (Santiago, 1995, 225 págs.).

Vol. III Mauricio Massone y Roxana Seguel (compiladores), *Patrimonio arqueológico en áreas silvestres protegidas* (Santiago, 1994, 176 págs.).

Vol. IV Daniel Quiroz y Marco Sánchez (compiladores), *La isla de las palabras rotas* (Santiago, 1997, 257 págs.).

Vol. V José Luis Martínez, *Pueblos del chañar y el algarrobo* (Santiago, 1998, 220 págs.).

Vol. VI Rubén Stehberg, *Arqueología histórica antártica. Participación de aborígenes sudamericanos en las actividades de cacería en los mares subantárticos durante el siglo XIX* (Santiago, 2003, 202 págs.).

Vol. VII Mauricio Massone, *Los cazadores después del hielo* (Santiago, 2004, 174 págs.).

Vol. VIII Victoria Castro, *De ídolos a santos. Evangelización y religión andina en los Andes del sur* (Santiago, 2009, 620 págs.).

Vol. IX Daniel Quiroz, *Soplan las ballenas... Historias sobre la caza de cetáceos en las costas de Chile* (Santiago, 2020, 408 págs.).

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS DEL FOLKLORE

Vol. I *Aunque no soy literaria. Rosa Araneda en la poesía popular del siglo XIX*, compilación y estudio Micaela Navarrete A. (Santiago, 1998, 302 págs.).

Vol. II *Por historia y travesura. La Lira Popular del poeta Juan Bautista Peralta*, compilación y estudio Micaela Navarrete A. y Tomás Cornejo C. (Santiago, 2006, 461 págs.).

Vol. III *Los diablos son los mortales. La obra del poeta popular Daniel Meneses*, compilación y estudios Micaela Navarrete A. y Daniel Palma A. (Santiago, 2008, 733 págs.).

Vol. IV *Si a tanta altura te subes. "Contrapunto" entre los poetas populares Nicasio García y Adolfo Reyes*, compilación y estudios Micaela Navarrete A. y Karen Donoso F. (Santiago, 2011, 530 págs.).

COLECCIÓN ENSAYOS Y ESTUDIOS

- Vol. I Bárbara de Vos Eyzaguirre, *El surgimiento del paradigma industrializador en Chile (1875-1900)* (Santiago, 1999, 107 págs.).
- Vol. II Marco Antonio León León, *La cultura de la muerte en Chiloé* (Santiago, 1999, 122 págs.).
- Vol. III Clara Zapata Tarrés, *Las voces del desierto: la reformulación de las identidades de los aymaras en el norte de Chile* (Santiago, 2001, 168 págs.).
- Vol. IV Donald Jackson S., *Los instrumentos líticos de los primeros cazadores de Tierra del Fuego 1875-1900* (Santiago, 2002, 100 págs.).
- Vol. V Bernard Lavalle y Francine Agard-Lavalle, *Del Garona al Mapocho: emigrantes, comerciantes y viajeros de Burdeos a Chile. (1830-1870)* (Santiago, 2005, 125 págs.).
- Vol. VI Jorge Rojas Flores, *Los boy scouts en Chile: 1909-1953* (Santiago, 2006, 188 págs.).
- Vol. VII Germán Colmenares, *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX* (Santiago, 2006, 117 págs.).
- Vol. VIII Marcello Carmagnani, *El salariado minero en Chile colonial su desarrollo en una sociedad provincial: el Norte Chico 1690-1800* (Santiago, 2006, 124 págs.).
- Vol. IX Horacio Zapater, *América Latina. Ensayos de Etnohistoria* (Santiago, 2007, 232 págs.).

COLECCIÓN ESCRITORES DE CHILE

- Vol. I *Alone y los Premios Nacionales de Literatura*, recopilación y selección de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1992, 338 págs.).
- Vol. II *Jean Emar. Escritos de arte. 1923-1925*, recopilación e introducción de Patricio Lizama (Santiago, 1992, 170 págs.).
- Vol. III *Vicente Huidobro. Textos inéditos y dispersos*, recopilación, selección e introducción de José Alberto de la Fuente (Santiago, 1993, 254 págs.).
- Vol. IV *Domingo Melfi. Páginas escogidas* (Santiago, 1993, 128 págs.).
- Vol. V *Alone y la crítica de cine*, recopilación y prólogo de Alfonso Calderón S. (Santiago, 1993, 204 págs.).
- Vol. VI *Martín Cerda. Ideas sobre el ensayo*, recopilación y selección de Alfonso Calderón S. y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1993, 268 págs.).
- Vol. VII *Alberto Rojas Jiménez. Se paseaba por el alba*, recopilación y selección de Oreste Plath, coinvestigadores Juan Camilo Lorca y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1994, 284 págs.).
- Vol. VIII *Juan Emar, Umbral*, nota preliminar, Pedro Lastra; biografía para una obra, Pablo Brodsky (Santiago, 1995-1996, cinco tomos, + 4134 págs.).

- Vol. ix *Martín Cerda. Palabras sobre palabras*, recopilación de Alfonso Calderón S. y Pedro Pablo Zegers B., prólogo de Alfonso Calderón S. (Santiago, 1997, 143 págs.).
- Vol. x *Eduardo Anguita. Páginas de la memoria*, prólogo de Alfonso Calderón S. y recopilación de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 2000, 98 págs.).
- Vol. xi *Ricardo Latcham. Varia lección*, selección y nota preliminar de Pedro Lastra y Alfonso Calderón S., recopilación de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 2000, 326 págs.).
- Vol. xii *Cristián Huneeus. Artículos de prensa (1969-1985)*, recopilación y edición Daniela Huneeus y Manuel Vicuña, prólogo de Roberto Merino (Santiago, 2001, 151 págs.).
- Vol. xiii *Rosamel del Valle. Crónicas de New York*, recopilación de Pedro Pablo Zegers B., prólogo de Leonardo Sanhueza (Santiago, 2002, 212 págs.).
- Vol. xiv *Romeo Murga. Obra reunida*, recopilación, prólogo y notas de Santiago Aránguiz Pinto (Santiago, 2003, 280 págs.).

COLECCIÓN FUENTES PARA EL ESTUDIO DE LA COLONIA

- Vol. I *Fray Francisco Xavier Ramírez, Coronicón sacro-imperial de Chile*, transcripción y estudio preliminar de Jaime Valenzuela Márquez (Santiago, 1994, 280 págs.).
- Vol. II *Epistolario de don Nicolás de la Cruz y Bahamonde. Primer conde de Maule*, prólogo, revisión y notas de Sergio Martínez Baeza (Santiago, 1994, 300 págs.).
- Vol. III *Archivo de protocolos notariales de Santiago de Chile. 1559 y 1564-1566*, compilación y transcripción paleográfica de Álvaro Jara H. y Rolando Mellafe R., introducción de Álvaro Jara H. (Santiago, 1995-1996, dos tomos, 800 págs.).
- Vol. IV *Taki Onqoy: de la enfermedad del canto a la epidemia*, estudio preliminar de Luis Millones (Santiago, 2007, 404 págs.).
- Vol. V *Escribanos de Santiago de Chile. Índice descriptivo (1559-1600)*, estudio preliminar de Marcello Carmagnani (Santiago, 2014, dos tomos 1016 págs.).

COLECCIÓN FUENTES PARA LA HISTORIA DE LA REPÚBLICA

- Vol. I *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 351 págs.).
- Vol. II *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 385 págs.).
- Vol. III *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1992, 250 págs.).
- Vol. IV *Cartas de Ignacio Santa María a su hija Elisa*, recopilación de Ximena Cruzat A. y Ana Tironi (Santiago, 1991, 156 págs.).
- Vol. V *Escritos del padre Fernando Vives*, recopilación de Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 524 págs.).

- Vol. VI *Ensayistas proteccionistas del siglo XIX*, recopilación de Sergio Villalobos R. y Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 315 págs.).
- Vol. VII *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, 1995, 577 págs.).
- Vol. VIII *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T., primera reimpression (Santiago, 1997, 577 págs.).
- Vol. IX *Sistema carcelario en Chile. Visiones, realidades y proyectos (1816-1916)*, compilación y estudio preliminar de Marco Antonio León León (Santiago, 1996, 303 págs.).
- Vol. X *"... I el silencio comenzó a reinar". Documentos para la historia de la instrucción primaria*, investigador Mario Monsalve Bórquez (Santiago, 1998, 290 págs.).
- Vol. XI *Poemario popular de Tarapacá 1889-1910*, recopilación e introducción, Sergio González, M. Angélica Illanes y Luis Moulián (Santiago, 1998, 458 págs.).
- Vol. XII *Crónicas políticas de Wilfredo Mayorga. Del "Cielito Lindo" a la Patria Joven*, recopilación de Rafael Sagredo Baeza (Santiago, 1998, 684 págs.).
- Vol. XIII *Francisco de Miranda, Diario de viaje a Estados Unidos, 1783-1784*, estudio preliminar y edición crítica de Sara Almarza Costa (Santiago, 1998, 185 págs.).
- Vol. XIV *Etnografía mapuche del siglo XIX*, Iván Inostroza Córdova (Santiago, 1998, 139 págs.).
- Vol. XV *Manuel Montt y Domingo F. Sarmiento. Epistolario 1833-1888*, estudio, selección y notas Sergio Vergara Quiroz (Santiago, 1999, 227 págs.).
- Vol. XVI *Viajeros rusos al sur del mundo*, compilación, estudios introductorios y notas de Carmen Norambuena y Olga Ulianova (Santiago, 2000, 742 págs.).
- Vol. XVII *Epistolario de Pedro Aguirre Cerda (1938-1941)*, recopilación y notas Leonidas Aguirre Silva (Santiago, 2001, 198 págs.).
- Vol. XVIII *Leyes de reconciliación en Chile: Amnistías, indultos y reparaciones 1819-1999*, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2001, 332 págs.).
- Vol. XIX *Cartas a Manuel Montt: un registro para la historia social y política de Chile. (1836-1869)*, estudio preliminar Marco Antonio León León y Horacio Aránguiz Donoso (Santiago, 2001, 466 págs.).
- Vol. XX *Arquitectura política y seguridad interior del Estado. Chile 1811-1990*, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2002, 528 págs.).
- Vol. XXI *Una flor que renace: autobiografía de una dirigente mapuche, Rosa Isolde Reuque Paillalef*, edición y presentación de Florencia E. Mallon (Santiago, 2003, 320 págs.).
- Vol. XXII *Cartas desde la Casa de Orates*, Angélica Lavín, editora, prólogo Manuel Vicuña (Santiago, 2003, 105 págs.).

- Vol. xxii *Acusación constitucional contra el último ministerio del Presidente de la República don José Manuel Balmaceda. 1891-1893*, recopilación de Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2003, 536 págs.).
- Vol. xxiii *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, editores Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (Santiago, 2005, tomo 1: Komintern y Chile 1922-1931, 463 págs.).
- Vol. xxiv *Memorias de Jorge Beauchef*, biografía y estudio preliminar Patrick Puigmal (Santiago, 2005, 278 págs.).
- Vol. xxv *Epistolario de Rolando Mellafe Rojas*, selección y notas María Teresa González F. (Santiago, 2005, 409 págs.).
- Vol. xxvi *Pampa escrita. Cartas y fragmentos del desierto salitrero*, selección y estudio preliminar Sergio González Miranda (Santiago, 2006, 1054 págs.).
- Vol. xxvii *Los actos de la dictadura. Comisión investigadora, 1931*, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2006, 778 págs.).
- Vol. xxviii *Epistolario de Miguel Gallo Goyonechea 1837-1869*, selección y notas Pilar Álamos Concha (Santiago, 2007, 810 págs.).
- Vol. xxix *100 voces rompen el silencio. Testimonios de ex presas y presos políticos de la dictadura militar en Chile (1973-1990)*, compiladoras Wally Kunstman Torres y Victoria Torres Ávila (Santiago, 2008, 730 págs.).
- Vol. xxx *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, editores Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (Santiago, 2009, tomo 2: Komintern y Chile 1931-1935, 482 págs.).
- Vol. xxxi *El mercurio chileno*, recopilación y estudio Gabriel Cid (Santiago, 2009, 622 págs.).
- Vol. xxxii *Escritos políticos de Martín Palma*, recopilación, estudios Sergio Villalobos R. y Ana María Stuen V. (Santiago, 2009, 422 págs.).
- Vol. xxxiii *Eugenio Matte Hurtado. Textos políticos y discursos parlamentarios*, compilación, estudio introductorio y notas Raimundo Meneghello M., prólogo Santiago Aránguiz P. (Santiago, 2010, 372 págs.).
- Vol. xxxiv *Pablo Neruda-Claudio Véliz, Correspondencia en el camino al Premio Nobel, 1963-1970*, selección, estudio preliminar y notas Abraham Quezada Vergara (Santiago, 2011, 182 págs.).
- Vol. xxxv *Epistolario de Alberto Blest Gana*, recopilación y transcripción dirigidas por José Miguel Barros Franco (Santiago, 2011, tomo I, 804 págs., tomo II, 1010 págs.).
- Vol. xxxvi *Diccionario de los militares napoleónicos durante la independencia. Argentina, Chile y Perú*, compilación e investigación Patrick Puigmal (Santiago, 2013, 340 págs.).
- Vol. xxxvii *Calles caminadas, anverso y reverso*, estudio y compilación Eliana Largo (Santiago, 2014, 552 págs.).
- Vol. xxxviii *Domingo Santa María González (1824-1889). Epistolario*, estudio y compilación Álvaro Góngora Escobedo (Santiago, 2015, 1136 págs.).

- Vol. xxxix *Diccionario de los militares napoleónicos durante la independencia de los países bolivarianos (Colombia, Venezuela, Panamá, Bolivia y Ecuador)*, compilación e investigación Patrick Puigmal (Santiago, 2015, 432 págs.).
- Vol. xl *Epistolario de Manuel Montt (1824-1880)*, estudio preliminar, recopilación, transcripción y notas Cristóbal García-Huidobro Becerra (Santiago, 2015, tomo I, 1082 págs., tomo II, 960 págs.).
- Vol. xli *Fuentes para la historia sísmica de Chile (1570-1906)*, estudio preliminar, selección, transcripción y notas Alfredo Palacios Roa (Santiago, 2016, 354 págs.).
- Vol. xlii *Un viaje a las colonias. Memorias y diario de un ovejero escocés en Malvinas, Patagonia y Tierra del Fuego (1878-1898)*, investigación, estudio introductorio y comentarios Alberto Harambour R., traducción Mario Azara y Alberto Harambour, transcripción Mario Azara (Santiago, 2016, 178 págs.).
- Vol. xliiii *Flores de cobre. Chile entre 1969 y 1973*, Jarka Stuchlik, con un estudio introductorio de Constanza Dalla Porta Andrade, traducido por Gorgias Romero y Willie Barne en colaboración con la autora (Santiago, 2017, 392 págs.).
- Vol. xliv *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, editores Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (Santiago, 2017, tomo 3: Komintern y Chile 1935-1931, 775 págs.).
- Vol. xlv *Monografía de una familia obrera. Jorge Errázuriz Tagle, Guillermo Eyzaguirre Rouse*, estudio introductorio Simón Castillo Fernández (Santiago, 2018, 168 págs.).
- Vol. xlvi *Epistolario de Rafael Gatica Soiza 1812-1876*, introducción, recopilación, transcripción y notas Sergio Silva Gatica (Santiago, 2019, 313 págs.).
- Vol. xlvii *Chile en los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba (1960-1974)*, introducción, recopilación, transcripción y notas Ricardo Pérez Haristoy (Santiago, 2019, 341 págs.).
- Vol. xlviii *Testimonios de militares antigolpistas*, presentación y entrevistas Jorge Magasich Airola (Santiago, 2019, 1284 págs.).
- Vol. xlix *Diccionario de los militares y agentes napoleónicos durante la independencia. México, Centroamérica, el Caribe y Brasil (1791-1840)*, compilación e investigación Patrick Puigmal (Santiago, 2020, 695 págs.).
- Vol. l *La Junta de Gobierno Militar. Poder Constituyente y Legislativo, 11 de septiembre de 1984 - 11 de marzo de 1990*, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2021, 530 págs.).
- Vol. li *Cartas Rapa Nui. (Siglos XIX y XX)*, investigación, compilación y notas Rolf Foerster (Santiago, 2021, 1254 págs.).
- Vol. lii *Diario militar de la campaña que el ejército unido restaurador abrió en el territorio peruano el año 1838 contra el general Santa-Cruz*, compilación Gonzalo Serrano del Pozo (Santiago, 2021, 178 págs.).
- Vol. liii *El protectorado de indígenas en Chile. Estudio introductorio y fuentes (1898-1923)*, compilación y edición Jorge Pavez Ojeda y Gertrudis Payàs Puigarnau con la colaboración de Julieta Vivar, Danay Mariman y Susana González (Santiago, 2021, 610 págs.).

- Vol. LIV *La histórica utopía sobre una educación de calidad. Reflexiones de Juan Egaña*, edición, transcripción y notas de María Gabriela Huidobro Salazar (Santiago, 2022, 126 págs.).
- Vol. LV *La vida y los trabajos industriales de William Wheelwright en la América del Sur por Juan Bautista Alberdi*, estudio preliminar, transcripción y notas Gonzalo Serrano (Santiago, 2024, 241 págs.).
- Vol. LVI *Jeremiah N. Reynolds en Chile (1830-1832). Viajes olvidados, escritos fragmentarios, conocimientos esporádicos*, estudio, recopilación y notas Daniel Quiroz (Santiago, 2024, 164 págs.).

COLECCIÓN IMÁGENES DEL PATRIMONIO

- Vol. I. Rodrigo Sánchez R. y Mauricio Massone M., *Cultura Aconcagua* (Santiago, 1995, 64 págs.).

COLECCIÓN SOCIEDAD Y CULTURA

- Vol. I Jaime Valenzuela Márquez, *Bandidaje rural en Chile central, Curicó, 1850-1900* (Santiago, 1991, 160 págs.).
- Vol. II Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *La Milicia Republicana. Los civiles en armas. 1932-1936* (Santiago, 1992, 132 págs.).
- Vol. III Micaela Navarrete, *Balmaceda en la poesía popular 1886-1896* (Santiago, 1993, 126 págs.).
- Vol. IV Andrea Ruiz-Esquide F., *Los indios amigos en la frontera araucana* (Santiago, 1993, 116 págs.).
- Vol. V Paula de Dios Crispi, *Inmigrar en Chile: estudio de una cadena migratoria hispana* (Santiago, 1993, 172 págs.).
- Vol. VI Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)* (Santiago, 1993, 190 págs.).
- Vol. VII Ricardo Nazer Ahumada, *José Tomás Urmeneta. Un empresario del siglo XIX* (Santiago, 1994, 289 págs.).
- Vol. VIII Álvaro Góngora Escobedo, *La prostitución en Santiago (1813-1930). Visión de las élites* (Santiago, 1994, 259 págs.).
- Vol. IX Luis Carlos Parentini Gayani, *Introducción a la etnohistoria mapuche* (Santiago, 1996, 136 págs.).
- Vol. X Jorge Rojas Flores, *Los niños cristaleros: trabajo infantil en la industria. Chile, 1880-1950* (Santiago, 1996, 136 págs.).
- Vol. XI Josefina Rossetti Gallardo, *Sexualidad adolescente: Un desafío para la sociedad chilena* (Santiago, 1997, 301 págs.).
- Vol. XII Marco Antonio León León, *Sepultura sagrada, tumba profana. Los espacios de la muerte en Santiago de Chile, 1883-1932* (Santiago, 1997, 282 págs.).

- Vol. XIII Sergio Grez Toso, *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)* (Santiago, 1998, 831 págs.).
- Vol. XIV Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile* (Santiago, 1997, 279 págs.).
- Vol. XIV Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile*, 2.^a ed. (Santiago, 2000, 312 págs.).
- Vol. XV Larissa Adler Lomnitz y Ana Melnick, *Neoliberalismo y clase media. El caso de los profesores de Chile* (Santiago, 1998, 165 págs.).
- Vol. XVI Marcello Carmagnani, *Desarrollo industrial y subdesarrollo económico. El caso chileno (1860-1920)*, traducción de Silvia Hernández (Santiago, 1998, 241 págs.).
- Vol. XVII Alejandra Araya Espinoza, *Ociosos, vagabundos y malentretidos en Chile colonial* (Santiago, 1999, 174 págs.).
- Vol. XVIII Leonardo León, *Apogeo y ocaso del toqui Ayllapangui de Malleco, Chile* (Santiago, 1999, 282 págs.).
- Vol. XIX Gonzalo Piwonka Figueroa, *Las aguas de Santiago de Chile 1541-1999* (Santiago, 1999, tomo I: "Los primeros doscientos años. 1541-1741", 480 págs.).
- Vol. XX Pablo Lacoste, *El Ferrocarril Trasandino* (Santiago, 2000, 459 págs.).
- Vol. XXI Fernando Purcell Torretti, *Diversiones y juegos populares. Formas de sociabilidad y crítica social Colchagua, 1850-1880* (Santiago, 2000, 148 págs.).
- Vol. XXII María Loreto Egaña Baraona, *La educación primaria popular en el siglo XIX en Chile. Una práctica de política estatal* (Santiago, 2000, 256 págs.).
- Vol. XXIII Carmen Gloria Bravo Quezada, *La flor del desierto. El mineral de Caracoles y su impacto en la economía chilena* (Santiago, 2000, 150 págs.).
- Vol. XXIV Marcello Carmagnani, *Los mecanismos de la vida económica en una sociedad colonial: Chile 1860-1830*, traducción de Sergio Grez T., Leonora Reyes J. y Jaime Riera (Santiago, 2001, 416 págs.).
- Vol. XXV Claudia Darrigrandi Navarro, *Dramaturgia y género en el Chile de los sesenta* (Santiago, 2001, 191 págs.).
- Vol. XXVI Rafael Sagredo Baeza, *Vapor al norte, tren al sur. El viaje presidencial como práctica política en Chile. Siglo XIX* (Santiago y México D. F., 2001, 564 págs.).
- Vol. XXVII Jaime Valenzuela Márquez, *Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709)* (Santiago, 2001, 492 págs.).
- Vol. XXVIII Cristián Guerrero Lira, *La contrarrevolución de la Independencia* (Santiago, 2002, 330 págs.).
- Vol. XXIX José Carlos Rovira, *José Toribio Medina y su fundación literaria y bibliográfica del mundo colonial americano* (Santiago, 2002, 145 págs.).
- Vol. XXX Emma de Ramón, *Obra y fe. La catedral de Santiago. 1541-1769* (Santiago, 2002, 202 págs.).

- Vol. xxxi Sergio González Miranda, *Chilenizando a Tunupa. La escuela pública en el Tarapacá andino, 1880-1990* (Santiago, 2002, 292 págs.).
- Vol. xxxii Nicolás Cruz, *El surgimiento de la educación secundaria pública en Chile (El Plan de Estudios Humanista, 1843-1876)* (Santiago, 2002, 238 págs.).
- Vol. xxxiii Marcos Fernández Labbé, *Prisión común, imaginario social e identidad. Chile, 1870-1920* (Santiago, 2003, 245 págs.).
- Vol. xxxiv Juan Carlos Yáñez Andrade, *Estado, consenso y crisis social. El espacio público en Chile 1900-1920* (Santiago, 2003, 236 págs.).
- Vol. xxxv Diego Lin Chou, *Chile y China: inmigración y relaciones bilaterales (1845-1970)* (Santiago, 2003, 569 págs.).
- Vol. xxxvi Rodrigo Hidalgo Dattwyler, *La vivienda social en Chile y la construcción del espacio urbano en el Santiago del siglo xx* (Santiago, 2004, 492 págs.).
- Vol. xxxvii René Millar, *La inquisición en Lima. Signos de su decadencia 1726-1750* (Santiago, 2005, 183 págs.).
- Vol. xxxviii Luis Ortega Martínez, *Chile en ruta al capitalismo. Cambio, euforia y depresión 1850-1880* (Santiago, 2005, 496 págs.).
- Vol. xxxix Asunción Lavrin, *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890-1940*, traducción de María Teresa Escobar Budge (Santiago, 2005, 528 págs.).
- Vol. xl Pablo Camus Gayán, *Ambiente, bosques y gestión forestal en Chile 1541-2005* (Santiago, 2006, 374 págs.).
- Vol. xli Raffaele Nocera, *Chile y la guerra, 1933-1943, traducción de Doina Dragutescu* (Santiago, 2006, 244 págs.).
- Vol. xlii Carlos Sanhueza Cerda, *Chilenos en Alemania y alemanes en Chile. Viaje y nación en el siglo xix* (Santiago, 2006, 270 págs.).
- Vol. xliii Roberto Santana Ulloa, *Agricultura chilena en el siglo xx: contextos, actores y espacios agrícolas* (Santiago, 2006, 338 págs.).
- Vol. xliv David Home Valenzuela, *Los huérfanos de la Guerra del Pacífico: el 'Asilo de la Patria'* (Santiago, 2006, 164 págs.).
- Vol. xlv María Soledad Zárata C., *Dar a luz en Chile, siglo xix. De la "ciencia de hembra" a la ciencia obstétrica* (Santiago, 2007, 548 págs.).
- Vol. xlvi Peter DeShazo, *Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile: 1902-1927*, traducción de Pablo Larach (Santiago, 2007, 390 págs.).
- Vol. xlvii Margaret Power, *La mujer de derecha: el poder femenino y la lucha contra Salvador Allende, 1964-1973*, traducción de María Teresa Escobar (Santiago, 2008, 318 págs.).
- Vol. xlviii Mauricio F. Rojas Gómez, *Las voces de la justicia. Delito y sociedad en Concepción (1820-1875). Atentados sexuales, pependencias, bigamia, amancebamiento e injurias* (Santiago, 2008, 286 págs.).

- Vol. XLIX Alfredo Riquelme Segovia, *Rojo atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia* (Santiago, 2009, 342 págs.).
- Vol. L Consuelo Figueroa Garavagno, *Revelación del subsole. Las mujeres en la sociedad minera del carbón 1900-1930* (Santiago, 2009, 152 págs.).
- Vol. LI Macarena Ponce de León Atria, *Gobernar la pobreza. Prácticas de caridad y beneficencia en la ciudad de Santiago, 1830-1890* (Santiago, 2011, 378 págs.).
- Vol. LII Leonardo León Solís, *Ni patriotas ni realistas. El bajo pueblo durante la Independencia de Chile, 1810-1822* (Santiago, 2011, 816 págs.).
- Vol. LIII Verónica Undurraga Schüller, *Los rostros del honor. Normas culturales y estrategias de promoción social en Chile colonial, siglo XVIII* (Santiago, 2013, 428 págs.).
- Vol. LIV Jaime Rosenblitt, *Centralidad geográfica, marginalidad política: la región de Tacna-Arica y su comercio, 1778-1841* (Santiago, 2013, 336 págs.).
- Vol. LV Pablo Rubio Apolaza, *Los civiles de Pinochet. La derecha en el régimen militar chileno, 1983-1990* (Santiago, 2013, 346 págs.).
- Vol. LVI Stefan Rinke, *Encuentro con el yanqui: norteamericanización y cambio cultural en Chile 1898-1990* (Santiago, 2013, 586 págs.).
- Vol. LVII Elvira López Taverne, *El proceso de construcción estatal en Chile. Hacienda pública y burocracia (1817-1860)* (Santiago, 2014, 336 págs.).
- Vol. LVIII Alejandra Vega, *Los Andes y el territorio de Chile en el siglo XVI: descripción, reconocimiento e invención* (Santiago, 2014, 324 págs.).
- Vol. LIX Jaime Valenzuela Márquez, *Fiesta, rito y política. Del Chile borbónico al republicano* (Santiago, 2014, 470 págs.).
- Vol. LX William Sater, *Tragedia Andina. La lucha en la Guerra del Pacífico. 1789-1884* (Santiago, 2016, 302 págs.).
- Vol. LXI Javier E. Rodríguez Weber, *Desarrollo y desigualdad en Chile (1850-2009). Historia de su economía política* (Santiago, 2017, 415 págs.).
- Vol. LXII Mauricio Onetto Pavez, *Temblores de tierra en el jardín del Edén. Desastre, memoria e identidad. Chile, siglos XVI-XVII* (Santiago, 2017, 472 págs.).
- Vol. LXIII Samuel J. Martland, *Construir Valparaíso: Tecnología, municipalidad y Estado, 1820-1920* (Santiago, 2017, 250 págs.).
- Vol. LXIV João Paulo Pimenta, *La independencia de Brasil y la experiencia hispanoamericana (1808-1822)* (Santiago, 2017, 422 págs.).
- Vol. LXV María Carolina Sanhueza Benavente, *Por los caminos del valle central de Chile: El sistema vial entre los ríos Maipo y Mataquito (1790-1860)* (Santiago, 2018, 148, págs.).
- Vol. LXVI Ignacio Chuecas Saldías, *Dueños de la frontera. Terratenientes y sociedad colonial en la periferia chilena. Isla de Laja (1670-1845)* (Santiago, 2018, 540 págs.).

- Vol. LXVII Xochitl Guadalupe Inostroza Ponce, *Parroquia de Belén. Población, familia y comunidad de una doctrina aimara. Altos de Arica 1763-1820* (Santiago, 2019, 392 págs.).
- Vol. LXVIII José Araneda Riquelme, *Un gobierno de papel. El correo y sus rutas de comunicación en tiempos de la reforma imperial en Chile (1764-1796)* (Santiago, 2020, 174 págs.).
- Vol. LXIX Ricardo D. Salvatore, *La Confederación Argentina y sus subalternos: Integración estatal, política y derechos en el Buenos Aires posindependiente (1820-1860)* (Santiago, 2020, 314 págs.).
- Vol. LXX Sebastián Hernández Toledo, *La persistencia en el exilio. Redes político-intelectuales de los apristas en Chile (1922-1945)* (Santiago, 2021, 302 págs.).
- Vol. LXXI Juan José Martínez Barraza, *Comercio interior de Santiago de Chile a fines del periodo colonial, 1773-1810* (Santiago, 2022, 198 págs.).
- Vol. LXXII Jorge Rojas Flores, *Años turbulentos. Los comunistas durante el gobierno de Gabriel González Videla, 1946-1952* (Santiago, 2022, 800 págs.).
- Vol. LXXIII Pedro Iacobelli Delpiano, *De cara a Asia: pautas en la relación chilena con Japón y China, 1880-1940* (Santiago, 2024, 131 págs.).



LA IMAGEN QUE CORONA ESTE COLOFÓN REPRESENTA A LA PRIMERA IMPRENTA LLEGADA A CHILE EN 1811. SIMBOLIZA, TAMBIÉN, EL RIGOR HUMANO QUE CONLLEVA LA REALIZACIÓN DE UN LIBRO IMPRESO Y HONRA LA MEMORIA HISTÓRICA DE AQUELLA LABOR. SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 500 EJEMPLARES EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE IMPRESORA Y COMERCIAL FEYSER LTDA. EN EL MES DE NOVIEMBRE DE 2024.

Jeremiah N. Reynolds (1799-1858) es una figura singular, enigmática y bastante controvertida en la historia de las exploraciones marítimas de los Estados Unidos. Sus aventuras, algunas reales y otras imaginadas, han formado parte de innumerables relatos y han sido tema de novelas bastante exitosas. Se lo ha etiquetado como un romántico o, al menos, se ha dicho que la historia de su vida es «una historia romántica» y también se lo ha considerado como «un luchador en un país de luchadores». Sus viajes por Chile son desconocidos, por lo mismo, en este libro se presentan algunos documentos que ilustran esas incursiones.

Aquellos que revisen estas páginas se encontrarán con un par de informes y una serie de cartas que Reynolds escribió tanto sobre sus viajes por la Araucanía como sobre el contexto en el que se realizaron, precedidos por un pequeño estudio donde se ha tratado de situar la mirada del viajero estadounidense sobre los «bravos araucanos» y su territorio, y las razones que tuvo para hacer estos viajes. El estudio está estructurado en tres partes. En la primera se describe la expedición en la que participó, realizada entre 1829 y 1831; en la siguiente, sus viajes por Chile y, en la última parte, los resultados «científicos» de estas excursiones. El estudio se completa con un pequeño preámbulo con información biográfica y finaliza con un breve colofón sobre los aspectos «reales y ficticios» presentes en algunos escritos que novelan las aventuras de Reynolds en este país del sur del mundo.